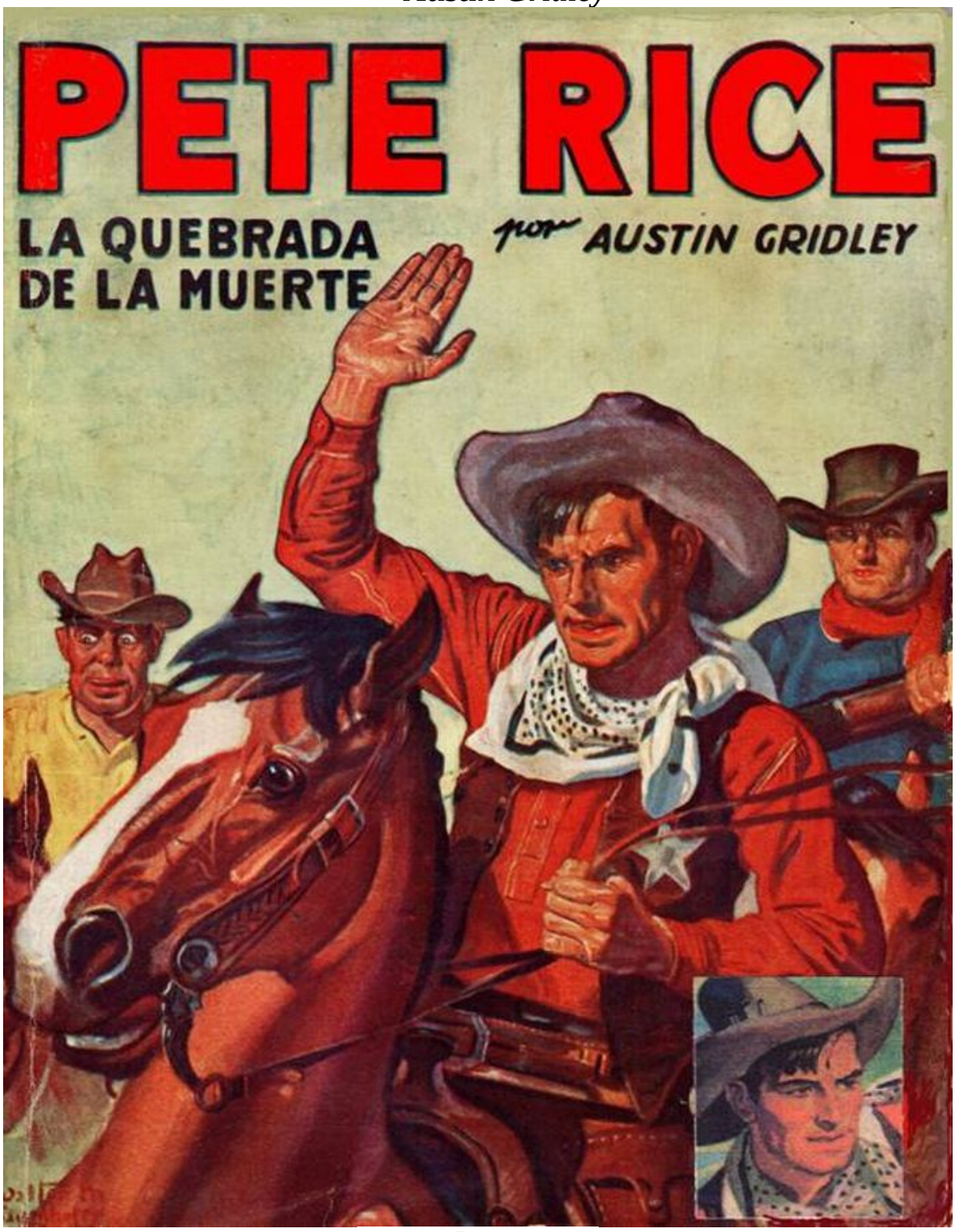
La quebrada de la muerte

Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
¡PRONTO MORIRÁS!

El aire parecía cargado de presagios de muerte. La sombría cabalgata caminaba lentamente hacia la Quebrada del Buitre. Se cernía sobre el grupo esa tristeza especial que acompaña a los condenados. Cinco de los jinetes habían sido sentenciados a muerte por una voz imperiosa. La misma voz fantasmal que Bob Dale había oído.

Y Bob Dale estaba ya muerto... asesinado de un modo extraño e inaudito.

Los jinetes volvían de su casa. Habían visto el cadáver de su antiguo compañero. Aun en aquel momento, apenas podían creer que hubiese muerto.

Fue Garnel, "el Jorobado", el que descubrió el cuerpo. Garnel era una especie de recadero del Concejo de la Quebrada. Dale había sido en vida un empleado de este mismo Concejo. No había acudido a su trabajo aquella mañana, y se envió a Garnel a averiguar la causa. Encontró a Dale en su tabuco, tendido sobre su lecho. Estaba muerto.

Dale se había retirado por la noche, como de costumbre. El asesino entró probablemente por la ventana abierta, aunque no dejó huellas de ninguna clase que lo demostraran. Bob Dale fue muerto mientras dormía. No había señales de lucha.

En una de las mejillas se veían dos finos cortes ligeramente curvos, rodeados por un círculo violáceo. Eso era todo.

Pete Rice, el hombre que iba a la cabeza de la cabalgata, caminaba silencioso, mientras sus angulares mandíbulas masticaban un pedazo de goma, casi con furia. En ninguna de sus intervenciones como sheriff del distrito de Trinchera había tropezado con un caso tan desconcertante como aquel, Bob Dale había sido un joven de gustos y hábitos sencillos. No se le conocían enemigos, jamás jugaba, y rara vez bebía.

Clint Billings, inspector municipal, espoleó a su caballo para ponerse al nivel del magnífico alazán de Pete Rice.

-Voy pensando-dijo-, que no hemos encontrado en aquella habitación más pisadas que las de Garnel. ¿No crees que se trate de un suicidio?

El sheriff Pete Rice movió la cabeza enfáticamente.

-No puede ser un suicidio porque... bien, porque no puede ser. Bob Dale no era de esos. Un suicida es un cobarde. La mayoría de los hombres temen a la muerte, y es natural. Pero el suicida demuestra temerle también a la vida. Y no había hombre más valiente en todo el distrito de Trinchera que Bob Dale.

-¿Pero quién iba a querer matar a Bob?-preguntó Clint Billings.

-Pues el mismo que quiere matarte a ti, a Dunlow, al doctor Dorn, a Sam Hobart y a Garnel-replicó Pistol Pete-. Todos habéis sido amenazados como el pobre Bob lo fue.

Los cuatro hombres que Pete había mencionado caminaban a unas cincuenta yardas más atrás. Mart Dunlow era el presidente del Concejo. El doctor Dorn, aunque algo excéntrico, solía prestar asistencia médica a muchos enfermos demasiado pobres para pagar sus servicios.

Sam Hobart era un acaudalado ranchero, hombre gordo y jovial, que formaba parte de todos los comités cuando se trataba de organizar algún banquete o francachela.

Garnel "el Jorobado", podía ser una excepción, decidió Pete. Era un individuo de gran inteligencia, pero amargado y mentalmente deprimido por su deformidad. Era el único, entre todos los amenazados, que lógicamente pudiera tener un enemigo que le odiase lo suficiente para desear su muerte.

Garnel "el Jorobado" ocupó en otros tiempos, una posición mucho más desahogada que entonces, pero había ido descendiendo a causa de su desagradable personalidad. De los cinco sentenciados, sólo Garnel pareció verdaderamente asustado. Los otros se habían echado a reír, tras informar a Pete que habían sido despertados por una voz ronca que decía: "¡Pronto morirás!" Ninguno había descubierto al rondador, ni encontrado el menor rastro del sitio por donde penetrara.

Pero ninguno de ellos reía en aquel momento. "¡Pronto morirás!"

Bob Dale había oído aquella misteriosa amenaza. Y Dale estaba muerto..., asesinado. ¿Quién sería la próxima víctima? Tales eran los pensamientos que ocupaban la imaginación del sheriff Pete Rice mientras cabalgaba hacia la Quebrada. Y, evidentemente, eran también los de San Hobart. El grueso ranchero espoleó a su caballo para ponerse a la cabeza de la procesión.

-¿Tienes formado tu juicio sobre el caso, Pete?-preguntó al sheriff-. Yo venia pensando que quizá fuese un hombre con los pies envueltos en un saco el que penetró por la ventana.

-¡Espera un momento, Sam!-le interrumpió Pete. Sonny, el caballo del sheriff, había acortado el paso y temblaba de un modo extraño sobre sus delgadas patas. Siempre que Sonny hace esto es que, por lo general...

¡Bang! ¡Bang¡ ¡Crack-k-k!

El agudo ladrido de un potente rifle se mezcló con el tronar de los 45.

Empezaron ha llover balas desde lo alto de un cerro bordeado de pinos, a la izquierda. Los 45 de Pete se encontraron instantáneamente en sus manazas morenas. Los grises ojos del sheriff escrutaron la densa arboleda. Una bala silbó sobre su cabeza. Se oyó una descarga a su espalda.

-¡Corred, muchachos!-gritó Pete a los que venían detrás.

Pero antes de que terminase su orden surgió una granizada de plomo de un grupo de rocas que se veía más adelante. La cuadrada mandíbula de Pete se tensó. Disparaban sobre la cabalgata desde tres direcciones diferentes. No había escape por la derecha, pues por aquel sitio el terreno quedaba cortado por un precipicio de unos cien metros de altura.

Pete disparó hacia los fogonazos. Se le conocía con el apodo de Pistol Pete Rice y jamás había desmentido su reputación. Hubiera dado cualquier cosa porque sus dos comisarios, Teeny Butler y Hicks "Miserias" estuvieran a su lado en aquel momento. Eran luchadores veteranos que nunca perdieron la cabeza.

Los jinetes que venían detrás espoleaban sin orden ni concierto a sus cabalgaduras, formando un grupo revuelto. Había entre ellos algunos buenos tiradores, pero no estaban acostumbrados a caer en emboscadas como aquella.

Garnel "el Jorobado", se agachaba sobre su silla, lanzando gritos de terror.

Dunlow, Hobart, y el doctor Dorn, parecían más tranquilos, aunque algo excitados.

-¡Esparcios, muchachos!-les gritó Pete-. ¡Esparcios! ¡Que Sam y Dunlow se encarguen de contener a los que tenemos detrás ¡Qué el doctor y Clint traten de desalojar a los que disparan desde aquellos pinos. ¡Desplegaos! ¡No corráis en pelotón!

Hasta aquel momento ninguno de los jinetes había resultado herido. Pero los ocultos atacantes, debían sobrepasar en número a los hombres de la Quebrada del Buitre.

Billings lanzó un grito de desafío y espoleó su caballo hacia la lona. El doctor Dorn corrió detrás. Sus hábiles manos se habían ocupado con frecuencia en salvar vidas; entonces no tenían otro deseo que sembrar la muerte. Su pistola no cesaba de escupir plomo hacia la línea de los pinos.

Dunlow y Hobart volvieron grupas y corrieron hacia los bandidos que atacaban por retaguardia. Garnel desmontó rápidamente y se refugió tras una piedra. El jorobado parecía haber recobrado su presencia de ánimo, y no daba un momento de reposo a su 45.

Una bala del potente rifle enemigo derribó a su caballo sobre la senda. Y allí quedó pateando y relinchando de dolor. Pete Rice alojó inmediatamente unas onzas de plomo en el cerebro del atormentado animal. Después lanzó su fogoso alazán hacia la masa de rocas que tenía delante. Era un acto desesperado el hacer frente, solo, a los que allí se ocultaban. Pero tenía que limpiar el camino para abrir paso a los amigos que le seguían. Pete avanzó sin disparar. Reservaba sus balas para cuando pudiese emplearlas sobre seguro.

El cañón de un rifle asomó su boca por detrás de una peña, como una serpiente pronta a descargar su golpe mortífero.

¡Bang!

El 45 de Pete habló por primera vez. Se oyó un aullido de dolor detrás de la peña. El sheriff había perforado la mano del que sostenía aquel rifle.

Llovía plomo sobre la cabeza de Pete. Era extraño, pensaba el sheriff, que nadie le hubiese atinado todavía. El peor de los tiradores, surgiendo de improviso de su refugio, podría haber derribado al hombre que corría a la cabeza de aquella cabalgata.

El alazán continuó aproximándose a las rocas. Las balas levantaban pelladas de tierra junto a los cascos del caballo. Otras silbaban sobre la cabeza del sheriff. Muchas pasaban completamente distanciadas. Pete Rice se sentía intrigado. ¿Era posible que no quisieran tomarle como blanco? La idea parecía ridícula..., pero era cierta.

El batir de unos cascos sobre el rocoso sendero reveló a Pete que huía alguno de los emboscados atacantes. Cesó bruscamente el tiroteo. Se oyó el galopar de otro caballo que huía. El bandido que había quedado en aquel reducto intentaba también la fuga.

Pete hizo avanzar a Sonny por un corte de la masa granítica. Sobre el suelo, un rastro de sangre negreaba ya. Evidentemente el pistolero herido había sido el primero en abandonar el campo. El último bandido se dirigía hacia la hondonada cubierta de chaparros. Los otros habían desaparecido ya por un barranco. Pete espoleó a Sonny y se lanzó tras el rezagado fugitivo. Este fustigaba a su cabalgadura frenéticamente, pero Pete fue acortando la distancia que le separaba de su enemigo.

El desesperado no miró ni una vez hacia atrás. Sentía el peligro a sus espaldas y esto ya era bastante. Dos balas le pasaron tan cerca de la cabeza, que casi se cayó de la silla, de espanto.

No pudo comprender por el momento que, de haber querido, Pete habría colocado aquellas balas en el sitio que más conviniera a su deseo. Pero Pete no tenía la intención de matar al bandido. Quería prenderle vivo para arrancarle alguna confesión, pues tenía la sospecha de que el ataque pudiera estar relacionado con el asesinato de Bob Dale.

Continuó la caza. Se iba acortando el espacio que separaba a los dos jinetes.

Sonny, el alazán, galopaba como una liebre perseguida. Pete iba desatando del cuerpo de la silla un lazo de sesenta pies. Hizo girar el círculo de cuerda por encima de su cabeza..., una.... dos veces. Después le dejó partir.

¡Juisss! La cuerda silbó por el aire, desenroscándose como una serpiente. El lazo cayó limpiamente sobre los hombros del jinete que huía. Este trató de desembarazarse de él. Luego se llevó una mano a la pistolera.

No fue lo suficientemente rápido... Pete Rice sujetó el extremo del lazo al cuerno de la silla. Sonny frenó resbalando sobre sus patas delanteras. Sus herraduras arrancaron chispas de la rocosa senda. Reculó sobre las ancas.

Estaba adiestrado como un potro vaquero.

La cuerda se atensó. El grito de rabia del forajido quedó ahogado en su garganta por la repentina presión del lazo sobre sus pulmones. El bandido salió arrancado de la silla. Al caer en tierra se le vaciaron las pistoleras. Las armas rebotaron quedando fuera del alcance de sus manos.

Pete se arrojó del caballo y se abalanzó sobre el caído, pero éste era ágil y rápido. La caída hubiera aturdido a un hombre vulgar, pero el forajido se puso instantáneamente en pie, como un gato. Se arrojó sobre sus 45 y consiguió apoderarse de uno. Pete pudo entonces matarlo de un tiro, mas seguía proponiéndose cazarlo vivo. Un bandido muerto era un caso para el forense.

Un bandido vivo podía aclarar el asesinato de Dale.

¡Bang! Disparó el malhechor. La distancia era tan corta, que parecía imposible que el homicida fallase su blanco. La detonación fue seguida de un click metálico. Pistol Pete Rice se dobló. La bala había chocado con su insignia de sheriff. La estrella de metal le había salvado su vida, pero sintió que se iba, a desmayar.

El impacto había sido terrible; el dolor le entumecía el cuerpo entero. Si no inutilizaba a aquel mestizo, el malvado rufián acabaría con él de un nuevo disparo.

Pete extendió el brazo al caer. Su blanco fue la mandíbula del malhechor, y Pete puso en el golpe todas las energías que le quedaban. La pistola del bandido ladró de nuevo. Partió la bala un instante después de que el puño de acero de Pete chocase con la mandíbula del homicida. El golpe desvió su puntería. El plomo fue a hundirse en la tierra, a una pulgada de la bota izquierda de Pete.

Bandido y sheriff cayeron una sobre otro, desvanecidos. Cierto instinto subconsciente-el mismo que le hacía despertar del sueño más profundo a la menor señal de peligro-volvió el sentido a Pete Rice, mientras el bandido yacía aún aturdido. Pasaron, sin embargo, unos momentos antes de que pudiera moverse. Los brazos le pesaban como plomo. Trató de ponerse en pie, pero parecía haber huido de su cuerpo toda energía. Le había dejado casi paralizado el impacto de aquella bala sobre el corazón.

La vista y el oído seguían respondiendo tan bien como siempre.

Se dio cuenta de que había cesado el tiroteo. ¿Habrían muerto sus compañeros? ¿Habrían apresado a los bandidos? Pasaron algunos minutos.

Pete consiguió incorporarse. Sintió el impulso de llamar a gritos a sus hombres, pero su buen juicio se lo impidió. Si sus hombres habían sucumbido, sería una imprudencia revelar su situación a los malhechores.

Reunió, en un esfuerzo de voluntad, las fuerzas que le quedaban, y levantó al desmayado prisionero hasta colocarle sobre su propio caballo. Después montó sobre Sonny y se encaminó hacia la ciudad, llevando de las riendas el potro del bandido.

Ya otra vez en la senda de la Quebrada, encontró a sus compañeros rodeando a un cuerpo tendido en tierra. Al principio creyó que habrían apresado a otro malhechor, pero en seguida se dio cuenta de la sombría expresión de los rostros de Dorn, Dunlow y Billings... y de que Sam Hobart no estaba en el grupo.

Se aproximó a todo galope. Sam Hobart yacía en tierra, boca arriba. Estaba muerto. No tenía sangre ni en el rostro ni en las ropas, pero Pete había visto muchos cadáveres para equivocarse aquella vez. Se quitó el sombrero reverentemente. El viento encrespó sus lacios cabellos castaños.

-¡Muerto!-murmuró amargamente el viejo Mart Dunlow-. Le encontramos ya sin vida sobre aquella loma.

-No presenta herida alguna de bala-observó Pete.

-Se trata de algo peor-intervino el doctor Dorn-. Ha muerto como murió el pobre Bob Dale.

Clint Billings y Garnel contemplaron el cadáver, pálidos y sombríos.

-Los pistoleros no querían matarnos-dijo Billings-. Al menos, eso parecía. Obraban por cuenta de algún monstruo que deseaba asesinar al pobre Sam a su infernal manera. No se observa huella alguna sobre el cadáver... excepto una pequeña incisión.

Pete se apeó del caballo para examinar la herida que había causado la muerte de Sam Hobart. Era un rasguño apenas perceptible, rodeado de una mancha violácea.

"¡Pronto morirás!"

Bob Dale había oído aquel espantoso aviso. Sam Hobart lo había escuchado también. Ambos eran ya cadáveres. Billings, Dunlow, Dorn y Garnel podían considerarse como sentenciados a muerte.

CAPÍTULO II
LA FLECHA

Pete Rice masticaba incansable su taco de goma. Por lo general, cuando sus angulares mandíbulas trabajaban de aquel modo, su cerebro funcionaba febrilmente. ¡Bob Dale muerto! ¡Y Sam Hobart! La misma mano asesina responsable de ambas muertes. ¡Y ninguna pista que aclarase el misterio!

¿Por qué no habían disparado los pistoleros sobre Sam Hobart? Pete Rice se hizo esta pregunta y se la contestó. Comprendió que el ataque de los hombres emboscados sólo había sido un pretexto. El asesino tenía complicados planes para sembrar el terror en los corazones de los hombres condenados.

Necesitaba deleitarse con el sufrimiento de sus víctimas. Quería hacerles sufrir la agonía de saber que la muerte estaba cerca. Proyectaba martirizarlas con la incertidumbre de cómo y cuándo llegaría la muerte, enervándolas con la amenaza constante de un peligro cuya naturaleza ignoraban y que podía surgir en cualquier momento.

El doctor Dorn reveló con sus palabras estos mismos pensamientos.

-Lo que más me intriga, Pete-dijo-, es por qué esos miserables no dispararon sobre el pobre Sam.

-Eso mismo es lo que a mí me preocupa, doctor-contestó Pete-. Al demonio que se oculta tras esos criminales no le convenía, por lo visto. Parece natural que se diese por satisfecho con arrancar las vidas de sus víctimas, pero sus planes son más complicados. Ciertos hombres sólo gozan con la crueldad. Quieren pan, pero añadiéndole manteca, y a la manteca azúcar.

El noble rostro del doctor expresó la mayor indignación.

-Quienquiera que sea ese monstruo-declaró-, se propone rodear de un aura sobrenatural unos asesinatos que tienen un móvil vulgar.

-Pues yo no veo ese móvil-replicó Pete-.

-Si Sam Hobart tenia enemigos que le odiasen lo suficiente para matarle, ningún hombre de la Quebrada podrá ya considerarse seguro.

Contempló de nuevo el plácido rostro de Sam. Hobart había sido un individuo bondadoso y jovial, bien acogido en todas partes, y amigo íntimo de Clint Billings.

Pete miró a Billings con curiosidad. El inspector municipal le había siempre impresionado como un tipo estrafalario. Tenía muchas rarezas y no hubiera sido extraño que hubiese reñido con Sam Hobart por cualquier causa.

Pero Billings era al mismo tiempo de carácter abierto y franco, y no era probable que echase mano de procedimientos solapados para deshacerse de un enemigo.

Como autoridad, el primer deber de Pete Rice era la ley. Amigos y conocidos, llegada la ocasión, debían ser considerados a la luz de la sospecha.

Pete Rice nunca estaba dispuesto a acusar a nadie basándose únicamente en su opinión, pero siempre se sentía inclinado a sospechar de todo y de todos.

Cualquiera de los que formaban el grupo que rodeaba el cuerpo de Sara Hobart podía ser el culpable... desde el punto de vista del tiempo y la oportunidad.

Sin embargo, los rasgos dominantes de cada carácter parecían eliminar a todos menos a uno. Clint Billings tenía un impecable historial como hombre y como autoridad. El doctor Dorn era caritativo y humanitario, capaz de correr diariamente muchas millas con el sólo fin de salvar alguna vida.

La larga carrera de comercio honrado, y el pacifico vivir de Mart Dunlow eran su mejor defensa. Pete estudió a Garnel "el Jorobado". El deforme hombrecillo contemplaba sombrío el cadáver. Había una peculiar expresión en sus ojos triangulares. Estos ojos reflejaban el temor.

¿Era el temor de morir como Dale y Hobart? ¿Era el temor de haber ido demasiado lejos en su plan de venganza, y de ser descubierto? El sheriff se mordió su labio inferior, meditabundo. Se fruncieron sus ojos. ¿Qué móvil más poderoso que el odio podía haber para el asesinato?

Garnel "el Jorobado" nunca se había resignado con su deformidad. De ahí le venían muchas cualidades desagradables. Muchos habitantes de la Quebrada, que no habrían tenido inconveniente en tratar a Garnel como a un amigo, rehuían su compañía y prescindían de él por completo. Garnel padecía manía persecutoria. Creía que el pueblo entero estaba contra él. No tenía amigos, ni siquiera un perro, y su carácter iba volviéndose cada día más vengativo y cruel.

Sin embargo, nadie negaba que Garnel tenía un cerebro privilegiado. Leía mucho, pero sus lecturas no contribuían a suavizar su manera de ser. Era ilustrado, pero su ilustración no le servia de nada, ya que estaba aprisionado por la ruindad y el rencor.

Mart Dunlow confesaba con frecuencia que Garnel poseía más conocimientos que él, y, sin embargo, Dunlow era el presidente del Concejo y Garnel el recadero de la Municipalidad.

El odio había envilecido tanto el cerebro de Garnel, que no era un absurdo creer que los celos y la envidia pudieran haberle impulsado a matar a los que fueron más afortunados. Pete Rice no era de los que aceptan atropelladamente una conclusión. Ni siquiera dejó entrever sus sospechas. El carácter de un hombre no es prueba suficiente para una acusación por asesinato.

El doctor Dorn se había inclinado para examinar la herida del cadáver de Sam Hobart.

-Parece como si el asesino hubiese disparado a Sam Hobart una especie de flecha envenenada-dijo Pete Rice-. Supongo que no podrá usted determinar la clase de veneno por ese círculo violáceo que rodea la herida. El asesino utilizó, por lo visto, el mismo procedimiento que con el pobre Bob Dale.

El doctor se irguió.

-No seria difícil analizar el veneno-murmuró-. Existen en el Sudoeste ciertas plantas de las que puede obtenerse un alcaloide con cualidades tóxicas suficientes para causar la muerte en poco tiempo. Pero el problema, sheriff, no es descubrir el veneno, sino la persona que lo administró. Recuerde que somos cuatro los que estamos bajo sentencia de muerte.

Pete lo recordaba demasiado bien.

-Debía protegérsenos de algún modo-dijo Clint Billings.

-Yo me encargo de protegerme a mi mismo-murmuró Garnel "el Jorobado", silbándole las palabras por entre los dientes apretados-. Inmediatamente me marcharé a Montana. Después de todo, nada pierdo. Aborrezco a la Quebrada y me son indiferentes todos sus habitantes.

Los comentarios de Garnel vinieron a reforzar la creencia del sheriff de que "el Jorobado" era el culpable. Iba ya a decir al recadero que tenia que permanecer en la Quebrada del Buitre hasta que se aclarase el misterio, cuando el mestizo atravesado sobre el caballo

volvió en si y se deslizó a tierra. Los ojillos del malhechor brillaron maliciosos paseándose del rostro del muerto al de Pistol Pete Rice. Billings y Dunlow echaron mano a las pistolas, pero no las llegaron a desenfundar. El mestizo les hizo una mueca y se echó a reír.

-No estoy loco, señores-les dijo en español-. Sé que me encuentro en un mal apuro. Cuando me falta la pistola trato de defenderme con la lengua. Mi nombre es Gonzalo Avrila. Sé muchas más cosas de las que ustedes se figuran, pero espero que, a cambio de estos informes, se me pondrá en libertad.

Se acarició su negro mostacho. La expresión de su rostro pretendía ser atrayente, pero tenía un no sé qué de maligna y burlona que repelía. Pete Rice se dio cuenta de que el hombre que tenia delante no era un peón vulgar. El bandido sabía utilizar su cerebro. Se había visto indudablemente en apuros mucho peores y había sabido salir de ellos. Lo demostraban su actitud y su confianza casi despectivas.

El bandido había recobrado el conocimiento antes de que el sheriff se diese cuenta. Era evidente que había estado escuchando, se había trazado su plan, y trataba de ponerlo en práctica para recobrar su libertad.

Pero no iba a conseguirlo. Aquel individuo era carne de presidio, y Pete Rice necesitaba hacerle hablar.

Por eso se limitó a adoptar aquella actitud en lugar de atar al bandido. Si Avrila sospechaba que no tenía probabilidades de salvación, callaría todo lo que sabía.

-¿Si les digo a ustedes cómo murió ese hombre-continuó el mestizo-, pasaré la noche en una cantina de Río Grande?

-Es muy probable-contestó el sheriff, tratando de no comprometerse demasiado.

La contestación satisfizo aparentemente al bandido, que inició una lenta reverencia, mientras Pete avanzaba un paso llevándose una mano a la pistola.

-Ah, señor-dijo el mestizo sonriendo-, se ve que es usted muy rápido y muy desconfiado. He oído hablar mucho del señor Rice y no estoy dispuesto a arriesgarme. Estoy decidido a delatar a los que me han alquilado, pero no entra en mis cálculos el recibir un balazo de su pistola.

El bandido sacó unos papeles amarillentos y un saquito de tabaco de su chaqueta de terciopelo, y empezó a liar un cigarrillo. No habló hasta que pasó la lengua por el borde del delgado cilindro. Pete Rice estaba preparado. Creyó que Avrila iba a poner en práctica el viejo truco de soplarle el tabaco a los ojos. Pero el mestizo ni lo intentó siquiera. Acabó de liar el cigarrillo y se lo puso en la boca.

-Trabajo para Yaqui Kid y Johnny "el Culebrita"-dijo.

Pete Rice silbó por lo bajo. Yaqui Kid era un bandido indio reclamado por tres Estados por asesinato. Trabajaba en unión de Johnny "el Culebrita", un mestizo Apache. Los dos capitaneaban una banda que aterrorizaba desde hacía algún tiempo al Sudoeste. Eran crueles y osados, y sembraban la destrucción por dondequiera que pasaban.

Sin embargo, el sheriff creía que ni Yaqui Kid ni Johnny "el Culebrita" poseían la suficiente astucia para planear los asesinatos con la habilidad que revelaban las muertes de Bob Dale y Sam Hobart.

-Nos vas a decir quién es el que se esconde detrás de esos criminales-dijo Pete amenazador.

Avrila sonrió otra vez.

-Bien... es posible-. Y añadió, dirigiéndose a Garnel:- Deme un fósforo, señor. Si meto la mano en el bolsillo, el señor Rice creerá que voy a sacar un arma.

Garnel "el Jorobado" lanzó un grito, de pronto. Simultáneamente relinchó el caballo del mestizo y se lanzó sobre Pete Rice. La pistola del sheriff saltó instantáneamente a sus manos como una cosa viva. Pete se echó a un lado, de un salto, esquivando la embestida del mestizo. El cuerpo del caballo le ocultó al mestizo un momento.

¡Bomb!

El puño de Avrila martilleó la mandíbula de Garnel. El terrible golpe levantó en el aire al recadero, dejándole sin conocimiento. Antes de que cayese, Avrila le agarró por las axilas y se lo colocó delante, encañonando al grupo con las mismas pistolas del jorobado.

-¡Manos arriba, perros gringos!-gritó-. ¡Tire esa pistola, sheriff!

Pete Rice hizo lo que le ordenaba. Tratar de disparar entonces significaba matar a Garnel. El jorobado colgaba como un pelele de los robustos antebrazos del mestizo. Era un soberbio escudo para el bandido.

Avrila había realizado un acto audaz, ejecutándolo de un modo perfecto. La petición del fósforo había sido un buen pretexto para aproximarse a Garnel y tenerle al alcance de sus puños. Un pinchazo de sus espuelas hizo que su caballo se lanzase hacia Pete Rice. Avrila aprovechó el instante en que el sheriff trató de esquivar al animal para golpear al recadero y apoderarse de su 45.

-Estupendo trabajo, Avrila-dijo Pete Rice con calma-. No has desperdiciado un segundo. Tampoco lo desperdiciará el verdugo cuando te columpie de la cuerda. ¡No puedes ganar, Avrila!

-Yo siempre gano-contestó riendo el bandido-. Por lo que ha visto, comprenderá lo que soy capaz de hacer.

Continuaba encañonando al grupo. Empleó toda su agilidad para subir al caballo más próximo sin dejar de sostener al jorobado por delante.

-Síganme si gustan-desafió-. Será muy divertido cazarles a balazos. Adiós.

Se alejó lentamente. Iba medio vuelto sobre la silla, sin apartar la pistola ni la mirada de sus enemigos. Cuando ya abandonaba la senda, Pete vio que Garnel se debatía, y que empezaba a luchar por desprenderse de las garras del bandido.

Tan pronto como Avrila desapareció detrás de unas rocas, Pete corrió hacia Sonny y se plantó de un salto en la silla. Llevaba un segundo Colt sobre la cadera derecha y lo desenfundó con la rapidez del rayo, mientras Sonny arrancaba a todo galope.

Avrila corría hacia la barranca, volviéndose de vez en cuando en la silla para mirar hacia atrás y disparar su pistola. Una bala rozó el flanco de Sonny, pasando entre la correa del estribo y la pierna del sheriff. Pete no contestó a sus disparos, pues ya el bandido se había perdido de vista al otro lado del barranco.

-Adelante, Sonny-, apremió Pete a su alazán, rozándole ligeramente con las espuelas. Unos momentos después le hizo detenerse. Había cesado repentinamente el tableteo de los cascos. Unas yardas más allá Pete averiguó la causa. Avrila se había desplomado de la silla. Pete desmontó y corrió hacia él. Avrila estaba tendido boca arriba. Tenía los ojos abiertos y fijos bajo el sol de la tarde. Pete se arrodilló. Le examinó el rostro el cuello, los brazos.

Después quitó al mestizo la chaqueta y la camisa. En el lado izquierdo de la espalda, precisamente debajo de la paletilla, se veía una pequeña punzada rodeada por un círculo violáceo.

-¡Muerto!-exclamó Pete, examinando atentamente la herida. Tenía clavada en el centro una flecha pequeñísima... apenas mayor que la punta de un alfiler.

Dunlow, Billings y Dorn se aproximaban al galope. Garnel "el Jorobado" iba a pie, corriendo tras ellos. Pete se levantó, esperó a que Garnel estuviese cerca, y empuñó su 45.

-Dése preso, Garnel-le dijo.

-¿Por qué razón?-preguntó el jorobado.

-No importa eso ahora. ¡Quítenle las pistolas!

El doctor Dorn desarmó al jorobado. Pete le registró. Buscaba alguna flecha como la que había encontrado en la espalda de Avrila. El deforme hombrecillo pudo muy bien haber herido al mestizo mientras éste le utilizaba como escudo humano.

-No encontrarán nada sobre mí-protestó Garnel-. ¿A qué viene esto?

-Viene a que quedas detenido por el asesinato de Bob Dale, Sam Hobart, y Gonzalo Avrila.

-¡Cielos!-exclamó el doctor Dorn como si una idea hubiese estallado repentinamente en su cerebro-. Ahora recuerdo que el pobre Sam era muy aficionado a francachelas y banquetes. En el que últimamente dio la Asociación de Ganaderos se permitió imitar el modo de andar de Garnel. La broma no fue de muy buen gusto, pero hizo reír. Garnel se enteró y se disgustó mucho. Sin embargo, ignoro que existieran resentimientos entre Garnel y Bob Dale.

Pete volvió a encararse con Garnel, al que vigilaban Dunlow y Clint Billings.

-Tú no querías mucho a Sam Hobart, ¿verdad, Garnel?-le preguntó.

-Sí que le quería-contestó Garnel-. Le apreciaba mucho.

-¡Mientes!-rugió Pete-. Todos sabemos que odiabas a Sam. Pero ya presentaremos contra ti pruebas más fuertes que tus sentimientos. Mantengo tu detención. Sigamos nuestro camino, señores.

CAPÍTULO III
UN GRITO EN EL PASADIZO

El propietario de la barbería de la Quebrada estaba en el salón de su establecimiento, dedicado a ciertas actividades que nada tenían que ver con sus ocupaciones habituales. Tenía en las manos unas "bolas"-ingenioso dispositivo compuesto de dos pesos unidos a un cordón de cuero-y las lanzaba a las patas de la desvencijada mesa de pino colocada en la trastienda.

La correa unida a las bolas de plomo se enroscaba indefectiblemente en una de las patas de la mesa.

-Esto va bien-decía Hicks hablando para sí-. Cada día tengo más habilidad para lanzar este chisme. ¡Estoy hecho un as!

Aunque Hicks "Miserias" acicalaba a todos los habitantes de la Quebrada del Buitre con su navaja y sus tijeras, ejercía al mismo tiempo el cargo de comisario, y no se sentía completamente feliz cuando su jefe, el sheriff Pistol Pete Rice, salía al campo sin su compañía.

El barbero-comisario tenía unos cinco pies de estatura, un rostro marchito, y un cuerpo flaco y huesudo que pesaba ciento veinte libras. Pero dentro de él latía un corazón de león, que despreciaba a veces la poca heroica profesión de barbero. Tenía en aquel momento navajas para vaciar y suavizar, y botellas que llenar de bay-rum, pero prefería ejercitarse en el lanzamiento de las "bolas". Se las había regalado un cliente, un gaucho argentino, llegado a Arizona para acosar ganado.

Hicks "Miserias" recogió las bolas, retrocedió hasta la puerta del salón, y se preparó para ejecutar otro lanzamiento. La táctica de su patrón, Pete Rice, era agarrar vivos a los prisioneros siempre que fuese posible, y más de una vez las "bolas" de "Miserias" habían contribuido a realizar esta política.

Utilizando el "dingus", como Hicks llamaba a su aparato, había inmovilizado a muchos bandidos, o derribado a sus caballos, sin disparar un tiro.

Hizo girar las "bolas" sobre su cabeza y las dejó partir una vez más disparadas. El dispositivo se enroscó otra vez en una de las patas de la desvencijada mesa.

-¿Qué estás haciendo, "Miserias"? ¿Es que te propones hacer trizas los muebles?

"Miserias" se volvió. Sus azules ojos de irlandés se iluminaron al reconocer al visitante. Era Matt Corey. Matt era un ranchero, y gustaba de ir a la barbería de "Miserias" para charlar un rato mientras se arreglaba el pelo.

-Hola, Matt-le saludó "Miserias"-. ¿Quieres que te hermosee?

-Bueno, puedes cortarme el pelo-decidió Matt, lanzando un vistazo a la trastienda, despacho oficial del sheriff Pete Rice-. ¿Dónde está Pete?-preguntó encaminándose hacia el sillón de la barbería.

-Marchó a la choza donde vivía el pobre Bob Dale. Creo que no tardará en regresar.

Matt se acomodó en el sillón.

-¿Y Teeny Butler?-volvió a preguntar.

-OH, Teeny subió a Mesa Ridge... para un asunto.- "Miserias" anudó un paño alrededor del cuello de su cliente y se dispuso a sacar un par de tijeras de un cajón colocado bajo el turbio espejo...-¿Cómo te sientes estos días, Matt?-le preguntó.

-¿Quién? ¿Yo?-dijo Matt.

-Me parece que no hay nadie más aquí-replicó "Miserias"-. Es a ti a quien hablo.

-Pues me encuentro muy bien-le informó Matt-. ¡Estupendamente!

-Pues yo te noto que estás menos ágil que de costumbre-dijo "Miserias"-. Te lo noté por la manera de subirte al sillón.

-Lo único que te puedo decir es que hago tres comidas al día, y que me quedo con hambre.

"Miserias" abrió la boca al oír esto.

-¡Ahí está la causa!-declaró-. Comes demasiado. Te verás lleno de miserias si no moderas tus comidas. Un hombre de tu edad...

-Mira, "Miserias"-le interrumpió Matt-, por mucho que me trabajes el asunto, no voy a comprarte ninguno de tus remedios-.

-¿Y quién te dice que los compres?-replicó Hicks "Miserias"-. Todos necesitamos tomar un tónico de vez en cuando. Conozco un individuo del camino de Mesa Ridge que tenía una miseria en la espalda. ¿Dolor? ¡Recoyote! Era espantoso oírle gritar en cuanto daba un paso. Un día vino aquí a que le cortase el pelo. Empezamos a hablar y...

-De eso si que no me cabe duda-volvió a interrumpirle Matt-. A hablar no hay quien te gane, "Miserias".

-Empezamos a hablar-prosiguió "Miserias" tranquilamente-, y yo le enseñé mi nuevo remedio. No hay más que tomar un galón de melaza, dos onzas de harina de azufre, dos cucharadas de crémor tártaro...

-Tú todo lo arreglas con azufre y melaza-le interrumpió una vez más el escéptico Matt-, pero a mí no me harás tragar esa pócima.

-Espera un momento-pidió "Miserias"-; no he terminado. Hay que añadir también una cucharada de cenizas de madera de nogal. Estas cenizas contienen potasa, que tonifica la sangre. Se echa todo en una taza de té sasafrás. El té sasafrás es una gran cosa. Teeny Butler lo bebe por azumbres, y no me negarás que Teeny rebosa salud.

-Yo no necesito ninguno de tus endemoniados remedios-rezongó Matt-; pero ya veo que no podré salir de aquí sin, llevarme alguno debajo del brazo.

-Y tendrás que agradecérmelo toda tu vida por haberte librado de muchas miserias-replicó el barbero-comisario. Hicks debía su apodo a la manía de recetar algún curalotodo para remediar las "Miserias" de sus clientes, pero su nombre de pila era Lawrence Michael Hicks.

"Miserias" siguió hablando, mientras cortaba la hirsuta pelambrera de Matt Corey, hasta que vio que un grupo de jinetes se detenía ante la tienda. El sheriff Pete Rice estaba entre ellos, y también Clint Billing, el doctor Dorn, Mart Dunlow, y Garnel "el Jorobado". Todos desmontaron, a excepción de Garnel.

Matt Carey volvió la cabeza hacia la calle.

-¿Qué hace "el Jorobado", sentado en su caballo como Napoleón en Waterloo?-preguntó.

-¡Pues es verdad!-exclamó Hicks "Miserias" corriendo hacia la puerta-. Garnel viene atado sobre su caballo. ¡Y traen también tres cadáveres!

Salió a la calle. El rapar barbas era para "Miserias" cosa secundaria cuando sucedía algo emocionante en la Quebrada del Buitre.

-¡Oye!-gritó Matt Corey-. ¡Acaba de cortarme el pelo!

Pero "Miserias" pareció no oírle, y se puso a hablar con su patrón, Pete Rice.

-Creo que no habrá más asesinatos misteriosos en la Quebrada-decía Pete-. Garnel va a habitar nuestro calabozo por mucho tiempo.

El sheriff explicó a su comisario lo que les había sucedido en las afueras de la población.

-¡Recoyotes!-comentó Hicks "Miserias"-. Y pensar que he afeitado y cortado el pelo docenas de veces a ese garabato! ¡La próxima vez!...

-Ten en cuenta que aun no ha confesado-le interrumpió Pete-. Bien puede suceder que salga libre, aunque a mí me parezca culpable. Mi opinión personal es que se trata de un loco y que debe recluírsele en un manicomio para evitar sus crímenes.- Se volvió hacia el doctor Dorn y Clint Billings-. ¿Quieren ustedes ocuparse de llevar esos cadáveres al depósito?-les preguntó-Mart se encargará de informar al doctor Buckley. (El doctor Buckley era el médico forense del distrito de Trinchera). Yo me las entenderé con Garnel.

Los tres compañeros de Pete se alejaron, y el sheriff condujo al prisionero a su despacho oficial, en la trastienda de la barbería de Hicks "Miserias". Hicks les siguió hasta allí como un perro faldero. Su imaginación no estaba entonces para faenas barberiles.

-Si no acabas de cortarme el pelo-le amenazó Matt Corey-, lo haré yo mismo con la maquinilla, y no te pagaré un céntimo. ¿Qué asco de barbería es ésta?

"Miserias" no pareció preocupase lo más mínimo ante la perspectiva de no cobrar aquel servicio. Pero Pete Rice le hizo un guiño diciéndole en voz baja:

-"Miserias", mejor será que acabes de arreglar a Matt. Tenle un buen rato en el sillón. Matt es un parlanchín, y no quiero que salga de aquí hasta que Garnel esté encerrado.

El sheriff sabía que a aquella hora la mayor parte de los hombres de la Quebrada estaban comiendo, o tomando su aperitivo, en la taberna "El Descanso del Vaquero". La noticia de la detención de Garnel no se había esparcido todavía. Podía confiarse en la discreción de Billings, Dorn y Dunlow; pero si Matt Corey salía a la calle antes de que Garnel estuviese encarcelado, podría haber disturbios en la Quebrada.

Tanto Bob Dale como Sam Hobart, y particularmente este último, tenían muchos amigos, y sería corno arrojar una antorcha en un polvorín el que se enterasen de que Garnel "el Jorobado" había matado a Hobart y a Dale.

La actitud de Garnel no hacia más que empeorar su situación. Pete le desató cuando le tuvo en su despacho. El jorobado se sentó sombrío y desafiador junto a la mesa. Le estallaban de ira las venas de la frente. Sus ojillos parecían echar fuego. Sus labios se apretaban contra sus dientes lobunos.

Matt Corey se levantó del sillón.

-Me voy al "Descanso del Vaquero" a echar un trago-dijo-. Soy hombre comprensivo y me resigno a aplazar el corte de mi pelo hasta que termines con tus deberes oficiales.

Hicks "Miserias" se apresuró a ponerse ante el ranchero.

-¡No puedo consentirlo!-dijo, empujándole hacia el sillón-. No saldrás de aquí hasta que termine de arreglarte. ¿Qué diría la gente, y qué sería de mi repetición como barbero?

-¡No puedes retenerme a la fuerza!-protestó Matt-. Tengo derecho a...-Pete Rice penetró en el salón colocándose entre Matt y la puerta de la tienda. La de la parte posterior estaba cerrada.

-Escuche, Matt-dijo muy serio-; es usted una buena persona, pero no puede salir de aquí hasta que Garnel se encuentre encerrado. Si intenta desobedecerme, me veré obligado a meterle en el calabozo por incitación a la revuelta.

Matt se tranquilizó como por ensalmo. A casi todos los sucedía otro tanto cuando Pete les hablaba.

-Cuente conmigo-dijo enfáticamente-. No le tengo buena voluntad a esa sabandija, pero he visto algunos linchamientos y no quiero que haya uno más por mi culpa. No dejaré de estar presente, sin embargo, cuando el Juez Granje condene a Garnel al patíbulo. Ya puedes acabar de cortarme el pelo, "Miserias".

La sugestión de un linchamiento hizo a Garnel temblar de espanto. Su mirada se paseó furtivamente de uno a otro lado. Vio en un estante un juego de navajas. Y se transformó de pronto en un loco furioso impulsado por el terror.

-¡No me lincharán!-gritó.

Se plantó de un salto junto al estante, y se apoderó de una navaja. La pulimentada hoja brilló bajo la lámpara del techo. Los ojos de Garnel tomaron una expresión de fiera acosada. Blandió la navaja en el aire.

Hicks "Miserias" se aproximaba en aquel momento al estante para buscar un peine. Era el que estaba más próximo al enfurecido prisionero. Con un rápido movimiento arrancó la navaja de manos del jorobado descargándole un golpe en el brazo. El hombrecillo trató de recobrar el arma.

¡Bamb!

El puño derecho de "Miserias" chocó con la mandíbula de Garnel.

El recadero retrocedió tambaleándose. El golpe le había aturdido, pero aun luchó frenéticamente por escapar. Tres o cuatro transeúntes se habían detenido ya ante la puerta, atraídos por el ruido. "Miserias" reunió todas las energías almacenadas en su cuerpecillo para descargar un nuevo golpe. Fue un impacto terrible. Garnel se desplomó. Pete corrió a levantar al preso, y colocándole sobre una silla, procedió a reanimarle.

Se acercó a un anaquel de la barbería y agarró una botella que ostentaba la etiqueta de "hay rum", pero cuyo contenido no correspondía a tal nombre. Se trataba en realidad de whisky bourbon. El comisario Teeny Butler-que ya no bebía cosa más fuerte que té sasafrás-se había, en otros tiempos, administrado copiosas dosis de tan enérgico brebaje.

Pete levantó la cabeza de Garnel y vertió un generoso trago del licor en la garganta del prisionero. Garnel carraspeó penosamente y se incorporó.

-Tranquilízate Garnel-le dijo Pote, animándole-. No tengo el propósito de llevarte al calabozo ahora, pero debes darte cuenta de que las circunstancias te señalan como el asesino de tres hombres.

-¡Está usted loco!-protestó el jorobado.

Pete hizo un gesto de disgusto. Aquella manía de creer locos a los demás era otro síntoma del desequilibrado mental de Garnel.

-Dos de esos hombres eran mis amigos-prosiguió Pete-, y debo una reparación a su memoria. Confiesa tu culpa, y te sacaré por la puerta trasera para conducirte a Mesa Ridge. Sam Hobart y Bob Dale eran muy populares aquí. Si la gente de la Quebrada se entera de lo que se te acusa...

-¡Todo lo malo se le atribuye siempre a Garnel!-se lamentó el jorobado-. ¡Toda la Quebrada está en mi contra!

-Por eso te conviene terminar pronto-le apremió Pete-. En Mesa Ridge estarás más seguro. Cuando llegue el día de tu proceso tendrás la ventaja de un cambio de jurisdicción.

-¡Me niego a hablar!-declaró Garnel, furioso-. Conozco mis derechos. Sólo hablaré ante un abogado.

-Muy bien. Dime un nombre. La Quebrada cuenta con varios que se cuidarán de sacarte hasta el último céntimo.

Garnel rió amargamente.

-No quiero a nadie de la Quebrada. Mi abogado será Sharon Pell.

El sheriff chasqueó la lengua y cambió una mirada con Hicks "Miserias", que se ocupaba en terminar el corte de pelo de Matt Corey. Cada acto, cada afirmación parecía comprometer más y más a Garnel.

Sharon Pell era un famoso abogado criminalista. Vivía en Mesa Ridge, en los límites del distrito, pero actuaba en todo el Estado defendiendo a los más conocidos asesinos y criminales, logrando generalmente su absolución con una técnica algo oscura.

Se habían hecho con frecuencia gestiones para expulsar a Pell de los tribunales de Arizona, pero Pell era lo bastante hábil para defender sus intereses tan bien como los de su criminal clientela. Caminaba siempre muy a la cabeza de sus más honorables contemporáneos. Era un fullero, un picapleitos, un trapisondista, que sabía torcer la ley y vender su elocuencia al postor más elevado.

-No hay inconveniente en traerte a Pell-dijo Pete-; pero ten en cuenta que comparecerás ante el Juez Granje, y Granje conoce bien a Pell.

-No me importa-insistió Garnel.

-Está bien. Prepárate para dar un paseo hasta la prisión.

Pistol Pete Rice cuidaba de sus prisioneros como un padre de sus hijos más pequeños. No quería que la gente entrase en su despacho para preguntar por qué había detenido a Garnel "el Jorobado", y hasta deseaba evitar que se supiese que iba a ser conducido a un calabozo.

Fue, pues, Hicks "Miserias" el que acompañó al preso a la cárcel del distrito de Trinchera. Salieron por la puerta trasera. Garnel no iba atado, para no llamar la atención. Pero "Miserias" caminaba a su lado, apoyando negligentemente la mano en el bolsillo de su chaqueta de barbero por el que asomaba la culata de un 45.

Matt Corey, terminado al fin el corte de su pelo, abandonó el establecimiento, previa promesa de que no diría nada a nadie acerca de Garnel. Pete procedió a desalojar la mesa de papeles y del látigo que Teeny Butler había dejado. Después se dedicó a redactar su informe. Pero no había acabado de escribir el quinto párrafo cuando se puso en pie de un salto.

Alguien había gritado allá afuera. Pete no podía equivocarse. Aquel grito había partido de Hicks "Miserias". Pete corrió hacia la puerta trasera, y se plantó en dos zancadas en el pasadizo que comunicaba con la cárcel.

CAPÍTULO IV
LA FUGA

Cuando Pete se disponía a trasponer la verja, un hombre alto y corpulento se tambaleó hacia él. Estuvieron a punto de chocar y derribarse. Pete le echó a un lado de un empujón. Algún borracho, pensó, y se dispuso a continuar en dirección al pasadizo de la cárcel.

Pero el corpulento individuo no se portó tan mesuradamente. Extendió su largo brazo y agarró a Pete por el cuello.

-¿Adónde vas tan de prisa, gringo?-le preguntó-. Yo te enseñaré a guardar el debido respeto a un caballero.

Hablaba como un mestizo, y exhalaba un repugnante olor a tequila.

-¡Quítate de delante, borracho!-le ordenó Pete, sacudiéndose de un manotazo la garra que le sujetaba por el cuello. En el mismo instante un rápido revés del mestizo le dio en plena mandíbula y le hizo retroceder, tambaleándose.

-¿Qué te ha parecido eso?-preguntó el mestizo con voz aguardentosa.

Pete le contestó. Pero no con palabras, sino con un mazazo al rostro. El mestizo trazó otras cuantas eses, pero consiguió mantenerse en pie, y respondió a su vez con otro golpe terrible, que casi derribó al sheriff. Este retrocedió buscando apoyo. El mestizo se lanzó sobre él. Sus manos buscaron la garganta de Pete. El sheriff consiguió libertarse de nuevo, y disparó el puño en el momento en que el mestizo iniciaba otra de sus arremetidas.

¡Bam! El mazazo alcanzó a su enemigo en la boca del estómago. El aire de sus pulmones salió forzosamente expelido en hipo ruidoso. El mestizo sacó del bolsillo una botella de tequila y trató de utilizarla como maza.

¡Crack! Un directo de Pete, cargado de dinamita, le envió contra la pared. La botella de tequila cayó al suelo y se hizo pedazos. El mestizo se dobló por la cintura y se desplomó como un fardo. La lucha había terminado.

El sheriff se apresuró a seguir su camino. Había perdido unos preciosos segundos. "Miserias" estaba en peligro, y quizá el auxilio le llegase demasiado tarde. Mientras cruzaba corriendo el pasadizo que conducía a la cárcel, Pete se iba preguntando si aquel atlético mestizo habría sido colocado en la puerta con el fin de cortarle el paso.

El pasadizo estaba flanqueado por muros de adobes y era muy oscuro. Pero la lámpara colocada sobre la puerta de la prisión arrojaba un amarillento resplandor sobre algunos lugares, y Pete pudo ver, unos pies más adelante, un bulto tendido en el suelo, y a alguien inclinado sobre él.

Pete aceleró el paso. El hombre tendido en tierra debía de ser Hicks "Miserias". Si Garnel se apoderaba de la pistola del comisario, sería un enemigo muy difícil de vencer.

¡Crack¡ Algo le golpeó en la parte posterior de la cabeza. Estuvo a punto de perder el conocimiento pero se volvió instintivamente. No se había oído ninguna detonación. Y no había nadie a su espalda. Pete se tambaleó y cayó hacia adelante. La caída le infundió nueva vida, permitiéndole reunir el resto de sus energías. Permaneció tendido unos momentos, aturdido y medio ciego, pero con la mano apoyada en su 45.

Trató de levantar el arma y disparar al aire. La detonación quizá atrajese algunos ciudadanos a aquellos lugares. Pero la pistola parecía pesar una tonelada, y los dedos no pudieron vencer la resistencia del gatillo.

Sintió que le zumbaban los oídos. Apretó las mandíbulas tratando de conservar el conocimiento. No era aquella ocasión de desmayarse. Él y "Miserias" quedarían a merced de sus misteriosos atacantes. Se esforzó por ponerse de rodillas, y sacudió violentamente la cabeza para despejarla.

Finalmente, consiguió ponerse en pie y se apoyó contra uno de los muros del pasadizo. Le latían las sienes. Se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza. La retiró mojada. El golpe había desgarrado la piel y tenia los cabellos empapados en sangre.

Algo brillaba a sus pies. El resplandor de la lámpara de la prisión se reflejaba en aquel objeto. Se agachó y lo levantó. Supo entonces lo que le había golpeado. El objeto brillante era una piedra muy pulimentada. Tenía los bordes perfectamente redondeados, como si hubiera permanecido en el lecho de un río durante generaciones. La piedra probablemente había sido disparada con una honda.

Aturdido todavía, Pete siguió avanzando por el callejón. Se le doblaban las piernas, pero consiguió llegar junto a "Miserias" y se arrodilló a su lado.

"Miserias" yacía de bruces, con la pistola todavía en la mano. Pete le volvió suavemente boca arriba. Tenia una herida en la cabeza. El comisario dio señales de recobrar el conocimiento, y lanzó débiles gemidos.

¡Garnel "el Jorobado" había desaparecido!

Unos segundos después el barberillo se había despejado lo suficiente para poder hablar con alguna coherencia.

-¡Recoyotes!-exclamó-. ¡Me siento como si llevase un mes padeciendo una miseria!

Pete le recostó contra la pared de adobe.

-¿Qué te ha sucedido, compañero?-le preguntó.

-Pues mira, patrón, ocurrió todo con tal rapidez, que apenas me he dado cuenta-contestó "Miserias"-. Garnel se portaba como un perfecto gentleman, por una sola vez. Caminaba por el callejón como una oveja que va al matadero. De pronto sentí un golpe aquí detrás, y caí como herido por un rayo. ¿Pero dónde está Garnel?-preguntó, mirando a su alrededor.

-Ya le encontraremos-dijo Pete-. ¿A qué distancia iba Garnel de ti?

-Marchaba delante. No pudo ser él, el que me golpeó. Debió ser un compinche que me estaría espiando.

-El golpe que te dejó sin conocimiento te lo causó una piedra disparada con una honda-dijo Pete-. A mí me derribaron de la misma manera.

"Miserias" se puso trabajosamente en pie.

-Ten cuidado de no pisar ninguna huella-le advirtió Pete-. ¿Te sientes bien ahora? Entonces entra en la cárcel y trae una linterna. Tenemos que seguir el rastro de esos pájaros y no podemos trabajar a oscuras.

-O. K., patrón -dijo "Miserias".

-Marcha por el lado derecho del pasadizo para que no se mezclen tus pisadas con las de los bandidos. Aquí te espero. Quizá tenga la suerte de que vuelva alguno.

"Miserias" corrió a la cárcel, procurando arrimarse al tapial de la derecha.

Pete esperó con un 45 en la mano. Pero sus esperanzas de ver aparecer en escena a alguno de los misteriosos atacantes no se vieron satisfechas. No se oyó en todo el pasadizo más ruido que los pasos de "Miserias" alejándose.

Pete estaba convencido ya de que el atlético mestizo se había apostado en la verja para dejarle fuera de combate o, por lo menos, para detenerle todo lo posible. Olfateó a su alrededor como un sabueso. Flotaba en el aire un débil olor. ¿Seria que el golpe que había recibido en la cabeza le hacía imaginar cosas inexistentes? Volvió a olfatear.

No; estaba seguro de que no se engañaba. Había en el aire un olor como a huesos de melocotones. Recordó que aquel mismo olor era el que había notado en la habitación en que viera a Bob Dale tendido sobre su lecho.

¿Qué misterio era aquel que amenazaba con privar a la Quebrada de algunos de sus más eminentes ciudadanos? Bob Dale. Después el popular Sam Hobart. Y la sentencia de muerte pendía aún sobre las cabezas de Clint Billings, Mart Dunlow, Dorn, y hasta de Garnel "el Jorobado".

¿Habría mentido Garnel en lo de la amenaza? ¿Habría dicho que él también se encontraba condenado a muerte sólo por alejar toda sospecha de su persona?

El misterioso asesino iba cumpliendo implacablemente su venganza.

Avrila, el bandido, se había encontrado, por alguna oculta razón, complicado en el engranaje de aquel mecanismo infernal y también había muerto.

Durante los pasados años se habían cometido muchos crímenes en la Quebrada. La región era terreno a propósito para los malhechores. Les atraían los ricos territorios ganaderos comprendidos entre la Quebrada del Buitre y Buffalo Ford, y los yacimientos de oro situados en Mesa Ridge.

La Quebrada había estado infestada de cuatreros y merodeadores hasta que Pistol Pete Rice y sus comisarios emprendieron su persecución. El whisky corría a raudales. Triunfaba el crimen, y raro era el día en que no ocurría alguna muerte violenta. Pero, generalmente, eran consecuencia de pendencias en las tabernas o en las casas de juego, o tenían como escenario el campo o los distritos mineros.

Tales crímenes obedecían a móviles bien definidos-intereses o rivalidades- y nunca les rodeó el menor misterio. Pero entonces se ocultaba algo siniestro tras los asesinatos ejecutados en el espacio de pocas horas. Se veía en los tres delitos habilidad, astucia y refinamiento.

¿Era Garnel "el Jorobado" un peligroso maniático envidioso de todo hombre que disfrutase del pleno uso de su cuerpo? ¿Tendría un alma tan retorcida como su columna vertebral?

Garnel era astuto. Todos lo reconocían, aun aquellos que no le apreciaban, y quo estaban en gran mayoría. Pero, astuto o no, ¿cómo pudo penetrar en una habitación y matar a un hombre sin dejar rastro? Y aunque no hubiese penetrado, ¿cómo se las arregló para disparar una flecha envenenada sin dejar huellas al otro lado de la ventana? Por otra parte, no se había encontrado tal flecha en el cuerpo de Bob Dale. El asunto se presentaba cada vez más desconcertante y siniestro.

Sin embargo, una parte del misterio parecía estar a punto de aclararse. Pete había empezado a sospechar de Garnel. "El Jorobado" había hablado de partir para Montana. Era el único que se encontraba junto a Avrila cuando fue muerto por la flecha envenenada. Aun entonces, Pete había procedido con repugnancia a su detención. Pero ya, después de la agresión a "Miserias" y de la fuga de Garnel, Pete se sentía más tranquilo. Un inocente no huye así de la justicia.

Pete no se explicaba el rencor que le había demostrado el jorobado, pues fue él quien, compadecido del hombrecillo, había conseguido que la comunidad le asignase una soldada de cincuenta dólares mensuales.

Este pensamiento se fijó en el cerebro de Pete. ¡Cincuenta dólares al mes!

¿Cómo podía un hombre con tal cantidad pagar a bandidos como Avrila y sus compañeros? Pete Rice había aclarado muchos crímenes, pero éste parecía salirse de sus facultades.

Osciló una luz al final del pasadizo. "Miserias" volvía de la cárcel. Cuando estuvo a su lado, Pete agarró la linterna y proyectó sus rayos sobre el suelo mientras avanzaba lentamente hacia la prisión. Su rostro expresó el mayor asombro. No se observaban más pisadas que las de "Miserias" situadas todas en la parte derecha. Garnel no pudo haber huido en aquella dirección.

Pete volvió sobre sus pasos y levantó la linterna para iluminar la casilla de adobes que se levantaba al lado derecho de la calleja. La puerta estaba cerrada con un cerrojo, y entabladas las ventanas. La capa de polvo que cubría, los peldaños no mostraba rastro alguno de pisadas. Garnel tampoco pudo escapar por allí.

Pete y su comisario continuaron examinando el pasadizo. No encontraron otras huellas que las del mismo Pete, y las que dejaron Garnel y "Miserias" cuando se dirigían a la prisión, momentos antes de que el comisario cayese sin conocimiento.

Pete se tendió en el suelo, mientras "Miserias" lo alumbraba con su linterna.

Un hombre tan astuto como Garnel podría haber caminado hacia atrás, pisando sobre sus propias huellas. Pero las pisadas estaban demasiado claras, y Pete desechó inmediatamente tal suposición. Garnel no había caminado hacia atrás. Tampoco había escalado la tapia, pues no se veía señal alguna en el muro de adobes.

-¡Recoyotes!-exclamó "Miserias"-. Es la cosa más extraña que he visto en mi vida.

El rostro de Pete expresaba la mayor perplejidad. Entregó la linterna a "Miserias", y se encaramó a lo alto de la tapia. El comisario le alargó la linterna otra vez.

Unos pies calzados con botas o zapatos habrían dejado rascaduras o arañazos en los ladrillos calcinados por el sol. Pero no se observaba nada. Al otro lado de la tapia el terreno estaba removido por incontables pisadas de cascos que hacían imposible descubrir las huellas recientes.

Pete devolvió la linterna a "Miserias" y saltó de nuevo al pasadizo. No había duda de que el rastro de Garnel se perdía en el sitio exacto en que Hicks "Miserias" fue derribado.

¡El prisionero se había desvanecido como un fantasma!

CAPÍTULO V
¡UNA SENTENCIA DE MUERTE!

Pete Rice e Hicks "Miserias" emprendieron el regreso al despacho del sheriff. El barberillo comisario caminaba sombrío y preocupado.

De pronto se detuvo olfateando el aire.

-Ahora si que estoy seguro-dijo como hablando para sí-. Nunca lo hubiera creído.

-¿Creer qué?-preguntó Pete Rice a su ayudante.

-Nunca hubiera creído que ahora te diese por perfumarte-contestó "Miserias"-. ¿Es que estás enamorado? Si querías alguna esencia fina, ¿por qué no agarraste alguna de las muchas que tengo en el estante de la barbería?

-No estoy para esencias, "Miserias"-dijo Pete de malhumor-. El olor a cuero de silla y a mantas de caballo es más fuerte que los perfumes que tú acostumbras a verter sobre los presumidos que derrochan sus pesos en tu barbería. El aroma que percibes no significa amor, "Miserias". ¡Significa odio!

Pete explicó al barbero que el olor que notaba era el mismo que él había percibido en la habitación del asesinado Bob Dale.

-Pues no se me ocurre la relación que pueda tener tal perfume con nuestro asunto-dijo "Miserias"-. Quizá sea éste el modo que emplea el jefe de los asesinos para señalar las víctimas a sus secuaces.

Pete Rice encontró en aquel momento otra razón para explicarse la presencia de aquel mestizo borracho que le asaltó al entrar en el pasadizo.

Probablemente el mestizo fingió su embriaguez para derramar cierta esencia en el pelo del sheriff cuando trató de atenazarle la garganta.

Los procedimientos de que se valía el misterioso asesino probaban una vez más que se trataba de un loco, de un maniático homicida, cuya vanidad le impulsaba a cometer sus crímenes lo más fantásticamente posible.

Tal opinión concordaba perfectamente con la creencia de que Garnel "el Jorobado" era el culpable. Garnel actuaba impulsado por un desequilibrio mental. No obstante, Pete necesitaba una prueba verdaderamente convincente que justificase sus sospechas.

El sheriff y su comisario salieron a la calle principal, y vieron que Clint Billings corría hacia ellos. Clint Billings traía el rostro demudado.

-Tenemos un nuevo conflicto-anunció-. Algunos muchachos de la ciudad se han enterrado de que has hecho una detención relacionada con los asesinatos. Ya sabes lo popular que era Sam Hobart. Se había ya de linchar al detenido.

-¡Eso no pasará de proyecto!-gritó Pete, lanzando a Billings una penetrante mirada-. ¿Sabes quién esparció esa noticia?-preguntó.

-Yo, por lo menos, no he sido-contestó Billings-. Pero lo importante es que la noticia se comenta ya en todas partes, y vamos a tener jaleo.- Billings olfateó el aire, y se aproximó a Pete volviendo a olfatear con más intensidad.

-¿Eres tú o soy yo el que lleva ese perfume?-preguntó.

-Soy yo-contestó Pete. Y explicó a Billings el procedimiento de que se habían valido para impregnarle de aquel olor.

-Sigue mi consejo y lávate enseguida-recomendó Billings-. No sé lo que me pasa, pero me estoy volviendo supersticioso. Tres asesinatos... y ahora este maldito perfume. ¡Deshazte de él lo antes posible, Pete! !Ese olor es una sentencia de muerte!

Cuando Billings y los dos representantes de la ley se aproximaron a la barbería, Pete se dio cuenta de que se había ido congregando allí una multitud en actitud amenazadora. Pete hizo una seña a "Miserias", que el comisario-barbero interpretó como una orden para que guardase silencio.

-¿A qué viene ese barullo, muchachos?-preguntó el sheriff, bondadosamente.

-Hemos visto llevar al depósito los cadáveres de Sam Hobart y Bob Dale-dijo con gravedad un mozo espigado y huesudo-. Los dos eran amigos nuestros, y tenemos entendido que usted ha realizado una detención.

Pete hizo un gesto afirmativo, pero no contestó. Los tres hombres que se encontraban con él cuando detuvo a Garnel "el Jorobado" habían jurado guardar el secreto. Y Matt Corey, que ocupaba el sillón de "Miserias" había prometido también no hablar. No se explicaba cómo pudo haberse extendido la noticia.

-Eso es lo que debe hacer un sheriff cuando sospecha de alguien, ¿no es cierto?-contestó, al fin, Pete.

-Nosotros le hemos respetado a usted siempre, sheriff-dijo el mozo huesudo-. En casos ordinarios no hemos tenido inconveniente en que la ley siguiera su curso, pero...

-Eso es lo que debe ocurrir en todos los casos-le interrumpió Pete.

-Menos en éste-insistió el mozo-. ¡Sheriff, queremos a Garnel!

Surgió un murmullo de los hombres allí reunidos. La fría mirada de Pete recorrió la multitud. Se componía en su mayor parte de personas bien portadas y de ciudadanos respetables. Habían perdido a dos amigos intimos y se les veía profundamente afectados. No creían faltar a la ley con lo que se proponían hacer. Para ellos el hombre acusado era como una plaga, como un perro hidrófobo con el que era preciso acabar cuanto antes.

Pero Pete notó también que había por lo menos media docena de forasteros entre aquella gente. Algunos eran mestizos. Otros se veía que habían estado bebiendo.

-Ciudadanos-dijo Pete fríamente-, todos sabéis mi opinión acerca del linchamiento. Cuando yo arresto a un hombre, lo pongo bajo la protección de la ley. Sólo hay ni modo de apoderarse de él... ¡pasando sobre mi cadáver!

-¡Se opone usted a que se cumpla la justicia!-acusó el individuo que primeramente había hablado.

-¡Queremos a Garnel... y le tendremos!-gritó un hombre de camisa roja, desde las últimas filas de la multitud. Y acto seguido sacó su 45 de la pistolera y disparó un tiro al aire.

Había un verdadero muro humano entre Pete Rice y aquel individuo. Quizá se tratase de un hombre inofensivo, pero Pete sabía que un disparo, aun hecho al aire bastaba para enardecer a una muchedumbre. En aquel momento Pete vio que su comisario Teeny Butler salía de la barbería a la calle. Teeny llevaba en la mano su látigo de piel de toro.

-¡Queremos justicia!-gritó alguien.

-¡La tendréis!-contestó Pete sin perder la calma. Una sonrisa frunció su atezado rostro-. Os prometo que el asesino de Bob y Sam sufrirá la suerte que merece... pero todo tendrá que hacerse con arreglo ala ley.

-¡Al diablo con la ley!-gritó desafiador el hombre de la camisa roja, apuntando otra vez su pistola hacia el cielo.

¡Crack! Restalló el látigo de Teeny Butler. La punta de la tralla se enroscó en el cañón de la pistola, arrancándosela de la mano del agitador. Este se revolvió, con el rostro rojo de ira, y se lanzó sobre Teeny Butler.

-Ten cuidado con lo que haces-le advirtió el corpulento comisario.

Pero el enfurecido individuo-un atlético minero-le descargó un terrible puñetazo. A causa de su corpulencia-pesaba cerca de trescientas libras-Teeny Butler aparentaba ser un individuo de tardos movimientos. Pero saltó a un lado con la agilidad de un boxeador, y el swing del minero falló su blanco por cerca de un pie.

El minero volvió a atacar. Teeny se desprendió de su látigo. La palma de su mano chasqueó en la mejilla del hombrachón. El minero se tambaleó.

Entonces Teeny se colocó rápidamente tras él e interpuso en su camino la punta de su bota. El individuo cayó de bruces, manoteando en el aire.

-¡Largo de aquí!-gritó Teeny-. ¡Parece que te gusta alborotar a las gentes honradas!

Surgió de la multitud una oleada de risas y burlas. Lo que amenazaba ser una tragedia inminente se transformó en comedia. El avergonzado minero sólo fue ya un ente ridículo. El latigazo de Teeny, seguido del bofetón y la zancadilla, no eran elementos para hacer un héroe de nadie. La multitud perdió su aire amenazador y ya sólo se oyeron mofas y risas.

Pete supo aprovechar la situación.

-¡Reíd cuanto queráis, muchachos!-gritó-. Pero nunca tratéis de hacer nada que pueda pesaros luego. Por otra parte, debo deciros que el preso escapó. No está en la cárcel.

Al principio no fue creído el sheriff, y éste tuvo que explicar pacientemente lo sucedido en el pasadizo, atestiguándolo con las heridas que él y "Miserias" presentaban en la cabeza.

-¡Busquemos a Garnel y colguémosle!-gritó alguien entre la gente.

-Yo y mis comisarios nos encargaremos de eso-contestó Pete-. Es nuestra misión. Garnel caerá, tarde o temprano, en nuestro poder. La ley tiene un par de tijeras muy largas; capaces de cortar las alas a cualquier buitre humano. Y ahora, muchachos, os ruego que regreséis a vuestros hogares.

El individuo que había hablado primero se abrió paso a codazos por entre la multitud.

-¡Chócala, Pete!-dijo, tendiéndole la mano-. Reconozco que tienes razón. Dejamos a tu cuidado el que Garnel tenga la cantidad de cuerda que merece.

La multitud se fue diseminando gradualmente, y Pete Rice e Hicks "Miserias" siguieron a Teeny Butler al interior de la barbería.

Teeny Butler, el hombre más corpulento del distrito de Trincheras, curó las heridas de sus camaradas con dedos tan hábiles como los de una mujer.

Pete Rice colocó la cabeza bajo el grifo del lavabo de la barbería. Pasado un rato se convenció de que el olor de sus cabellos no desaparecería a fuerza de jabón y agua. Probablemente tendría que dejar que se desvaneciese por sí solo.

Teeny Butler, que acababa de regresar de arreglar una desavenencia entre dos tramperos de Mesa Ridge, se indignó mucho al enterarse de lo sucedido.

Había conocido a Bob Dale y Sam Hobart, y les apreciaba sobremanera.

-¿Cuándo partimos, patrón?-preguntó a Pete.

-Es prudente no hacerlo todavía-contestó el sheriff-. Ahora me voy a casa a cenar. Tú y "Miserias", lo mejor que podéis hacer es descansar. Lo vais a necesitar mucho.

Pete se dio cuenta de la decepción de sus comisarios, pero tenía el presentimiento de que le seria más fácil encontrar al asesino en su propia casa que registrando las montañas. Creía también haber descubierto el secreto de la misteriosa desaparición de Garnel, pero, por el momento, se abstuvo de comunicarlo a sus compañeros.

CAPÍTULO VI
LA VOZ MISTERIOSA

Eran las primeras horas de la noche cuando Pistol Pete Rice llegaba a su casa. Brillaba una luz en la cocina. Aquello preocupó al sheriff. Sabia que su madre tenia la intención de visitar a una antigua amiga, cuyo sobrinito estaba enfermo. Pero si su madre había cambiado de intención, él cambiaría la suya también. No permanecería en casa con su madre aquella noche. Su presencia podría poner en peligro la vida de la anciana. Tenia el presentimiento de que el misterioso asesino iba a descargar un nuevo golpe.

Pete se alegró de que Teeny Butler le hubiese puesto un vendaje apenas perceptible en su herida de la nuca. Así no mostraría señales de haber tenido un encuentro con los malhechores. Una de las mayores preocupaciones del sheriff era poder hurtar sus aventuras al conocimiento de su madre.

Siempre le hablaba ligeramente de los riesgos de su oficio. Sin embargo, sabía que la anciana no le permitía abandonar su profesión, aunque lo desease. La familia de los Rice llevaba algunas generaciones dedicada al mantenimiento de la ley.

Pete desmontó y desensilló a Sonny en el pequeño corral a espaldas de la casa. Le dio agua y le pasó ligeramente la almohaza. Mientras sacaba del arcón una doble medida de maíz, se abrió la puerta del fondo y surgió de la cocina un reguero de luz que se desparramó por el corral.

-OH, Pete-dijo una voz cariñosa-. Cuánto celebro que estés de vuelta. Date prisa, hijo mío, y ponte a cenar. Yo me marcharé en cuanto mister Spencer vengo a buscarme en su carretón.

-¿Sigue malo el pequeño Eddie? -preguntó Pete.

-Sí, y la pobre gente no sabe cómo cuidar al muchacho, pues no tienen hijos, y no están acostumbrados a lidiar con criaturas.

-En seguida entro, madre.

Unos minutos después Pete penetraba en la casa, levantaba a la diminuta anciana en sus brazos y la besaba tiernamente. La señora Rice había sido una belleza en su juventud. Entonces era una de esas afortunadas mujeres que envejecen llenas de gracia y dignidad. Pete Rice la idolatraba. En la Quebrada del Buitre se decía que el sheriff tenia dos amores, su madre y la ley.

-Apuesto a que mi viejecita está muy cansada-dijo Pete, depositando a la anciana en el suelo.

La señora Rice le lanzó una mirada de extrañeza.

-¿Gastas ahora perfume, Pete?-le preguntó-. Sospecho que Hicks "Miserias" te ha convencido de la conveniencia de emplear alguno de sus terribles tónicos para el pelo.

Pete rió un poco forzadamente, y trató de encontrar una explicación para el extraño olor que no había conseguido eliminar de su polo. Afortunadamente se oyó en el sendero el rodar de un carretón en aquel momento.

-Parece que ya está ahí nuestro amigo-se apresuró a decir.

Salió a la puerta con el propósito de saludar a mister Spencer, pero en realidad tratando de evitar nuevas alusiones a los misteriosos acontecimientos.

Fue para él un descanso el ver, unos minutos más tarde, alejarse a su madre en el carretón. Agitó su mano y conservó en el rostro una sonrisa hasta que desapareció el vehículo en la oscuridad. Después volvió a la casa, con expresión sombría. Terminada su frugal cena, se sentó para desnudarse frente a la única ventana de la habitación.

Se sentía cansado y quería aprovechar la oportunidad de poder acostarse temprano. Una hora después de la marcha de su madre, Pete estaba tendido en el lecho. Seguía con el presentimiento de que aquella noche no lograría disfrutar de un reposo tranquilo. El calor del dormitorio hacia más pronunciado el olor de sus cabellos.

Pete colocó la pistola a su alcance. No puso empeño alguno en tener los ojos abiertos. Seguía dominando sus nervios, como siempre, y estaba seguro de que se despertaría instantáneamente al menor ruido.

Se durmió profundamente, sin pesadillas. Había adquirido la facultad de borrar todas las preocupaciones de su imaginación a la hora del descanso. En cuanto reclinó la cabeza en la almohada se sintió amodorrado. Dos minutos más tarde estaba dormido.

El mismo dominio de sus nervios que le permitía quedarse instantáneamente dormido le hizo despertar varias horas después.

"¡Morirás!" La palabra sacó a Pete de su lecho casi de un salto.

¡Pronto morirás! La voz tenia algo de sobrenatural. Era como si la hubiese emitido un esqueleto por entre sus mandíbulas cerradas. Pete se plantó en dos zancadas junto a la ventana. Apartó la cortina y miró al exterior. Llevaba la pistola en la mano, pronta a disparar. Pero no observó nada anormal.

Sonny, el alazán, relinchó alegremente al sentir la presencia de su amo. Y esto fue todo. Pete encendió una lámpara y examinó cautamente el antepecho de la ventana. Dejó que los rayos de luz cayesen sobre ella, pero él no se mostró directamente a la luz. No observó ni un arañazo, ni la huella de un dedo.

Apagó la lámpara y saltó al exterior. Brillaba una luna neblinosa, pero su luz era suficiente para examinar el terreno que rodeaba la casa. No encontró rastro alguno del misterioso merodeador. Pete volvió a su habitación. Durante veinte minutos estuvo sentado en la oscuridad, con el 45 en la mano, esperando que volviese el visitante.

Se le ocurrió de pronto una idea. Volvió a encender la lámpara, y la colocó ante la ventana. Titubeó durante una fracción de segundo. Después se echó a un lado de un salto.

Una bala atravesó la cortina, yendo a clavarse en la pared, al otro lado de la habitación. Pete vio que el fogonazo había salido de un grupo de álamos, a unos centenares de yardas de distancia. Cruzó apresuradamente el dormitorio.

Un instante después saltaba por la cerca del corral. Se oía el ruido de unos cascos que se alejaban por el camino que se dirigía hacia el Sur.

Sonny se encontró embridado con pasmosa celeridad. Pete no esperó siquiera a ensillarle, y saltó sobre su lomo desnudo.

-¡Vamos, Sonny, muchacho!-le apremió.

Sonny respondió espléndidamente. Hundió los cascos en la tierra del corral y se lanzó como una flecha al sendero, galopando hacia el Sur. La impaciencia de Pete le hacía palmotear de vez en cuando sus flancos. El caballo rompía entonces en una nueva explosión de velocidad, y parecía como si fuera a deslizarse de debajo de su jinete.

Allá atrás sonaron las voces de algunos vecinos despertados por los disparos. Pete no tuvo tiempo de detenerse a explicarles lo sucedido, preocupado únicamente en lanzar a Sonny a un galope frenético que acortase la delantera que le llevaba su enemigo. Ya empezaba a oírse a lo lejos el batir de los cascos de su caballo. Pete tenía la creencia de que Sonny podía alcanzar a cualquier corcel de Arizona. Aquella noche iba a verse tal opinión sometida a dura prueba.

Cuando avistase al jinete fugitivo hablarían de nuevo las pistolas. Pete iba preparado para ello. Tiraría a matar. Quienquiera que fuese el que huía ante él, era responsable de tres asesinatos, y lo seria de muchos más si se le dejaba vivir.

El alazán cruzó el puente de madera que marcaba los límites de la Quebrada.

Se oía el batir de cascos más distintamente. Sonny iba ganando terreno.

En el noble rostro de Pete Rice se dibujó una mueca de satisfacción. No había perdido su presencia de ánimo mientras estuvo esperando en silencio al asesino que presentía. El incidente tuvo un matiz sobrenatural que Pete Rice no esperaba. Pero aquella caza del hombre, a pleno campo, ya tenia todas las emociones de la realidad, y Pete Rice volvía a

sentirse en su elemento. Se había encontrado así centenares de veces, y nunca había regresado de las sendas sin traer a un hombre como trofeo.

A los diez minutos, el apagado baqueteo de los cascos de Sonny se transformó en una sucesión de golpes secos al herir el suelo rocoso del sendero que se adentraba por la montaña. La luna se sentía juguetona. Tan pronto asomaba por detrás de una nube como desaparecía al segundo siguiente. El cielo estaba tenuemente empolvado de estrellas. Pete no podía ver todavía al jinete fugitivo, pero oía ya el tableteo de los cascos de su caballo lanzado a todo galope. El ruido se sentía cada vez más próximo.

Sonny iba acortando gradualmente la distancia. El camino se bifurcó. Pete lanzó a Sonny por la parte de la izquierda. Al doblar un recodo, la neblinosa luna descubrió la borrosa forma del caballo que huía.

-¡Alto! -gritó Pete.

Esperaba una bala como respuesta. Pero el jinete no disparó. Espoleó a Sonny otra vez. Se encontraba ya en una región sembrada de peñascos y grupos de álamos. Se recortaba a lo lejos una muralla de ingentes picachos y rocas. Uno de los lados descendía hasta el fondo de un profundo cañón. El fino oído de Pete percibió que el caballo que galopaba delante acortaba su marcha. Los grises ojos del sheriff brillaron de esperanza.

-¡Animo, Sonny! -gritó a su caballo-. ¡Animo, que es nuestro!

Sonny redobló su esfuerzo. Al torcer el último recodo del camino, Pete ya pudo ver claramente el caballo de su enemigo. ¡Pero el animal galopaba solo!

El jinete se había arrojado de la silla. En aquel momento podría estar oculto en multitud de sitios: entre los grupos de álamos, detrás de las rocas, o en algún declive del accidentado terreno que descendía hasta el cañón.

Pete detuvo a Sonny, y empuñó la pistola. Le latía el corazón violentamente.

Se aproximaba el desenlace. El misterioso merodeador estaría probablemente agazapado tras una peña, donde tendría la ventaja de poder ser el primero en disparar sobre Pete Rice.

Pero pasaba el tiempo y el malhechor no daba señales de vida. Pete registró roca tras roca. Hizo un gesto de decepción. El hombre que buscaba debía ya encontrarse en el estrecho cañón, del que podría salir antes del amanecer.

Después sería muy difícil seguir sus huellas sobre el suelo rocoso del desfiladero. La luna volvió a surgir de detrás de una masa de nubes, iluminando el sitio en que se encontraba Pete Rice. Este no se movió.

Esperaba un disparo. Lo habría acogido con alegría. Habría arriesgado la vida celen veces por aclarar el misterio, por terminar de una vez con el criminal que traía aterrorizada a la Quebrada. Pasaron unos minutos. Todo continuó en silencio. El fugitivo no parecía dispuesto a cambiar unas balas con Pistol Pete Rice.

CAPÍTULO VII
LA PISTA

Se oía galopar de caballos por la parte de la ciudad. Pete escuchó atentamente. Eran cuatro los jinetes que se aproximaban. Recordó que el asesino de Sam Hobart había preparado una emboscada al regreso de la cabalgata de la casa de Bob Dale.

Los ojos de Pete brillaron como pedazos de pedernal pulimentado. Si aquellos jinetes eran secuaces del misterioso criminal de la Quebrada, se iban a encontrar con una gran sorpresa.

Pete Rice estaba dispuesto a luchar hasta la muerte. La desventaja no significaba nada para él. Prefería combatir con cuatro enemigos a seguir enfrentándose con los tortuosos procedimientos de aquel demonio que aparecía en el seno de la noche, descargaba su golpe como una serpiente, y huía sin dejar rastro.

Un minuto después el rostro de Pete se serenó. Salió una llamada de las tinieblas:

-¿Estás ahí, patrón?

Era la voz de su comisario Teeny Butler. Pete surgió de detrás de un peñasco.

-¡Aquí estoy, Teeny!-contestó.

Un momento más tarde le rodeaban los jinetes. Eran Teeny Butler, Hicks "Miserias", Clint Billings y Sam Hollis, propietario de los "Almacenes de la Quebrada" y vecino de Pete Rice.

Pete había ya capturado al abandonado caballo del malhechor fugitivo. Era un ruano lustroso y fuerte, que llevaba la marca del "Bar M Br", rancho situado al Este de la Quebrada. La silla mostraba las iniciales J. B. marcadas a fuego.

Pete sabía demasiado bien que el misterioso asesino era lo suficientemente hábil para haber robado un caballo para sus correrías nocturnas. Se habría ocultado en algún accidente del terreno próximo al "Bar M Br", y no le habría sido difícil cazar un caballo a lazo, y apoderarse después de unos arneses.

Dueño ya de los elementos necesarios, se habría escondido entre el grupo de álamos cercano a la casa de Pete, y habría esperado allí a que el sheriff se aproximase a la ventana con una lámpara encendida. Pete procuró no decepcionarle... pero fue una fracción de segundo más rápido que su agresor.

El sheriff contó a sus comisarios y amigos los detalles del ataque nocturno.

-!Así es como a mí me dieron el aviso!-exclamó Clint Billings descargándose una palmada en el muslo-. Fueron las mismas palabras: "¡Pronto morirás!" ¡Las oí tan claramente como oigo mi propia voz! ! Y sin encontrar una huella alrededor de la casa! Esto no puede ser natural. Todos iremos cayendo más pronto o más tarde. Yo ya no doy nada por mis huesos.

-Verdaderamente que hay como para no dormir tranquilo-observó "Miserias"-. Si yo llego a oír esa voz, cierro la barbería, incapaz de tener el pulso tranquilo para afeitar a nadie. ¡Hay que hacer algo para cazar a ese coyote, patrón!

Pete Rice sacó una barra de goma del bolsillo, se la introdujo en la boca, y empezó a masticarla lentamente mientras concentraba el pensamiento.

-El asesino se encuentra probablemente en el cañón en este momento. No estoy seguro de que podamos seguir sus huellas. Pero lo intentaremos. Teeny, Clint y Sam darán la vuelta para entrar en el cañón por la parte del Este. "Miserias" y yo entraremos por el otro lado. En cuanto surja un fogonazo tirad a matar. No acostumbro a hacer esto, pero ya es hora de terminar con semejante burla.

Miró hacia el Este. Empezaba a amanecer. Pasados unos minutos habría luz suficiente para poder buscar alguna huella en el desfiladero. Teeny Butler montó en su corpulento rocín. Brillaban sus negros ojos con la excitación de la caza. Teeny Butler, descendiente de un veterano de la guerra de Méjico, sabía rastrear como un apache.

-Yo soy tu hombre, patrón. Acabas de decirnos que disparemos a matar. Es preciso que tú hagas lo mismo si se presenta el caso. Nada de consideraciones, patrón. Hay criminales que deben ser tratados como culebras. "Miserias" y yo estuvimos hablando de esto anoche, y quedamos de acuerdo en que te expones demasiado.

-Es mi deber-contestó Pete-, y también el tuyo y el de "Miserias". Debemos aceptarlo así, o dejar el cargo.

-Yo no soy ningún cobarde-intervino Clint Billings-. Me gusta acudir de vez en cuando al llamamiento del sheriff y ayudar a entregar algún criminal a la justicia; pero hacerlo continuamente como ustedes, ya es exponerse demasiado.

Pete continuaba masticando plácidamente su goma.

-Eso no significa nada-replicó-. Un hombre destinado a vivir ochenta años alimentándose con berzas, pan moreno y agua clara, puede morir a los sesenta dándole mejor alimento. Cada uno debe vivir a su manera. Yo me siento más seguro corriendo estos peligros que matando las horas ante la mesa de un café. Y lo mismo les sucede a Teeny y a "Miserias". Treinta años de vida agitada, equivalen a sesenta de vivir pacífico y sin riesgos.

El sol trepaba por el oriente cuando Pete e Hicks "Miserias" encontraron el rastro del asesino en el fondo del catión. Eran muy débiles las huellas en el suelo rocoso, pero las pisadas sobre las malezas y hierbajos atestiguaban el paso del fugitivo.

Era evidente que el criminal había conseguido huir. Las rocas de la parte Sur del desfiladero formaban como una escalera natural que trepaba hasta lo alto del muro. El asesino había utilizado, al parecer, aquellos peldaños. Había subido por ellos hasta el borde del cañón, bordeándole después hasta salir al camino que rodeaba la población de Mesa Ridge, en el distrito de Mesa.

Sobre el camino se observaba una maraña de huellas; las había de cascos de caballos, de ruedas de carretas, de botazas de trabajadores mejicanos que acostumbraban frecuentar las explotaciones mineras situadas entre la Quebrada y Mesa Ridge. Era inútil tratar de distinguir las del asesino.

Hubiera sido perder el tiempo. Debía de ser un individuo de la localidad que conocía perfectamente aquel terreno. Teeny Butler, Sam Hollis y Clint Billings se reunieron con Pete y "Miserias". Todos juntos atravesaron el cañón y salieron al camino de la Quebrada.

De regreso a la casa de Pete Rice examinaron el agujero de la cortina y el impacto en la pared del dormitorio. Recorrieron también los alrededores de la casa observando el terreno cuidadosamente. No encontraron más huellas que las del caballo del merodeador a partir del bosquecillo de álamos.

-¿Qué hacemos ahora, patrón?-preguntó Hicks "Miserias".

-Pues, lo primero, ponernos a desayunar-contestó Pete-. Nacen los niños, mueren los hombres y continúan las guerras... pero la gente tiene que comer.

Los cinco hombres sirvieron agua y pienso a sus cabalgaduras, y Pete preparó un desayuno compuesto de tocino, huevos, café y bizcochos cocidos por su madre el día anterior.

Clint Billings comió nerviosamente. Los demás lo hicieron pensativos, pero en calma. La preocupación de Teeny Butler no le impidió dar buena cuenta de cinco huevos, varios bizcochos y tres tazas de café. El corpulento comisario necesitaba mucho alimento para conservar las energías de su cuerpo de gigante. Teeny se metió un bizcocho entero en la boca, lo masticó, lo tragó y movió lentamente la cabeza.

-Cuesta trabajo creer que Garnel "el Jorobado" sea el autor de esta faena-murmuró-. Garnel siempre me fue simpático, y nunca sospeché que llevase un asesino dentro del caparazón.

-No hay que fiarse-opinó Clint Billings-. Garnel odiaba a Sam Hobart porque éste le remedó una vez. ¿Quién otro pudo matar a Sam?

-A mí puede usted registrarme-contestó Butler-. Lo único que puedo decirle es que llevamos muchos años cazando criminales en la Quebrada y nunca hemos visto cosa semejante. Pero todo se andará. Páseme esos bizcochos, y deje que me alimente como es debido. Después nos lanzaremos a seguir la pista. ¿Verdad, Pete?

Pete había ya terminado su desayuno. Se puso en pie y movió la cabeza.

-¿Qué pista quieres que sigamos, Teeny?-preguntó-. ¿De qué nos servirá lanzarnos a la montaña si el asesino está, probablemente, en la misma Quebrada?

-¿Te propones quedarte aquí?-preguntó Billings, extrañado.

-¿Por qué no?-dijo Pete-. Recuerda que Dorn, Dunlow y tú mismo, han sido amenazados de muerte. Si el criminal trata de llevar adelante la broma, es preciso que yo me encuentre aquí para impedirlo. Ahora vámonos a mi oficina.

Mediada la tarde, Pete se alegró de haber permanecido en su despacho. Tuvo una importante visita. El visitante era John Norquist, un vigilante de la penitenciaría de Florence. Norquist había llegado a la población en el tren de las 2.40, y se había dirigido directamente a la residencia oficial del sheriff.

Era un hombre rubio, cuadrado, con una nariz ganchuda y unos ojos penetrantes de cazador de hombres.

-Vengo a encomendarle una importante misión, sheriff, -le dijo-. ¡Diamond Joe Storm se ha escapado de la penitenciaría del Estado!

Pistol Pete Rice silbó suavemente. Diversos pensamientos parecieron estallar en su cerebro como un puñado de cohetes. Recordaba muchos incidentes relacionados con la detención y condena de Diamond Joe. Brilló en su mirada la esperanza. Aquello podría proporcionarle una pista.

-¿Cuándo escapó?-preguntó.

-Hace cinco días. Se ocultó en un tanque de desperdicios y fue sacado de la prisión en la carreta que transporta la basura. Si no se encuentra en este territorio, al menos sabemos que se dirigió hacia aquí. Uno de nuestros reclusos nos dijo que siempre estaba amenazando con vengarse de los que contribuyeron a su condena. Y parece ser que trata de realizar sus propósitos.

El sheriff masticó su goma enérgicamente. Siempre lo hacía así cuando más activo era su pensamiento. ¡Diamond Joe Storm! Sí, aquella podría ser la clave que le llevase al esclarecimiento de los misteriosos asesinatos. Hasta la fecha de la fuga del bandido justificaba sus sospechas.

Storm era un jugador que había operado por los alrededores de la Quebrada durante algunos años. Individuo astuto y osado había sabido ocultar a la mayor parte de sus trapacerías. Dos rancheros se habían suicidado después de haber sido despojados por él de cuanto poseían en el mundo. Le habían agredido a tiros varias veces, pero nadie había podido probar las malas artes que empleaba en el juego.

Un día mató a un hombre en una pendencia tabernaria. Pero Sharon Pell, el mismo tortuoso abogado que Garnel había reclamado para su defensa, consiguió que sólo se condenase a Storm por homicidio casual. El fallo causó gran decepción en la Quebrada. Storm merecía una condena por asesinato. El mismo Storm se encontró sorprendido, pero fue porque esperaba que el tortuoso Pell le sacase libre basándose en algún tecnicismo de leguleyo.

Cuando escuchó el veredicto, Diamond Joe amenazó con escaparse de la penitenciaría y volver a la Quebrada para vengarse. Mataría al fiscal, dijo.

Mataría al Juez Granje, a los jurados, y a todas las autoridades que habían tomado alguna parte en el mecanismo del proceso. A todos les pareció vana jactancia de un criminal enfurecido. ¡Pero lo cierto era que Diamond Joe Storm se había escapado!

¡Y hacia cinco días! En ese periodo podía haber cometido todos los misteriosos asesinatos... o haberlos hecho ejecutar por secuaces pagados.

Mientras Norquist marchaba a tomar un refrigerio, Pistol Pete Rice se sentó ante su desvencijada mesa, y se dedicó a reflexionar y a revisar su archivo.

Sam Hobart había formado parte del jurado que condenó a Diamond Joe Storm. Clint Billings actuó como testigo contra el jugador, pues el individuo asesinado por éste, era amigo suyo. La opinión médica del doctor Dorn contribuyó también a empeorar la situación del acusado. Dunlow y Bob Dale eran autoridades locales, y en el curso de su actuación en relación con el proceso, se significaron lo suficiente para hacerse acreedores a la venganza del malvado.

Peto Rice sonrió. Se había olvidado del papel que desempeñó él mismo. Fue él quien efectuó la detención después del homicidio.

Con excepción de Garnel "el Jorobado", todos los que habían oído la "voz misteriosa", habían estado relacionados de algún modo con la detención o el proceso de Diamond Joo Storm. Era, pues, lógico creer que Diamond fuese el culpable de las muertes ocurridas. Pero, entonces, ¿qué papel desempeñaba Garnel "el Jorobado"? Pete continuó masticando su goma y reflexionando sobre el asunto.

Garnel había oído la voz misteriosa, anuncio de muerte. ¿O habría mentido? ¿No sería una estratagema para preparar la coartada? ¿Quién sería el culpable, entonces? ¿Diamond Joe Storm? ¿Garnel "el Jorobado"? ¿Ambos?

Cuando Norquist regresó del restaurante, próximo a la barbería de "Miserias", Pete le contó todos los detalles de las recientes muertes misteriosas.

-Fue Diamont Joe-dijo Norquist convencido-. Ese hombre mereció la cuerda hace ya años. Todos los detalles le acusan. Ese de la flecha, por ejemplo. Tengo entendido que fue mecánico antes de dedicarse al juego.

-Es el que montó la maquinaria en la mina Alhaja-confirmó Pete-. No he visto manos más hábiles que las suyas. De haber sido honrado, podría haber hecho mucho dinero. Es cosa chocante que los hombres que pudieran triunfar en una línea, creen casi siempre que su verdadero destino está en otra dirección. Joe se dedicó al juego... y éste le llevó a presidio.

-No parará allí mucho tiempo-dijo Norquist sombrío-. Me parece que ahora no se escapa de la cuerda. Él es el que se oculta tras estos crímenes. ¿Móvil? La venganza. Escapó antes de que empezasen los asesinatos. ¿Qué más pruebas se necesitan?

Pete guardó silencio un momento.

-Opino lo mismo-concedió-. Pero yo no siempre creo a mis propios ojos. He estado muchas veces en el desierto, y he visto espejismos de lagos y ríos... y luego no encontrábamos agua bastante para ahogar a una mosca. De todos modos, buscaremos a Diamond Joe. Si es él el criminal, el asunto se simplificará bastante.

Norquist se puso en pie.

-Permaneceré en estos alrededores hasta que se aclare el misterio. Tengo que despachar algunos asuntos en Mesa County. Avíseme si puedo ayudarle en algo.

Cuando Norquist se hubo marchado, Pete Rice envió a sus comisarios a avisar a todos los que habían intervenido en el proceso de Storm que el criminal andaba suelto. El mismo sheriff fue al juzgado a informar al Juez P. J. Granje de la fuga de Diamond Joe. En su juventud, el Juez Granje había sido vaquero. Tal profesión había dado a su carácter un tono de rudeza que los largos años de curia no habían conseguido borrar. Sus cabellos grises coronaban un rostro cuyas severas facciones revelaban la energía da su carácter. Pero, aunque brusco de modales, era suave de espíritu, y se inclinaba a la benevolencia cuando no se trataba de criminales empedernidos.

-¡Si no hubiera sido por ese picapleitos de Sharon Pell-dijo el Juez al sheriff-, yo habría condenado a Storm a la cuerda! ¿Homicidio casual? ¡Bah! Era un verdadero caso de asesinato en primer grado.

-Bien, pues ándese con cuidado, juez-le aconsejó Pete.

-No se preocupe-rezongó Granje cerrando las mandíbulas como si fuesen unas tenazas de acero-. ¡Que Storm se atreva conmigo y se enterará de que el Juez Colt es más rápido en sus decisiones que el Juez Granje! Gracias por la información, Pete.

-Creo que sería conveniente ponerle una escolta-insinuó el sheriff.

El juez rehusó con un movimiento de cabeza.

-¿Vamos a distraer las fuerzas de la ley para proteger a un viejo chiflado como yo? Proteja usted a los amenazados, Pete. Yo llevo muchos años cuidando de mí mismo, y lo hago

bastante bien. Si encuentra el rastro de Diamond Joe, comuníquemelo, sheriff. Con eso me consideraré satisfecho...

Pete volvió a su despacho, y se encerró en él con sus comisarios. A la hora de comer les sirvieron unos cubiertos del Hotel Arizona. Llegó la noche.

Teeny empezó a ensayar con su látigo de piel de toro. "Miserias" se puso a afeitar a un cliente.

Pete tenía la sospecha de que algo iba a suceder, pero por el momento, no había otra cosa que hacer que esperar. ¡Y no había martirio mayor que la inacción para el sheriff de la Quebrada del Buitre! Se sentó ante su mesa, escuchando los chasquidos del látigo de Teeny y la inagotable charla de "Miserias" con su parroquiano. "Miserias" le había enjabonado ya, y se disponía a suavizar la navaja.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Sobre el ruido de la calle, las detonaciones sonaron como trueno lejano. Pete Rice se puso instantáneamente en pie y corrió hacia la puerta. Teeny lo siguió, pisándole los talones. "Miserias" se aproximó a un cajón, lo abrió, sacó su 45, y cogió, de paso, las bolas que había dejado sobre un banco.

El cliente bajó del sillón.

-¡Diablos!-gritó-. ¿Me va a dejar a medio afeitar?

El pequeño comisario ni siquiera oyó a su cliente. Toda su atención estaba concentrada en las detonaciones. Pete Rice escuchaba también atentamente.

Muchos años de familiaridad con las armas le permitían calcular la distancia de donde provenían los disparos.

-Parece que viene de la parte donde vive el Juez Granje-murmuró-. ¿Qué habrá sucedido?

Granje habitaba una casa aislada, a una milla de la población. Sonó en lo alto de la calle el galopar de un caballo. Un instante después apareció ante ellos un jinete. Venía agachado sobre la silla, gesticulando como un loco.

Cruzó al galope la calle, y refrenó bruscamente su caballo al llegar frente al despacho del sheriff. Era, un joven mestizo, con marcadas facciones de Apache. Estaba detenido por pequeños delitos, y el Juez Granje le empleaba en su granja para faenas ligeras.

-El caballo viene sin silla-dijo Pete a Teeny-. Esto significa que el mozo ha salido apresuradamente.

El muchacho abordó a Pistol Pete Rice.

-¡Storm!-gritó-. Se presentó con otro hombre. ¡Quieren matar al Juez Granje! El juez se ha hecho fuerte en el desván.

Pete estaba ya sobre el lomo de Sonny.

-Quédate aquí con "Miserias"-ordenó a Teeny-. Yo me las entenderé con los dos miserables...

-¡Eso no es posible! -protestó Teeny-. ¿Cómo vamos a quedarnos aquí si...?

-Storm es un hombre muy astuto-le interrumpió Pete-. Sabe Dios lo que trama. Necesito que alguien se quede en la población por si intenta alguna jugarreta.

Antes de que Teeny intentase protestar de nuevo ya había lanzado a Sonny a pleno galope. El pañuelo de Pete flameaba como una bandera alrededor de su cuello. Le brillaban los ojos con la emoción anticipada del inminente combate. Seguir el rastro a un maniático homicida era una cosa. Luchar a tiros con unos asesinos, otra. Ese era su verdadero elemento, y lo sería mientras alentase.

CAPÍTULO VIII
DIAMOND JOE STORM

Continuaba el estruendo de los disparos. Pete Rice exigió el máximo de velocidad a su magnífico caballo. Le sacudía los flancos con su sombrero.

Sonny parecía responder con más ardor a medida que se acercaban al lugar de la lucha y se oían más potentes las detonaciones.

Era aquel un caso en que la diferencia de una fracción de segundo podría significar la vida de un hombre. Granje no era un tirador experto. Estaban muy lejos los días de su juventud. Lucharía mientras le quedase aliento en el cuerpo, pero era viejo y todas las probabilidades estaban en su contra.

Los cascos de Sonny redoblaban contra el suelo como los palillos sobre un tambor. Llevaba las orejas tendidas hacia atrás. Sus ollares parecían arrojar fuego. Estallaban sus músculos bajo la satinada piel. Cortaba el aire como un vencejo.

Hubo un repentino silencio en el tableteo de los 45. Pete desfalleció un momento. ¿Habrían herido al juez los bandidos? Una oleada de ira estremeció el cuerpo de Pete. ¡Se apoderaría de Diamond Joe Storm aunque tuviera que perseguirle por todo el Sudoeste!

Comenzó de nuevo el tiroteo... esta vez más nutrido y amenazador. El ronco matraqueo de las armas borró la preocupación de la frente de Pete. Al menos aquello indicaba que el juez resistía todavía. De haber muerto Granje, los bandidos habrían interrumpido el fuego para huir.

Pete se desvió del camino principal, y guió a Sonny por un sendero lateral que conducía a la finca de Granje. A la vista de la casa, le volvió la angustia.

Era un edificio grande y destartalado compuesto de dos pisos. Estaba rodeado por macizos de flores, pero no había por allí grupos de arbustos y árboles que ofreciesen resguardo para intentar una salida. Sólo un roble solitario se levantaba junto al edificio.

El desván tenía ventanas a cada uno de los cuatro costados. Las vidrieras estaban destrozadas. Pete Rice volvió a sentirse más tranquilo. ¡El juez Granje estaba todavía allí! Lo demostraban los fogonazos que salían de vez en cuando del oscuro interior.

Pete comprendió por qué había cambiado el tono de las descargas... por qué el tiroteo parecía más violento y desesperado. El espacio abierto que rodeaba la casa había permitido al viejo jurista mantener a raya a los bandidos... durante un rato. Pero la tregua impuesta por la recarga de las armas había permitido a los atacantes atravesar los macizos de flores y penetrar en la casa.

El mayor estruendo de las descargas era causado por el eco de las explosiones entre sus muros.

Pete temió haber llegado demasiado tarde. Se oía el crujir de la madera rajada entre los chasquidos de los nutridos disparos. El juez debía estar resistiendo tras una puerta que le separaba de los malhechores. En cuanto éstos hubiesen hendido la tablazón con sus granizadas de plomo, el Juez Granje tendría pocas probabilidades de salvarse.

Pete refrenó a Sonny, tan bruscamente que el animal reculó. Después se arrojó de la silla, y palmoteó los flancos del alazán para hacerle alejarse de la zona de peligro.

Era arriesgado cruzar el espacio descubierto que se extendía ante la casa, pero no había más remedio que afrontar aquel peligro. Pete procuró aproximarse rodeando el edificio al resguardo de una hilera de alisos que flanqueaban el camino. Luego atravesó el claro en veloz carrera. Llevaba las manos apoyadas en las culatas de sus pistolas, y no las necesitó para franquear la cerca. Se plantó al otro lado con un salto felino y, apenas tocó el suelo, reanudó su carrera.

Esperaba llegar a la casa antes de que pudiera ser visto.

¡Ba-ram! ¡Bang! ¡Bang! Salieron rojizas llamaradas de una de las ventanas del desván. El Juez Granje debía haberse asomado entre dos disparos, y le había confundido con un bandido. Afortunadamente, Granje era un tirador mediano; de otro modo, su descarga habría

significado la sentencia de muerte de Pistol Pete Rice y la suya propia. Pete oyó silbarle dos balas junto a la oreja, que fueron a perderse en unos árboles situados a su espalda.

-¡Soy Pete Rice, juez!-gritó el sheriff-. ¡Ahorre el plomo! ¡No dispare!

No tuvo tiempo de gritar más. Nuevos fogonazos surgieron desde otra ventana del segundo piso. Los bandidos se habían enterado ya de la presencia de Pete, y se proponían cazarle.

Pete se arrojó al suelo instantáneamente, y trató de ponerse a cubierto rodando sobre sí mismo. La excitación le impedía conocer si había sido herido o no. De todos modos, no debía ser cosa grave. Se puso en pie de un salto y se agazapó detrás de un grupo de cactos. Ese era el tema de Pete Rice en cualquier lucha. Como el boxeador que manotea furiosamente para evitar un directo que le ponga fuera de combate, Pete se decidió a lanzar plomo sobre sus enemigos que les quitase la oportunidad de afirmar la puntería sobre su serpenteante figura.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Sus negras pistolas rebotaban a cada presión de los dedos en los gatillos. El sheriff corría de un lado a otro, se agachaba, avanzaba, retrocedía, saltaba como el muñeco de una caja de sorpresas, volvía a agacharse... Y sus pistolas no cesaban un momento de vomitar fuego.

Las balas silbaban a su alrededor. Pero sus temibles 45 mantenían a los asesinos en el oscuro refugio de la habitación del segundo piso. Ni siquiera se atrevían a asomarse a las ventanas, y se limitaban a sacar una mano para disparar al azar, en dirección a Pete.

Todo sucedió en cuestión de unos segundos. Pete acabó de cruzar, saltando como un ciervo, el peligroso espacio que le separaba de la casa. Le quemaban las pistolas en las manos. El plomo enemigo levantaba pelladas de tierra a su alrededor. De pronto se abatieron inútilmente los gatillos.

Ambas armas estaban vacías. El silencio de sus Colts fue instantáneamente notado por los malhechores. Apareció un hombre en la ventana. Pete reconoció la larga y huesuda figura de Diamond Joe Storm. Siguió corriendo.

Llegaba casi a la esquina de la casa cuando Diamond Joe disparó... cuidadosa, deliberadamente.

¡Ka-zung-g-g! Pete oyó el zumbido de la bala. Sintió su quemadura en la pierna. Se había arrojado al suelo de cabeza en el momento en que Diamond Joe disparó, y fue a caer sobre un grupo de cactos que crecía junto a las paredes del edificio.

Las púas le punzaron el rostro como colmillos de serpientes. Pero aquel acto instintivo le había salvado la vida. Estaba fuera del alcance de las balas. Los bandidos no podían disparar directamente hacia abajo sin asomar la cabeza por la ventana. Si lo hacían así... Pete tendría un blanco seguro.

Recargó rápidamente sus pistolas. Flexionó la pierna izquierda sobre el suelo, probándola. Sólo tenía una herida superficial. La bala le había atravesado la polaina de cuero, rozándole la carne, pero sin perforarla.

Allá adentro alguien bajaba precipitadamente por las escaleras de madera.

E1 sheriff corrió hacia la puerta de entrada, la abrió de un puntapié y se precipitó en el interior. La lámpara del hall estaba encendida. Un hombre gigantesco doblaba en aquel momento el ángulo de las escaleras.

El bandido vio a Pete y oprimió el gatillo de su 45. Pero la imaginación del sheriff fue más rápida que el acto de aquel miserable de torvo rostro surcado por una cicatriz. El sheriff se ocultó de un salto tras el poste de la barandilla, y desde allí hizo un disparo que obligó al bandido a agacharse tras el pasamanos. Escudado así, el malhechor lanzó una nueva granizada de plomo hacia el hall.

Peto sonrió. El bandido no tardaría en ver vacías sus pistolas. Eso era lo que Peto deseaba. Él estaba en seguro, resguardado tras el poste de madera dura coronado por un bolo de metal.

Sonó de pronto el ruido que Pete tanto esperaba. ¡Click! El bandido acababa de soltar el percutor de su arma sobre una cámara vacía. Pete saltó de su refugio y se lanzó escaleras arriba. Un instante después encañonaba a su enemigo:

-¡Manos arriba!-le gritó.

El bandido contestó arrojando su arma al sheriff. Pete esquivó el golpe, pero resbaló. E1 atlético bandido se arrojó instantáneamente sobre él, rodeándole la garganta con sus manazas. Pero le soltó un momento para tratar de apoderarse de una de sus pistolas.

¡Bam! Un "uppercut" echó hacia atrás la cabeza del agresor. Pete se libertó de él con un rápido movimiento mientras le descargaba un mazazo demoledor a la mandíbula, que hizo tambalearse al corpulento individuo. Otro directo, y el miserable cayó rodando por la escalera, peldaño tras peldaño, hasta rebotar sobre las losas del hall.

Pete se lanzó escaleras arriba, subiendo los escalones de tres en tres. No se oía ya ruido de lucha en el desván. Pero Pete percibió que alguien descargaba furiosas patadas contra una puerta. ¿Significaría aquello que Diamond Joe Storm había conseguido herir al juez a través de los tableros, y que trataba de entrar en la habitación, libre ya de toda resistencia?

Pete llegó al primer rellano, cruzó el pasillo, y se lanzó al segundo tramo de escaleras, hacia el desván. Esperaba que le saliese al encuentro Diamond Joe en persona o la bala de un 45. Pero no vio a Diamond Joe por ninguna parte.

La puerta del desván estaba abierta de par en par. El tahur debía haber saltado la cerradura de una patada. Un rayo de luna iluminaba la habitación.

El sheriff penetró en ella de un salto. Esperaba ver surgir un fogonazo y oír una detonación, pero todo siguió en calma. Procuró conservarse fuera de la zona iluminada por la luna, y avanzó cautelosamente en la oscuridad. La habitación estaba sólo ocupada por un par de cajones y un montón de trapos y ropas de desecho.

Corrió a la ventana. Temía encontrar sobre el suelo, allá abajo, el cuerpo acribillado a balazos del juez, pero lo que vio fueron los medios empleados por Joe Storm para escapar. Algunas ramas del roble estaban rotas, revelando que el bandido se había descolgado por ellas, saltando después a tierra.

Del sendero que rodeaba la casa llegaba el ruido de unos caballos que se alejaban. El sheriff masculló unas palabras de ira. Era preciso correr tras los fugitivos. Pero antes había que encontrar al juez Granje. El anciano funcionario podría estar solamente herido, y una intervención rápida quizá salvase su vida.

-¡Tira esa pistola! ¡Te tengo encañonado!

La voz venía del tejado. Pete miró hacia arriba; después rió tranquilizado.

Era el juez Granje.

-¡Soy yo, juez!-gritó el sheriff-. ¡Soy Pete Rice!

Pete se sentía algo desconcertado. El anciano había empleado una buena estratagema trepando hasta su escondite. Pero si era capaz de apuntar una pistola hacia un representante de la ley, ¿por qué no hizo lo mismo con el bandido fugitivo?

El juez contestó a esta pregunta antes de que el sheriff pudiera expresarla.

-Perdona, Pete-dijo el anciano-. Trepé hasta aquí en el preciso momento en que Diamond Joe derribaba la puerta. Carezco de municiones, y no se me ocurrió emplear esta fanfarronada con el bandido. Cuando te vi asomar la cabeza creí que eras un cómplice, y decidí no dejarte escapar. Ahora comprendo por qué Diamond Joe abandonó la partida tan bruscamente. ¡No tenía el menor deseo de entablar un diálogo a balazos con Pistol Pete Rice!

-Yo dejé fuera de combate al otro hombre-dijo Pete-. Átele antes de que recobre el conocimiento. Dése prisa. Yo salgo en persecución de Diamond Joe.

No quiso perder el tiempo bajando a saltos dos tramos de escalera. El procedimiento empleado por Diamond Joe para abandonar la casa era lo suficientemente bueno para Pete Rice. Se subió al antepecho de la ventana y saltó ágilmente a una de las ramas del gran roble.

La rama se quebró bajo el peso de su cuerpo, pero Pete no perdió ni por un momento su sentido del equilibrio. Cayó de pie sobre otra rama, se descolgó a otra más baja, y de ésta al suelo.

Cuando encontró a Sonny se oía ya muy débil el galope del otro caballo. No por eso se desanimó el sheriff; su alazán no conocía rival en velocidad y resistencia. Pete lanzó a Sonny a todo galope. Diamond Joe corría en dirección contraria a la Quebrada del Buitre. Le llevaba una buena delantera, pero Pete estaba convencido de que aun podría alcanzarle.

Habría recorrido unas cien yardas cuando, volvió a oír el tableteo de nuevos disparos. No venían esta vez de la casa del juez Granje. Pete refrenó su caballo, apretando furioso los dientes. El tiroteo anterior había sido intenso, pero podía considerarse como un juego de chiquillos comparado con el que entonces escuchaba. Sólo podía haber una lógica interpretación para el fogueo infernal; había estallado la revuelta.

¡Y la revuelta tenía por escenario la Quebrada del Buitre!

CAPÍTULO IX
GUERRA

El sheriff volvió grupas hacia la finca de Granje. Era evidente que alguna partida de malhechores estaba atacando la Quebrada. Y era más importante salvar vidas que capturar a un bandido al que podría perseguirse más tarde.

Mientras galopaba sobre Sonny, Pete iba pensando si aquel ataque a la población habría sido planeada por Diamond Joe Storm. Posiblemente la lucha a tiros con Granje no había tenido otro objeto que atraer a aquel lugar al sheriff y sus hombres. Sólo una cosa tranquilizaba a Pete; el haber tenido la previsión de dejar a sus comisarios en la Quebrada.

Los únicos merodeadores que frecuentaban aquellos parajes eran los bandidos capitaneados por Yaqui Kid y Johnny "el Culebrita". ¿Habrían tenido aquellos indios renegados, reclamados ambos por la justicia, valor suficiente para atacar a la Quebrada?

Los ataques a las poblaciones del Sudoeste no eran ninguna novedad. Los bandidos se lanzaban con frecuencia a tales empresas desesperadas, haciendo gala de una audacia sin límites. La "tequila" y la "mariguana" les daban un valor que rayaba en la locura. Pero la Quebrada del Buitre había sido hasta entonces respetada por ellos, porque temían a Pistol Pete Rice y a sus valientes comisarios.

Los pensamientos de Pete empezaron a perderse en un laberinto de conjeturas. Y decidió dejar de pensar en aquel asunto. Pronto estaría en condiciones de enterarse por sí mismo de lo que se trataba.

Desmontó frente a la casa del juez Granje. Atravesó corriendo el prado, cruzó el porche, y penetró en el despacho, donde el enérgico anciano acababa de atar al bandido todavía inconsciente.

-Ensille inmediatamente, señor juez-le dijo Pete-. Tenemos que marchar a la ciudad. No quiero dejarle aquí porque Diamond Joe puede regresar... o apostar algunos de sus secuaces por estos alrededores para apoderarse de usted.

-Nadie podrá hacerme abandonar por miedo mi propia casa-replicó el juez.

Pete no tenía tiempo para discutir. Estaba a punto de hacer una súplica final para que el viejo jurista le acompañase, cuando resonó en la habitación una explosión de risas demoníacas.

El juez palideció. Se irguió nervioso el cuerpo de Pete.

-“¡Pronto morirás!"-gritó una voz hueca-."¡Pronto morirás!"

Se repitió la risa demoníaca. Pete retiró al juez de la ventana.

La voz parecía venir de los sauces que bordeaban un arroyo que corría a unos centenares de yardas.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!-repetía la voz fantasmal-. ¡Tú, que a tantos hombres sentenciaste a muerte, pronto morirás también! ¡Prepárate, Granje!

Pete apagó la lámpara que pendía del techo. No tenia intención de perseguir al miserable que se ocultaba en los sauces. El criminal podía haberse apostado allí para alejarle de la Quebrada.

-Tiene usted que venir conmigo, juez-insistió Pete, dando esta vez a sus palabras la entonación de una orden.

El juez bajó la cabeza.

-Reconozco que será lo mejor-confesó.

Pete no utilizó la linterna para ensillar el ruano de Granje. Esperaba que la bala de un rifle perforase la oscuridad en cualquier momento. Tenía la pistola al alcance de su mano, y todos los sentidos aguzados en nerviosa atención.

Pero no volvió a oírse ruido alguno por la parte de los sauces. El bandido, que ya iba recobrando el conocimiento, fue atado a su propio caballo. A los pocos minutos Granje y Pete Rice cabalgaban hacia la población. El cuidado de la cabalgadura del preso impedía a Pete sacar de Sonny todo su rendimiento. El sheriff llevaba sus 45 prontos a entrar en acción en caso de un ataque a lo largo del camino.

-Le dejaré a usted en casa de mi madre, juez-dijo a Granje mientras cabalgaba a su lado, a medio galope-. Usted se encargará de vigilar a este hombre que encomiendo a su cuidado. No podemos intentar llegar hasta la prisión ahora. Se oye demasiado tiroteo por aquella parte.

El testarudo anciano había recobrado su modo de ser.

-No le dejaré escapar-dijo, decidido.

-Asegúrese de que no lo logre-ordenó Pete-. Este pillastre es de la mayor importancia para nosotros. Cuando tengamos ocasión de hacerle hablar, quizá nos proporcione la clave de todo.

-!Aquella voz!-murmuró Granje, estremeciéndose-. ¡Tenia algo de sobrenatural! ¡Voces misteriosas, asesinatos misteriosos... y ni una huella! ¡Es para enloquecer! Por supuesto que se trata de un ardid. Quizá el asesino sea un ventrílocuo-sugirió.

-Sea lo que fuere-dijo Pete sombrío-, terminará en la horca... a menos que primero acabe conmigo.

Estaban ya cerca de la Quebrada y no había cesado el tiroteo. Reinaba una barahúnda increíble en la calle principal. Cuando entraron en la población, Pete pudo ver unos jinetes que atravesaban al galope la atormentada calle disparando hacia las ventanas.

De los tejados de algunos edificios salían fogonazos que cortaban las tinieblas con sus cuchilladas escarlata. Los ciudadanos de la Quebrada del Buitre se batían en desorden. Habían sido cogidos por sorpresa. Faltos de la presencia de Pistol Pete Rice se encontraban desorganizados.

Pete dejó al juez y al prisionero en casa de su madre, y lanzó a Sonny hacia el poblado. Al llegar a los primeros edificios saltó de la silla y ató a Sonny en un lugar seguro. Después descolgó su lazo de sesenta pies, del cuerno de la silla, cruzó un solar, llegó a un grupo de casas bajas, y corrió por un callejón que desembocaba en la calle principal.

Oculto en las sombras pudo darse perfecta cuenta de la situación. La mayor parte de los merodeadores estaban a caballo y así entraban en las tiendas-en las tabernas principalmente-arrojando de ellas a los ciudadanos. Unos cuantos iban a pie, disparando hacia las ventanas. Pete los identificó como bandidos.

Casi todos estaban borrachos de tequila o mariguana, incapaces de pensar en las consecuencias de sus actos, obedientes sólo a sus crueles instintos de matanza y rapiña.

Dos caballos habían sido derribados a tiros. Tres hombres yacían tendidos sobre la carretera. Uno de ellos se retorcía en agonía. Los otros dos no volverían a mover un dedo. Los vidrios de las ventanas aparecían destrozados por las balas. La obra destructora de los merodeadores había causado ya daños por valor de algunos centenares de dólares. Si no se rechazaba a los bandidos, acabarían por pegar fuego a la población.

Pistol Pete Rice no titubeó un momento. Ignoraba con cuántos bandidos tendría que habérselas... probablemente veinte, quizá más. Un jinete cruzó la calle a todo galope. Fustigaba a su caballo sin piedad, y no daba paz a la pistola, disparando casi al azar.

¡Juiss! La cuerda de Pete silbó por el aire. El lazo rodeó los hombros del bandido. El sheriff sujetó el otro extremo a un poste situado frente a un almacén. La cuerda se atensó con un crujido.

El bandido lanzó un aullido de rabia y terror. Silla y caballo se le escaparon de entre las piernas. Se revolvió en el aire, pero el choque contra la dura tierra le dejó sin sentido. Pete tiró de su presa. El bandido era un mestizo; su rostro brutal parecía más repulsivo surcado por las cicatrices de muchas cuchilladas.

El sheriff desgarró rápidamente las ropas de su prisionero y utilizó las tiras para atarle de pies y manos.

Desafiando el fuego de los que estaban en los tejados. Pete corrió por el entablado que servia de acera. Iba preguntándose qué habría sido de "Miserias" y Teeny. No creía que se encontrasen sobre algunos de los tejados.

No era aquel su estilo. Tenían que estar en el fragor de la lucha... de no encontrarse heridos o muertos.

Un bandido salió corriendo de la taberna "El Descanso del Vaquero". Se tambaleaba pero no estaba lo suficientemente borracho para no poder lanzar un grito de alarma.

-¡Pete Rice! ¡Cuidado con Pete Rice, compañeros!

Debió reservarse el consejo para sí mismo. Disparó sobre el sheriff. Pero una bala del 45 de Pete le destrozó la muñeca. Cayó al suelo y quedó inmóvil.

Debilitado por el ron y la mariguana, no encontró en su cuerpo energías para resistir el dolor. Un individuo de rostro atezado salió precipitadamente del Arizona Hotel. Tras él apareció Hicks "Miserias" haciendo girar sus "bolas".

El encuentro alivió a Pete de una gran preocupación. Rió satisfecho, mientras el artilugio volaba de las manos del barbero-comisario para ir a enroscarse en las piernas del bandido haciéndole caer de bruces.

Pete corrió hacia, él. Pero el malhechor era nervioso y ágil. Se desprendió rápidamente de la traba y se puso en pie, sacando al mismo tiempo un cuchillo. El arma brilló a la luz de la luna como el vientre plateado de una trucha saltarina. Pete se agachó. La hoja le atravesó el sombrero.

Dando un salto de costado para esquivar otro golpe, Pete descargó a su enemigo un poderoso directo a la mandíbula. Las rodillas del bandido se doblaron. Durante un instante se balanceó como un árbol batido por el viento.

Después se desplomó como un fardo. -¿Quién capitanea esta banda?-gritó Pete a "Miserias".

-No lo sé, patrón-respondió "Miserias"-. No reconocí a ninguno.

Mientras hablaba, el pequeño comisario iba subrayando sus palabras con las detonaciones de su 45. Cuatro bandidos intentaban asaltar el Banco de la Quebrada. Dos de ellos abandonaron la silla como heridos por un rayo. El tercero volvió grupas y se lanzó al galope calle arriba.

"Miserias" recargó su pistola, y contestó a una pregunta aún no expresada por Pete.

-Teeny sin novedad, patrón. Está en el hotel atando a tres come-fríjoles que querían meter las zarpas en el cajón del dinero.

Entre el ronco ladrar de las pistolas se oyó el golpeteo de unos cascos que se alejaban. Algunos de los invasores huían. Quizá el intenso tiroteo había despejado sus cabezas. Acaso consideraban terminada la obra de pillaje que se les había encomendado. ¡O bien pudiera ser que el ataque hubiese tenido un fin más importante que el robo, y este fin ya estuviese cumplido!

Pete se hizo cargo de la situación de un vistazo. La mayor parte de los bandidos hablan hecho alto en el "Descanso del Vaquero". Quizá los cabecillas se encontrasen también allí. Esos eran los que Pete quería agarrar.

Sólo de ellos podría obtener los informes que arrojasen alguna luz sobre el misterio que llenaba de tragedia y terror la Quebrada.

El sheriff corrió al almacén de Sam Hollis. Varios ciudadanos agazapados allí, disparaban de vez en cuanto sobre los bandidos que cruzaban la calle.

Pete organizó con ellos un grupo y les situó de manera que formasen una barrera de balas alrededor del Banco. Después, acompañado de Hicks "Miserias" y Teeny, que había salido corriendo del hotel, se encaminó hacia el "Descanso del Vaquero". La calle estaba casi desierta; sólo en el extremo Sur se veía un grupo de jinetes batiéndose en retirada.

El bandido de la muñeca destrozada había desaparecido. Otro montaba la guardia en el porche de la taberna.

¡Spang-g!

El 45 del centinela escupió una línea escarlata, al mismo tiempo que el malhechor lanzaba un grito de aviso y corría hacia las portezuelas giratorias.

La bala fue a enterrarse en un pilar del porche a una pulgada de la cabeza de "Miserias". Pero "Miserias" ni parpadeó siquiera. Ladró roncamente su Colt.

El impacto hizo girar al centinela sobre sí mismo, derribándolo al suelo, entre las portezuelas. Salieron del "Descanso del Vaquero" unos gritos en español. El sheriff oyó el golpeteo de los cascos de los caballos sobre el piso del salón. Una bala le pasó rozando. Le habían disparado por detrás. Pete se encontró cogido entre dos fuegos; los bandidos empezaban también a disparar desde el interior de la taberna.

-!Ya es mío, patrón!

¡Crack! El látigo de Teeny se estiró como una culebra. El trallazo dio al bandido agresor en pleno rostro. La fuerza del golpe le hizo caer de rodillas.

El dolor le arrancó un grito espantoso. Todo había sucedido antes de que pudiera encañonar por segunda vez a Pete Rice. Aun le dio tiempo de oprimir el gatillo, pero la bala fue a atravesar las puertas de la taberna.

El asustado mercenario consiguió ponerse en pie y corrió a refugiarse en el callejón. Cualquiera de los tres representantes de la ley podría haberle derribado de un tiro con sólo quererlo. Pero nunca disparaban sobre un hombre indefenso.

En lugar de una bala, las "bolas" de "Miserias" surcaron limpiamente el aire y alcanzaron al fugitivo un poco más arriba de los tobillos haciéndole caer de bruces. Cesó el fuego de los tejados. Los ciudadanos de la Quebrada corrían ya en auxilio de sus autoridades. Un grupo entró en avalancha en el salón, precedido de Pete Rice. Las dos pistolas del sheriff tronaban incansables.

Surgió un nuevo peligro. Se oyeron dos detonaciones bajo los tableros del porche. Las dos balas perforaron el sombrero del sheriff. Pete estaba seguro de conocer al que se ocultaba allí. El malhechor que él había golpeado, repuesto de la conmoción, se había arrastrado hasta aquel escondite en espera de una ocasión para vengarse.

Pete corrió en zig-zag como conejo perseguido por un halcón. El bandido disparó otra vez. La bala rozó el lóbulo de la oreja de Pete. Pete disparó directamente hacia el ramalazo de fuego que surgió del arma de su enemigo.

El mestizo lanzó un grito de agonía. No volvió a oírse ruido alguno bajo la plataforma del porche. Pete se aplastó contra la pared. Llovía plomo de las ventanas, pero las descargas eran menos nutridas. Pete ahogó un juramento.

Tenia la sospecha de que los jefes de la banda habían dejado algunos secuaces para cubrir su retirada.

Fue avanzando muy arrimado al muro, mientras recargaba sus pistolas. Sus comisarios consiguieron también saltar al porche. Tres hombres de la Quebrada trataban igualmente de cruzar la calle para llegar a la taberna. Pero una granizada de plomo que salió del interior les hizo retroceder. Dos de ellos intentaron volver de nuevo. Uno lo consiguió. El otro cayó con un hombro atravesado.

A través de la ventana rota del salón, Pete ludo echar un vistazo al interior.

Los bandidos habían derribado varias mesas y se escudaban tras ellas.

Retrocedían hacia la parte trasera arrastrando ante ellos los improvisados escudos. A juzgar por los fogonazos, quedaban por lo menos media docena de bandidos en la taberna.

Hicks "Miserias" se deslizó junto a su patrón.

-Tú y Teeny os quedáis aquí-musitó Pete-. Procurad atraer la atención de esos borrachos con vuestro fuego. Yo intentaré cortarles la retirada.

Saltó del porche y rodeó el edificio. Llegó a la parte posterior de la taberna en el momento en que salía agazapado el primer bandido.

El tronar de las pistolas había apagado el ruido que hizo Pete al aproximarse.

Aplastado contra el muro, el sheriff esperó a que el bandido se irguiera. Pete podría haberle derribado de un tiro u ordenado que levantase las manos, pero quería evitar que lanzase un grito. Se limitó, pues, a descargarle el mazazo de su puño tras las orejas. El miserable cayó como un toro apuntillado. Pero antes de que Pete pudiera arrastrar a su víctima hasta la esquina del edificio, surgió otro bandido por la puerta trasera. Su grito de sorpresa llegó a los demás pistoleros. El bandido levantó su 45, pero no llegó a disparar. Pete le golpeó la cabeza con el cañón de su pistola.

El forajido cayó al suelo. Pete se precipitó al interior del salón. Un mestizo resguardado detrás de una mesa derribada, disparó sobre él; después el arma se le escapó de las manos; una bala le había atravesado la paletilla derecha.

Hicks "Miserias" y Teeny Butler entraron en el salón por la puerta principal lanzando gritos de triunfo. Les seguían Sam Hollis, Curly Fenton y otros dos ciudadanos de los que habían contribuido a la defensa de la ciudad.

Los cuatro bandidos que quedaban no demostraron el menor deseo de seguir luchando. Dejaron caer sus pistolas, levantaron las manos y suplicaron piedad.

-Encerradme bien a esos conejos-ordenó Pete a sus comisarios-. Ved si alguno de ellos tiene algo que decir digno de escucharse.

Se volvió a Sam Hollis y a Curly Fenton.

-Sam, y tú, Curly-les dijo-, correréis la voz para que se forme una "leva". Tenemos que perseguir al resto de la partida y capturar a sus jefes.

Pete atravesó corriendo la calle, dirigiéndose al sitio donde había dejado atado a Sonny. La calle y las aceras hormigueaban ya de ciudadanos. Los comerciantes inspeccionaban los daños causados en sus establecimientos. La Quebrada del Buitre hervía de indignación. Se había congregado la multitud alrededor de los bandidos muertos y de los presos. Sus rugidos de ira preocuparon al sheriff.

-¡Nada de linchamientos!-gritó-. Estos hombres tienen derecho a que les juzgue la ley. ¡Tomaos la justicia por vuestra mano y yo me cuidaré de acusaros de asesinos!

Siguió calle arriba, hacia el sitio donde había dejado a su caballo. Antes de llegar al Hotel Arizona, un jinete se detuvo bruscamente ante él. El individuo saltó a tierra y agarró a

Pete por la americana. Era Clint Billings, uno de los que habían oído la misteriosa voz que le condenaba a muerte.

-¡Estoy perdido, Pete!-balbuceó, mostrando al sheriff una flecha diminuta.

Era idéntica a la que habían encontrado en el cadáver del bandido Avrila.

-¡Clint!-exclamó Pete-. No querrás decirme que...

Clint Billings le mostró una pequeña punzadura que tenia en el brazo. A su alrededor empezaba ya a aparecer el círculo violáceo.

-Voy a morir-continuó Billings con más calma-. El infernal asesino acabará con todos nosotros, Pete. Oí el tiroteo y venia hacia la población para ayudarte. Al llegar a las primeras casas sentí un pinchazo en el brazo. No tuve tiempo de descubrir de dónde partió la agresión. No vi a nadie, y corrí a tu encuentro antes de desmayarme.

Pete ayudó a Clint a subir a su caballo, y él mismo saltó a la grupa. Sus espuelas rasgaron los flancos del animal. El caballo de un bote y se lanzó al galope.

-¡Guía hacia la casa del doctor Dorn!-ordenó Pete-. El veneno no ha surtido su efecto todavía. Ten valor, Clint. ¡El doctor Dorn te salvará!

CAPÍTULO X
LA HIERBA TORIMO

El mayor temor de Pete Rice era que el doctor no estuviera en su casa.

Podrían haberle llamado de algún rancho cercano, o haber ido a la población a visitar a otros enfermos. Pero el sheriff lanzó un grito de alegría al ver que brillaban las luces en la casa del médico. Saltó a tierra, ayudó a bajar a Clint, corrió al porche y llamó con los nudillos.

Se apagaron las luces de la habitación de delante. Se entreabrió la puerta. El largo cañón de un rifle asomó por el resquicio.

-No se trata de malhechores, doctor. ¡Soy Pete Rice! Traigo a Clint Billings. Está malherido, y necesita su auxilio inmediato.

El doctor Dorn abrió la puerta y bajó el rifle.

-Lo siento, Pete-dijo-. Acabo de regresar de una visita. Oí el tiroteo y creí que venían a atacarme. ¿Le alcanzó a Clint una bala o...?

-Ha sido una flecha-le interrumpió Pete-. Es preciso actuar rápidamente, doctor. Usted me dijo que iba a analizar el veneno que mató a los otros y...

Dorn se puso inmediatamente en movimiento.

-¡Tráigale aquí!-gritó corriendo hacia su despacho-. Ese veneno obra con mucha rapidez.

Acomodó a Clint Billings en un sillón, tomó un escalpelo y desgarró la manga que cubría la herida. Después entregó una botella de alcohol a Pete.

-Lave la herida con eso-le dijo-. Voy a buscar una aguja hipodérmica.

Corrió a su gabinete y sacó de un cajón una aguja hipodérmica y una botellita negra. Llenó la jeringuilla, y vertió parte del liquido sobre la alfombra del suelo. Pete bañó la herida con el alcohol. Billings respiraba trabajosamente. Su rostro había tomado un tono escarlata.. Las venas de su frente resaltaban como cuerdas. Tenia los ojos hinchados como los de una rana.

-¡Me estoy muriendo!-se lamentaba. Clint Billings con voz ahogada-. Quizá yo...

-¡No hable!-le interrumpió el doctor Dorn con brusquedad, plantándose al lado de Billings en dos zancadas. Levantó el brazo herido, y perforó la carne con la aguja hipodérmica por encima de la pequeña punzadura.

Billings cesó de agitarse. Se puso rígido su cuerpo. Se dejó caer pesadamente sobre el respaldo del sillón. Sonrió débilmente. Trató de hablar, pero sólo salió un sonido ronco de su garganta. Se enturbiaron sus ojos, aletearon sus párpados. Después perdió el conocimiento.

-¿Es el fin, doctor? -preguntó Pete en voz baja.

Dorn no contestó. Tenia su rostro una expresión grave. Descolgó una toalla de una percha y enjugó suavemente el sudor que bañaba la frente del herido.

Luego sacó el reloj, tomó la muñeca de Clint y empezó a contar las pulsaciones. Pete observaba el rostro del doctor, que parecía más sombrío a cada segundo que pasaba. El sheriff masticaba su goma furiosamente. Parecía dominarle una rabia sorda.

Se sentía anonadado ante aquel misterio que llenaba de terror y tragedia a la Quebrada del Buitre. Habían muerto unos hombres casi en su presencia. Otro se estaba despidiendo de la vida ante sus propios ojos. Y Pistol Pete Rice, conocido en todo el Sudoeste como el sheriff que siempre llevaba los asesinos a la justicia, no se sentía más próximo a la solución que cuando contempló por primera vez el cuerpo de Bob Dale.

El rostro de Dorn perdió de repente su expresión de gravedad.

-El pulso va normalizándose-dijo-. Clint tuvo la feliz ocurrencia de arrancarse la flecha antes de que le adormeciese el veneno.

-¿Se salvará?-preguntó Pete anhelante.

-Es posible. Le he dado una inyección de alcaloide neutralizante. Su reacción química tiene un efecto violento en el cuerpo. Un hombre da corazón débil no podría resistirla. Pero Clint posee una excelente víscera cardiaca. Su pulso ha cesado de galopar-la mirada del doctor se apartó del reloj para fijarse en el rostro de Clint Billings-. Tiene grandes probabilidades de salvarse, Pete-añadió.

-¡Maravilloso!-exclamó el sheriff-. ¿Cuánto tardaremos... en saberlo?

-Clint puede encontrarse bien dentro de una hora-opinó Dorn-. No se sentirá peor que se hubiese estado bajo los efectos del éter o del cloroformo. Este hombre es una excepción para su edad. Tiene la constitución de un toro.

Pete se dio cuenta de que Billings respiraba ya con más normalidad. Su rostro iba recobrando su color natural. Había desaparecido la hinchazón de las venas en las sienes y parecía dormir tranquilamente.

-No he perdido el tiempo-continuó Dorn-. Analicé el veneno que extraje de los cuerpos de Dale y Hobart, y de aquel Avrila... el bandido. Averigüé así que el asesino utiliza una esencia de la hierba torimo... alcaloide letal. Una vez analizado debidamente un veneno no es cosa difícil encontrarle un antídoto,

-¡La hierba torimo!-murmuró Pete-. ¿Se refiere usted a esa linda planta de bellas flores de colores rojo y azul, como campanillas?

Dorn afirmó con un gesto.

-Me atrevo a decir que más de una docena de hogares de la Quebrada tienen tiestos con estas flores nacidas de la planta torimo. Sin embargo, no hay en ello nada alarmante. Mientras no se ingieran esas flores, o no se respire el humo de la planta quemada, no hay peligro alguno. El opio es también una droga poderosa, pero la adormidera de que se extrae es completamente inofensiva y bella.

Clint Billings empezó a agitarse, y el doctor recobró sus modales de profesional de medicina. Corrió a su armario y acercó un frasco de sales a la nariz del veterano.

-No le hable-aconsejó Dorn a Pete. Volvió a tomar el pulso al paciente, y sonrió armado-. Esto marcha muy bien- murmuró.

-De aquí en adelante, mi tarea será mucha más fácil, doctor-dijo Pete Rice dichoso-. En lo sucesivo, sólo hemos de temer al elemento tiempo. Si atendernos a la víctima en el momento oportuno, podremos salvarla.

Unos minutos después Clint Billings abría los ojos, pero continuaron debilitados sus sentidos y embotado su entendimiento.

-Exactamente-convino Dorn-. Claro está que gran parte del éxito depende de la constitución de la persona. En cuanto alguien se sienta herido por una de esas malditas flechas, tráigamelo. Si su corazón no falla, tendremos probabilidades de triunfar.

Se acercó al armario, tomó una botella de aguardiente y vertió un chorro entre los labios del enfermo. La neblina del veneno fue borrándose gradualmente del cerebro de Clint. Movió la cabeza y parpadeó nerviosamente.

-Hay lucha en la Quebrada del Buitre-dijo con voz débil. Miró a su alrededor, y parecieron querer saltársele los ojos-. ¡Ahora recuerdo!-exclamó-¿Será posible que esté todavía vivo, doctor? ¡No puedo creerlo! ¡Sentí la punzada en mi brazo, y...!

El doctor Dorn levantó una mano imponiéndole silencio.

-Tranquilícese, Clint-aconsejó:- Pete y yo hablaremos, y usted descansará tranquilamente escuchándonos.

El doctor explicó el proceso seguido para salvarle la vida.

-¡Maravilloso!-exclamó Billings-. Me siento como si regresase de la muerte. Todo lo que me reserve la vida de aquí en adelante será como un espléndido regalo.

El doctor volvió a aconsejarle que permaneciese tranquilo, y lo llevó a la habitación delantera, donde podría descansar más confortablemente en un butacón. Allí discutieron los tres el ataque, a la Quebrada, llevando Pete Rice y el doctor Dorn el peso de la conversación. El doctor expresó su creencia de que el ataque había tenido como fin principal distraer a las autoridades, mientras el diabólico asesino se ocupaba de Clint Billings.

-Yo apuesto que el señuelo que pusieron a los merodeadores fue el botín que pudieran obtener-dijo Pistol Pete Rice-. Dudo que los pistoleros conozcan al hombre que se oculta tras todo esto. Hasta es posible que ni. Yaqui Kid ni Johnny "el Culebrita" sepan la identidad del misterioso criminal. Probablemente recibirán órdenes por mediación de algún agente del asesino.

-Al menos-convino Dorn-, esa es la hipótesis más verosímil. Creo que debe usted encaminar todos sus esfuerzos a la captura de esos dos indios renegados.

-Eso es lo que me propongo hacer-dijo el sheriff-. Ya habría salido en su persecución esta noche si a Clint no le hubiese sucedido este accidente. Ahora lo mejor será...

"¡Pronto morirás!" Las terribles palabras cortaron bruscamente su frase. Pete permaneció rígido durante un segundo. Después giró rápidamente y se precipitó hacia la puerta. No había nadie a la vista. No se descubrían pisadas recientes en el porche. Pete se apresuró a registrar la corralera de delante.

El doctor Dorn se puso en pie, clavando las uñas en el borde de la mesa. Su boca se retorció en una mueca de horror. Dilataba sus ojos el espanto. Corrió al cajón de su escritorio y sacó un revólver cargado.

-No encontraremos huella alguna-dijo con amargo pesimismo-. Lo mismo ocurrió cuando oí esas palabras por vez primera.

Le temblaba la voz. Levantó la botella de aguardiente y echó un largo trago.

Al fin recobró su empaque profesional.

-No se excite usted ahora, Clint-aconsejó al enfermo ofreciéndole la botella.

Pete Rice regresó a la habitación. Había registrado cuidadosamente todas las dependencias. El intruso se había desvanecido tan completamente, como si se hubiese evaporado. El doctor empezó a pasear arriba y abajo. Llevaba la pistola en la mano. Pete se sentó al borde de la mesa, masticando su goma, pensativo.

-Quisiera tener su dominio de nervios, Pete-dijo el doctor, cesando en sus agitados paseos-. Pero a mí este asunto acabará por volverme loco. No hago sino devanarme los sesos

noche y día. ¿Por qué quieren matarme? Vivo dedicado a aliviar el sufrimiento, a hacer más amable la vida de los otros. No encuentro solución a este enigma.

-Yo veo la mano de Storm en todo esto-replicó Pete-. Cree tener una razón para odiarnos a usted, a mí, a Clint y a Dunlow...

Calló. No había visto a Mart Dunlow en la población. Generalmente, cuando surgía algún disturbio en la Quebrada, Dunlow se encontraba presente. Era lógico pensar que el cruel asesino hubiese descargado su golpe sobre más de una persona aquella noche. ¡Quizá Mart Dunlow, que había oído también aquella voz de ultratumba, estuviese ya muerto o moribundo!

Pete se puso en pie.

-Doctor-dijo-, ¿quiere usted tomar sus avíos, y venir conmigo? Tengo una corazonada. ¿Habrá recibido Dunlow esta noche la visita del asesino? De ser así, quizá lleguemos demasiado tarde para hacer nada. Pero lo intentaremos.

Dorn no se lo hizo repetir. Corrió a su despacho y preparó su estucho médico. Pete se dirigió al establo y ensilló dos caballos. Clint Billings se sentía lo suficientemente fuerte para montar. Pete no se atrevió a dejarle en la casa, por temor a que volviera el asesino.

Cabalgaron los tres a través de la noche hacia la finca, de Mart Dunlow, una milla al Este. Dunlow vivía solo en una casona aislada. Era viudo. Sus hijos se habían casado, estableciéndose después en otras partes del país.

La luz que se filtraba por entre los robles y pecanas que rodeaban la casa, reveló que había alguien en su interior. Pete se iba sintiendo más tranquilo a medida que avanzaban por la senda bordeada de álamos. Desmontaron los tres. El doctor Dorn ayudó a Billings. Pete saltó a la veranda, o galería, como se dice en el Sudoeste. Por encima del alto respaldo de un sillón asomaba la gris cabeza del presidente del Concejo. Dunlow parecía dormido.

-¡Hey, Mart-gritó Pete-, aquí tiene usted una visita!

Pero al sheriff le dio el corazón que allí ocurría algo anormal. Era imposible que el anciano regidor se hubiese quedado dormido sabiendo lo que ocurría en la Quebrada. A tales horas, en condiciones normales, se encontraría en la población apreciando los daños, buscando ansiosamente al sheriff, ayudando a formar una leva. Ningún ciudadano se tomaba más interés por la comunidad que Mart Dunlow.

Pete Rice abrió la puerta y se precipitó al interior. Dorn corrió detrás de él.

Dunlow estaba como hundido en su sillón. Tenía puesta una raída chaqueta casera. Un ejemplar de "La Voz de la Quebrada" descansaba sobre su regazo, y encima, la pipa. Un reguero de cenizas bajaba por el delantero de la chaqueta, revelando que la pipa se lo había caído de los labios. Respiraba aún... pero trabajosamente.

Pete Rice le agitó, violentamente, sin resultado. El doctor Dorn se inclinó y le levantó un párpado. Después movió la cabeza en gesto pesimista.

-¡Envenenado!-dijo-. Espero que no habremos llegado demasiado tarde. Quítele las ropas, Pete. ¡Pronto! ¡Si no se ha arrancado la flecha, es hombre muerto!

Pete Rice se puso a actuar con febril apresuramiento, arrancando las ropas a puñados. Dunlow respiraba más trabajosamente a cada momento. No observaron la más leve punzadura en su cuerpo. ¡Ni el menor rastro de la fatídica mancha violácea!

CAPÍTULO XI
VENCE LA MUERTE

Hasta el hábil ojo de cirujano del doctor Dorn fue incapaz de descubrir la más ligera señal de la punzadura de la flecha, y eso que examinó pulgada a pulgada la piel de Mart Dunlow, llevando su meticulosidad hasta registrar las plantas de sus pies.

Movió la cabeza y miró suavemente a Pete Rice y Clint Billings.

-¡Esto es terrible!-exclamó-. El asesino siempre nos lleva la delantera. Creímos haberle atajado, y nos encontramos con que ni siquiera nos ha dejado una huella.

Había preparado la inyección. Depositó la aguja sobre la mesa, y levantó una vez más los párpados de Dunlow. El flaco rostro de Pete Rice mostró su desaliento. Aunque eran muy limitados sus conocimientos de medicina, comprendía que poco era el auxilio que podría prestarse a Dunlow. Ante todo era preciso averiguar la droga con que había sido envenenado.

-Debe tratarse de la hierba torimo, doctor-insinuó el sheriff-. El criminal no ha utilizado hasta ahora otro veneno.

El doctor movió la cabeza con desaliento.

-Podría resultar una catástrofe de dar eso por averiguado, Pete. No me atrevo a ponerle la inyección. Es un ácido tóxico, y si se lo inyecto y no existe el alcaloide en el sistema de Dunlow, la misma inyección le mataría.

Pete entendía de medicina lo bastante para darse cuenta de lo apurado de la situación. Conocía el viejo proverbio "Veneno mata veneno", lo que quería decir que un veneno mata a un hombre, mientras dos pueden neutralizarse mutuamente y salvarle. El empaque profesional de Dorn desapareció de repente. Se sentó, se rascó la cabeza, y golpeó nerviosamente el suelo con el pie.

-¡Un gran ciudadano que muere ante mis ojos!-murmuró con rabia-. ¿Comprendes, Pete? El tratamiento es sencillo. El médico más torpe podría aplicarlo con sólo conocer la causa. Lo que diferencia a un buen doctor de un curandero es su habilidad para diagnosticar acertadamente. ¡El conjeturar no sirve de nada en una cuestión de vida o muerte!

El sheriff masticaba su goma furiosamente. Clint Billings, casi en éxtasis al ver a su amigo hundirse lentamente en la nada, permanecía a su lado sin apartar la mirada del enfermo. Sacó un cigarro, mordisqueó la punta y lo encendió.

El doctor Dorn volvió a ser una vez más el profesional.

-Apague ese cigarro, Clint -ordenó.- No está usted en condiciones de fumar ese tabaco tan fuerte.

Algo llameó en la imaginación de Pete. Se quedó mirando a Clint y al cigarro encendido que aquél se apresuró a dejar en el borde de la mesa. Una idea le revoloteaba por el cerebro. Sus angulares mandíbulas empezaron a trabajar rítmicamente sobre la goma a medida que iba perfilándose la idea. De pronto se iluminaron sus ojos grises.

-¡Aquí está!-exclamó, chasqueando los dedos, y cogiendo la pipa del moribundo. Olfateó enérgicamente la cazoleta. Notó un olor peculiar y alargó la pipa al doctor-. ¡Si esto es tabaco, es que nunca he fumado ninguno! ¡Huela!

El doctor olfateó a su vez, mirando a Pete de un modo significativo. De pronto lanzó un grito y corrió a la tabaquera que había sobre la mesa. Cogió un puñado de tabaco y lo examinó a la luz de la lámpara de petróleo.

¡Maravilloso, sheriff!-dijo, triunfalmente-. ¡Es posible que haya usted salvado otra vida! ¡Alárgueme esa jeringuilla!

Puso a Dunlow una inyección. Abrió su estuche, sacó un paquete de inmaculados vendajes y enjugó el sudor del rostro del moribundo. Después fijó la mirada en el reloj y empezó a contar las pulsaciones.

A los pocos instantes levantaba la vista y sonreía a Pete.

-Debía usted arrojar su insignia de sheriff, doctor Pete Rice-dijo, bromeando.

-Fue sólo una corazonada-contestó Pete, modestamente-. Supongo que el peligro no habrá pasado todavía, ¿verdad, doctor?

-Siempre hay peligro en un caso como éste. Pero me juego mi reputación a que Mart sale de ésta.

-¡Gracias a Dios!-musitó Clint Billings, haciendo eco al pensamiento de Pete.

-El asesino es un poco versátil-continuó Dorn-. Ha mezclado las hojas del torimo con el tabaco de Mart. Este llenó su pipa con la mortífera mezcla y aspiró el humo.

-¿Y ese humo habría bastado para matarle?-preguntó Pete.

-Desde luego que habría sido necesario más tiempo para que el alcaloide surtiese su efecto mortal-sonrió Dorn-. Por eso Mart no está tan grave como Clint, cuando me lo llevó usted. Confío en que dentro de unos minutos tendremos a nuestro amigo fuera de peligro.

El resto fue mera rutina para un hombre tan hábil como el doctor Dorn.

Ayudó a Pete a llevar al regidor a su lecho, le acomodó confortablemente entre las sábanas, le tomó el pulso de nuevo, y sonrió animoso.

-¡Esto marcha perfectamente!-dijo-. ¡Victoria número 2!

-No sé qué sería de la Quebrada sin ustedes-balbuceó Clint Billings, casi a punto de llorar.

-No se emocione usted demasiado, Clint-le aconsejó el doctor-. Salgamos a la otra habitación. Dejaremos que Mart repose un rato.

Pete Rice estallaba de gozo. ¡Se habían salvado dos vidas en una noche! El poder del misterioso asesino empezaba a ser contrarrestado. Con ayuda de Dorn, los que cayesen envenenados por la planta torimo podrían librarse en lo sucesivo de una muerte horrible. Y tarde o temprano el criminal caería en las garras de la Ley. Todos los criminales tenían un momento de descuido.

Pete Rice tenía razones para saberlo. El misterioso asesino de la Quebrada del Buitre acabaría sus hazañas en la punta de una cuerda. Los tres hombres discutieron los acontecimientos. Coincidían sus sospechas sobre el móvil de aquellos criminales. Hablaron de Diamond Joe y de Garnel "el Jorobado".

-Garnel no dejó rastro alguno-dijo Pete-. Pero no tardaré en apoderarme de él, os lo prometo. No dormiré ni comeré a gusto hasta que le tenga en el calabozo. Quizá no sea el culpable, pero eso le corresponde decirlo a la Ley.

-Ha insinuado usted algo acerca de Diamond Joe Storm-le recordó el doctor-. Yo opino que él es el criminal. Actúa impulsado por la venganza. En cambio, Garnel no creo que tenga motivos...

-Piense en la envidia, doctor-sugirió Pete-. Llevo mucho tiempo estudiando criminales. Todos actúan por orgullo, por vanidad o por envidia. Son sus tres pecados capitales. Claro está que mucha gente honrada los padece también, pero...

Clint Billings olfateó ruidosamente.

-Todavía no se te ha ido ese maldito olor, Pete-dijo al sheriff.

-Ya me había dado cuenta-dijo Dorn, riendo-; pero creía que le había dado por perfumarse. Al fin y al cabo Pete es joven, y hay muchas lindas mujercitas en la Quebrada.

-No tengo yo la culpa de oler así-contestó Pete, enrojeciendo-. Me he cansado de lavarme con agua y jabón, y...

La figura de Mart Dunlow apareció en el marco de la puerta del dormitorio, envuelta en una manta de la cama.

-¿Voy siendo tan viejo, que chocheo ya?-preguntó, reflejando en su rostro el asombro-. No recuerdo haberme acostado, despierto en el lecho tan desnudo como el día en que nací, y les oigo a ustedes hablar en esta habitación. ¿Qué sucede?

Dorn le explicó lo que había ocurrido. Pete añadió los detalles del ataque a la Quebrada y de la providencial intervención del doctor Dorn para salvar la vida de Clint Billings.

Dunlow les escuchó con los ojos muy abiertos. Le aterraba la idea de haber escapado a la muerte por tan estrecho margen. Y se aterró aún más al saber lo del ataque a la Quebrada.

Le interesaban tanto como su vida los daños originados en los almacenes y las heridas sufridas por sus conciudadanos. Penetró al fin en la habitación y se acomodó en un sillón.

-Me senté aquí hacia el anochecer-explicó-. Me proponía echar un vistazo al periódico, dormitar un poco, y bajar después a hacer una pequeña visita al "Descanso del Vaquero". Llené mi pipa, la encendí...

-¿No notó usted algo extraño en el tabaco?-le interrumpió Dorn.

-Sí, por cierto-contestó Dunlow-. La pipa no me supo bien, pero lo atribuí a unas píldoras que había tomado para el lumbago.

-¿Recuerda usted haberse sentido soñoliento?-siguió preguntando el doctor, con aire de profesional.

-Así fue, en efecto. Pero, generalmente, me siento así en las horas del anochecer. Ya voy siendo viejo. No recuerdo nada de lo que me pasó después... hasta que me desperté en la carpa. Sospecho que tengo mucho que agradecerle a usted, doctor.

-No hice más que cumplir con mi deber profesional-replicó Dorn-. Pete es el que hizo algo más que cumplir con su obligación. Tiene usted que hablar con los miembros del Concejo para que le suban el salario.

Pete se puso en pie.

-Ahora, recuerdo-dijo-, que dejé al juez Granje en mi casa con un bandido que capturé. Debo marcharme. Quizá sea posible hacer hablar a ese individuo... y aclarar un poco este misterio. También quiero ver cómo marcha lo de la organización de la leva.

-Llévese a Clint con usted -sugirió el doctor-. Conviene que se meta en cama. Puede usted hacer una ligera comida en el restaurante, Clint. Después márchese a casa. Lea si quiere; pero nada de bebidas ni tabaco hasta mañana.

-¿Pero no se va a quedar nadie con Mart?-preguntó Clint.

-Yo permaneceré aquí... hasta que regrese Pete-se ofreció Dorn-. Luego pasaré por su casa para ver cómo sigue usted.

-Ahora me siento como una roca-dijo Clint-. Hasta luego, doctor. Adiós, Mart. Y gracias otra vez por lo que ha hecho usted por mi doctor.

El sheriff Pete Rice y Billings, el Intendente del Concejo, abandonaron la casa del Regidor, montaron en sus caballos y les encaminaron hacia la senda bordeada de álamos.

El sheriff se sentía como si le hubiesen quitado una gran carga de la imaginación. El asesino ya tenía quien le sobrepujase en astucia.

-Creo que la Quebrada no tardará en verse libre de esta plaga de criminales, Pete-dijo Clint Billings, casi jovialmente, mientras doblaban el recodo de la senda para salir a la carretera.

-Sí, parece que comenzamos a tener algunos ases en este juego-contestó Pete, animoso.

Pusieron sus caballos a medio galope. Clint Billings miraba con aire burlón al sheriff.

-Apuesto a que tienes sobre todo esto alguna opinión que te reservas cuidadosamente-dijo al fin.

-Es posible-confesó Pete-. Una de las buenas cualidades de un hombre es no decir todo lo que sabe. El que hace lo contrario, se expone a que todo el mundo sepa tanto como él.

-¿Y no podrías comunicarme algo?-suplicó Clint-. Puedes confiar en mi discreción.

Antes de que Pete Rice pudiera contestar, se oyó un grito agudo, mezcla de dolor y terror, que parecía venir de la casa de Mart Dunlow. Pete hizo volver grupas a su caballo. Aquel grito había salido de la garganta del doctor Dorn.

¡Bang! Chasqueó casi en el mismo instante un Colt. Otro grito quedó cortado bruscamente, vibrando en el aire. Pete Rice volaba ya en frenético galope hacia la casa de Dunlow. El caballo de Billings puso todo su esfuerzo en aquella carrera, pero estaba lejos de ser un animal tan veloz como el que montaba el sheriff.

Ambos animales devoraron en unos instantes el sendero bordeado de álamos, y se detuvieron ante la casa. Pete Rice saltó de la silla, cruzó la veranda y se precipitó al interior. Llevaba ya sus 45 en las manos cuando penetró como una tromba en el dormitorio.

De pronto se detuvo, ahogando un grito. El doctor Dorn yacía de bruces entre el umbral de la puerta y la ventana... abierta en aquel momento, aunque había quedado cerrada cuando Pete y Billings partieron. Tenia un corte en la nuca, del que todavía manaba sangre.

Mart Dunlow estaba tendido sobre un montón de mantas ensangrentadas. El rostro del anciano Regidor tenia como una expresión de incredulidad estereotipada par la muerte. Pete retiró las mantas y examinó el cadáver. Mart Dunlow había recibido un balazo en el corazón.

¡El misterioso asesino de la Quebrada del Buitre, triunfaba de nuevo!

CAPÍTULO XII
DOS PUNTOS AZULES

Clint Billings penetró en la casa en el momento en que Pete Rice llevaba a Dorn al sofá del gabinete.

-Trae el estuche del doctor, Clint-le ordenó Pete, poniéndose inmediatamente a examinar la herida. Dorn tenia un gran corte en la base del cráneo, del cual manaba abundantemente sangre. Grave como era, de ser aquella la única herida, el doctor Dorn podría salvarse. Era algo más siniestro lo que preocupaba a Pete Rice.

Tomó el estuche de manos de Clint Billings. Este parecía como trastornado.

-¿Puedo hacer algo, Pete?-preguntó.

-Ten una pistola preparada-contestó Pete-. Es posible que el criminal intente repetir el golpe.

El sheriff de la Quebrada tenía ya mucha experiencia en el vendaje de heridas. Unos instantes después quedaba cortada la hemorragia, pero la más viva ansiedad continuaba brillando en los grises ojos de Pete. ¿Habría clavado el asesino su flecha envenenada en el doctor, después de golpearlo?

Pete devolvió el estuche a Billings.

-¡Mire a ver si encuentra aquella botellita del líquido oscuro!-le ordenó-. Entiendo poco de medicina, pero si observo alguna punzadura en la piel, me arriesgaré a ponerle una inyección.

El doctor Dorn se retorcía, gimiendo, mientras Pete le quitaba apresuradamente la americana y le desgarraba la camisa. No apareció señal alguna en su cuerpo. El doctor abrió los ojos y lanzó a Pete una mirada extraviada.

-Me pareció oír un disparo-balbuceó, intentando incorporarse.

Pete no le dijo nada por el momento del asesinato de Dunlow.

-Trate de tranquilizarse, doctor. Estoy examinándole para ver si encuentro en usted alguna de aquellas flechas.

Sus palabras parecieron dar a Dorn nuevas fuerzas. Consiguió incorporarse en el sofá. Su rostro expresó el dolor que le producía todo movimiento, pero ayudó a Pete a que lo despojase del resto de sus ropas. Continuaba sin aparecer el menor rastro de punzadura.

-Déjeme descansar, Pete-gimió Dorn-. ¿Con qué me golpearon?

Pero Pete ya no tenía tiempo para hablar advirtiendo que el doctor parecía fuera de peligro.

-Cuídese de él-dijo a Clint. Y, con las pistolas en las manos, corrió al dormitorio y saltó al exterior por la ventana abierta.

Tenía una débil esperanza de poder seguir la pista del asesino, pero se desvaneció por completo en cuanto se encontró en el suelo. No había huella alguna directamente bajo la ventana. El hombre que había disparado sobre Dunlow debía haber penetrado en la habitación descolgándose desde un árbol que crecía muy cerca de ella. Cometido el asesinato, se retiraría por el mismo camino para no dejar huellas.

No obstante, tampoco se observaban rozaduras en las ramas. Detrás de la casa estaba el terreno tan removido, que era imposible seguir unas pisadas determinadas entre las muchas que allí se veían.

Pete apretó las mandíbulas y siguió explorando. Volvió a la casa, cogió una linterna y la encendió. Si el asesino acechaba todavía por los alrededores, el portador de aquella linterna presentaría un excelente blanco para su pistola.

Pete recorrió los terrenos cercanos llevando la linterna encendida en la mano izquierda, y su 45 cargado en la derecha. Registró el pajar, el desván, el gallinero, y todas las dependencias anexas al edificio. Después regresó a la casa y la recorrió desde el tejado a la bodega, sin dejar un rincón para escudriñar. La bodega había sido visitada recientemente. Pete había advertido la presencia de una botella de vino en un anaquel del dormitorio.

Posiblemente, Dunlow habría enviado al doctor a buscarla.

Pete subió a largos trancos por las escaleras. Llevaba reflejada en el rostro la desesperación que le invadía. Una vez más el diabólico enemigo de la Quebrada había sabido envolver sus iniquidades en el misterio.

No había nada tangible con que orientarse. Hasta las conjeturas se desvanecían ya, faltas de fundamento. Y Pete sufría la horrible tortura de sentirse condenado a ver morir a sus amigos uno tras otro.

A los ya desaparecidos podrían seguir otros. Continuaran las muertes mientras él se debatía en las tinieblas, agarrándose a falsas pistas. La sola idea de su impotencia estuvo a punto de quebrar la voluntad de hierro que había hecho de Pistol Pete Rice el más firme puntal de la Ley y el orden en Arizona.

Cuando regresó al gabinete, Clint Billings había auxiliado al doctor Dorn a vendarse la cabeza, y se ocupaba en ayudarle a vestirse. El doctor se tendió después sobre el sofá. Su rostro reflejaba el sufrimiento y el dolor. De vez en cuando se llevaba la mano al vendaje teñido de sangre.

-¿Se siente mejor, doctor?-preguntó Pete.

-Podría soportar el dolor-contestó Dorn, moviendo la cabeza-. No es eso lo que más me atormenta. Es el sentimiento de la derrota. Había salvado a un amigo de la muerte; estaba en vías de restablecimiento... ¡y ahora me sucede esto!

-Comprendo sus sentimientos-dijo Pete-. Este asunto es como para enloquecer.

-¡Es horrible!-gimió Dorn-. ¿Cuándo veremos el fin? Temo que los ciudadanos de la Quebrada le censuren a usted, Pete, después de todo lo que ha hecho por evitar tantas desgracias. No comprenderán que lucha usted contra un enemigo superior...

-Eso no me preocupa-contestó Pete-. Acabaré por apoderarme del asesino... a menos que él acabe conmigo antes. Pero, aunque yo muera, ahí están Teeny Butler e Hicks "Miserias" para seguirle la pista. Además, quedan usted y Clint, y muchos hombres honrados de la Quebrada. ¡El asesino no puede ganar... a la larga!

-Parece estallarme la cabeza-gimió Dorn, desmayadamente-. ¿Con qué me golpearon?

Por toda respuesta, Pete penetró en el dormitorio, y recogió del suelo una porra abandonada junto al lecho. En él yacía Mart Dunlow, con aquella extraña expresión de asombro congelada en su rostro. Pete extendió una manta sobre la cabeza del cadáver, y volvió al gabinete, llevando la porra.

Era una gruesa rama de roble asegurada a un mango de hueso con unas hábiles ataduras de cuero. Parecía un arma de apache, heredada de generación en generación. Los

Dunlow habían sido una familia de famosos guerreros indios en los primitivos tiempos de Arizona.

Pete había visto el arma colgada en la pared, junto a la ventana, cuando abandonó con Clint Billings la casa a primeras horas de la noche.

-Me parece que le golpearon a usted con esto, doctor-dijo Pete, dando vueltas a la porra entre sus manos. En su extremo se veían huellas frescas de sangre-. Cuénteme lo que sucedió.

El doctor movió la cabeza tristemente.

-No sé nada en realidad-murmuró-. Mart y yo nos sentíamos muy optimistas. Después de todo, eran dos los hombres rescatados a la muerte. Mart me pidió que bajase a la bodega a buscar una botella de vino. Yo le contesté que no era conveniente que bebiese. Pero insistió tanto, que accedí al fin. Sólo estuve ausente dos o tres minutos. Cuando regresé, todo parecía normal. Mart continuaba sentado en su sillón y...

-¿Estaba la ventana abierta cuando usted abandonó la habitación?-preguntó Pete.

-Sí; Mart me había pedido que la abriese. Cuando subí de la bodega, Mart me dijo que había oído un ruido a sus espaldas. Yo le repliqué que debía tener el oído más fino que yo, pues no había notado nada.- El doctor se llevó la mano al vendaje de la cabeza-. Me dispuse a descorchar la botella. Estaba frente a Mart, de espaldas a la ventana. Fue entonces cuando debieron golpearme. No me di cuenta. Me pareció oír un disparo. Cuando recobré el conocimiento usted y Clint estaban prodigándome sus cuidados. No recuerdo nada más.

-Le oímos a usted gritar-dijo Pete.

-Entonces es que lanzaría un grito al perder el conocimiento. No me di cuenta.

-Lo extraño es que el asesino no disparase sobre usted-intervino Clint Billings.

Dorn volvió a llevarse la mano a la cabeza y sonrió amargamente.

-¡Ojalá lo hubiera hecho! Pero también es extraño que cuando intentó asesinar a Mart la primera vez no emplease otro procedimiento que poner la planta torimo en su bote de tabaco. ¿No le parece a usted?.- Dorn levantó las manos en gesto de desesperación-. ¡Renuncio a comprender!-exclamó-. Curaré a las víctimas que me traigan ustedes a tiempo. Pero me temo ser una completa nulidad como detective.

No adelantaban nada con permanecer por más tiempo en la casa de Dunlow.

Los tres hombres partieron. Cabalgaron hacia la ciudad sumidos en sombríos pensamientos. Dorn refrenó su caballo al llegar a la encrucijada de donde arrancaba el camino de Mesa Ridge. -¿A dónde piensa usted ir, Pete?-preguntó.

-A mi casa, en primer lugar, para ver al juez Granje y a mi prisionero-contestó Pete-. Pero se me ocurre ahora una idea. Ustedes han escapado de la muerte y sería una locura exponerse a nuevos peligros. ¿Por qué no se detienen en la prisión, y pasan allí la noche con mis comisarios? Es el sitio donde podrán encontrarse más seguros.

Clint Billings protestó, pero Pete logró convencerlo al fin.

-No es mala idea-convino también el doctor-; y probablemente me aprovecharé de ella un poco más tarde. Ahora tengo que hacer una visita al rancho de Parker... una visita que debía hacer hace dos horas, de no haber ocurrido este incidente.

-Ya he oído que Jim Parker no está muy bien-dijo Pete-. ¿No se encuentra mejor?

-Ya está fuera de peligro. Pero yo soy de la misma cuerda que usted, Pete. Un doctor debe anteponer su deber a su seguridad personal. Por otra parte, tengo un antídoto para la planta de torimo en caso de que me sienta atacado.

-Hace usted bien, doctor-dijo Pete-. Pero vaya usted con cuidado. El asesino puede emplear otros procedimientos. Yo estoy seguro de apoderarme de él si tú, Clint, y mis comisarios, continúan ayudándome. Quizá me lleve mucho tiempo... Pero la Ley siempre vence.

-Qué puede usted hacer?-preguntó Dorn-. Los métodos de ese criminal acabarían por volver locos a los detectives más hábiles del mundo.

-Tiene demasiado talento, doctor-replicó Pete-. Y eso es la perdición de un hombre. El criminal con demasiado talento se parece al perro que tiene demasiadas pulgas. Unas cuantas le hacen feliz y le mantienen entretenido; demasiadas, acaban por matarle. Adiós, doctor; repito que tenga usted mucho cuidado.

Dorn encaminó su caballo hacia el rancho de Parker. Pete Rice y Clint Billings se dirigieron a la población a buen paso. La Quebrada del Buitre dormía. Las ventanas rotas habían sido entabladas, y retirados los muertos de la calle. Por la mañana se abrirían nuevas tumbas en el cementerio de Boot Hill. Pete dejó a Clint Billings en la prisión. Hicks "Miserias" había permanecido en el edificio mientras Teeny Butler salía al campo con la "posse".

-No han regresado todavía-le informó "Miserias"-. Parece que la cosa se presenta un poco difícil.

-Y posiblemente regresarán con las manos vacías-añadió Pete-. ¿Tiene algo que decir digno de escucharse, alguno de los coyotes que tienes enjaulados?

-Poca cosa-contestó "Miserias":- Confiesan que trabajaban para Yaqui Kid y Johnny "el Culebrita", pero ignoran a quién guardan éstos las espaldas.

Pete Rice penetró en el calabozo. Los presos, peones mejicanos, se atemorizaron ante su presencia, pero no fue posible sacarles nada de importancia. Todos se mostraron de acuerdo en que Yaqui Kid y Johnny no tenían un refugio especial y que cambiaban de guarida cada día.

El sheriff iba de un humor sombrío al abandonar la prisión. Había acabado por olvidar que pesaba sobre él una sentencia de muerte. Sus pensamientos volaban en otra dirección. Pensaba en Bob Dale, en Sam Hobart, en Mart Dunlow...

Cruzó la población para dirigirse a las afueras de la Quebrada, al sitio donde había dejado atado a Sonny, a primeras horas de la noche. Sonny piafó jubiloso. Pete desmontó, palmoteó el lomo de su alazán, y condujo al otro caballo a la cuadra. Por la mañana se lo devolvería al doctor Dorn.

El único rayo luminoso que alegraba el espíritu de Pete, era la circunstancia de que su madre hubiera tenido que alejarse de la Quebrada. Se encontraba entonces en un sitio seguro, al que no habrían llegado el estruendo de las detonaciones ni las noticias de los asesinatos.

Brillaba una luz a través de una ventana de la casa. Pete avanzó por el sendero y silbó suavemente. El juez Granje probablemente estaría leyendo; era un gran devorador de libros.

Nadie contestó a su llamada. Silbó otra vez. Penetró en el edificio.

¡El juez Granje y su prisionero habían desaparecido!

Conociendo como conocía a Granje, Pete no podía creer que el anciano hubiese abandonado la casa voluntariamente, sin apagar las luces y sin cerrar las puertas. Un registro de las habitaciones no calmó sus temores. Descubrió en ellas pisadas recientes de varios hombres. El barro del exterior las había dejado impresas en el suelo. Ninguna era tan grande como el pie de Teeny Butler, ni tan pequeña como el de "Miserias".

Frente a la casa había huella de unos caballos desherrados. Los de sus comisarios tenían las herraduras completas. Sólo unos mestizos, sin cariño alguno por sus animales, eran capaces de tal descuido.

¿Habrían secuestrado los bandidos al juez Granje? Las huellas iban a perderse en la tierra removida de la carretera. Pero aun así, Pete Rice, experto rastreador, pudo seguirlas. Retrocedió luego por el oscuro sendero para apagar las lámparas y cerrar la casa de su madre. ¡Crac! Alguien le descargó un golpe terrible en la cabeza.

Pete cayó hacia adelante. Consiguió alzarse sobre los codos y le pareció ver una sombra que corría en dirección al corral. Su mano se apoyó en la culata de su pistola, pero antes de que pudiera desenfundarla se desplomó sin conocimiento.

No pudo saber el tiempo que había estado desmayado. Probablemente no más de uno o dos minutos. Trató de ponerse en pie, pero se le iba la cabeza y tenía el cuerpo extremadamente débil. El lado derecho de la cara parecía paralizado. Se palpó la mejilla. Tenía allí un pequeño corte que no había notado antes.

Con supremo esfuerzo se puso en pie tambaleándose. Sentía la garganta apretada. Le latían violentamente las sienes. Se le doblaban las piernas.

Consiguió, al fin, llegar a su casa. Se detuvo ante un espejo, y se miró atentamente. Tenía en la mejilla derecha dos puntitos azules.

¡Pistol Pete Rice acababa de, ser marcado con el sello de la muerte!

CAPÍTULO XIII
LA PISTA

Haciendo un llamamiento a la energía de su voluntad, que tantas veces le había salvado, Pete consiguió llegar a la cocina. Le daba vueltas la cabeza. Su visión era cada vez más confusa, pero pudo encontrar el pequeño estante donde su madre tenía siempre una botella de amoníaco para la limpieza de la casa. La cogió con dedos temblorosos, arrancó el corcho, y aspiró profundamente los fuertes y acres vapores. Vibraron sus fosas nasales. Le lloraron los ojos. Pero la violenta reacción le ayudó a conservar el conocimiento.

Salió al sendero dando traspiés, consiguió subirse a la silla, y guió a Sonny, hacia la carretera. Después, sus espuelas se clavaron cruelmente en los flancos del alazán. Era aquel un asunto de vida o muerte. Sonny devoró el espacio. Pete seguía manteniendo la botella próxima a su nariz. El ardiente líquido le salpicaba el rostro con las sacudidas de la veloz carrera.

Pete salió del camino y tiró por un atajo. Quería llegar cuanto antes a la casa del doctor Dorn. Era mucho esperar que éste hubiese ya regresado del rancho Parker, pero existía la posibilidad.

Si el médico no estaba en casa, Pete pensaba entrar en ella forzando alguna ventana. Recordaba la botella de antídoto que había visto junto a las agujas hipodérmicas en el gabinete del doctor. Todavía podía, vencer. Era cuestión de tiempo... de preciosos segundos.

Había luz en casa del doctor Dorn. Pete recordó que la habían abandonado tan apresuradamente a primeras horas de la noche, que ni siquiera se habían detenido a apagar las lámparas. Se dejó deslizar del lomo de Sonny. La botella del amoníaco fue a estrellarse contra el suelo.

Las rodillas casi se negaban a sostenerle, pero logró subir al porche. Cayó junto a la puerta. Se arrastró trabajosamente, apoyando las espaldas en la barandilla, y golpeó la puerta con sus pesadas botas.

La puerta resistió. Pete levantó los pies hasta la altura de la cerradura y apalancó con todas las fuerzas que le quedaban en el cuerpo. La cerradura dio un chasquido. La puerta se abrió hacia adentro. Pete se arrastró hasta el umbral, se puso en pie, y, apoyándose en la pared, penetró dando tumbos en el despacho del doctor. Un hombre muriéndose de sed no habría padecido más.

Se aproximó al armario. Estaba cerrado, pero rompió el cristal. Sentía que iba a perder el conocimiento, pero, haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad, introdujo la mano por la abertura y cogió uno de los botellines de color oscuro. Sus temblorosos dedos parecían como entumecidos al manipular en el corcho. Destapado el botellín, buscó una aguja hipodérmica y la colocó sobre la mesa. Se daba cuenta de que sólo le separaban ya unos segundos de la muerte.

Le invadió una oleada de náuseas. Cayó de rodillas sobre la alfombra. La botella se deslizó de sus rígidos dedos. Pete la recogió con ansia. Quedaba aún suficiente cantidad del potente antídoto para llenar una jeringuilla. Pero la hipodérmica estaba sobre la mesa, y Pete se dio cuenta, con espanto, de que no podía levantarse. Le invadía la parálisis. Podía mover todavía los brazos, pero el levantarlos hasta la altura de la mesa era tarea superior a sus fuerzas.

A cada tic-tac del gran reloj, iba trepando por su sistema nervioso el espantoso entumecimiento que le inmovilizaba. Sus piernas conservaban aún la sensibilidad. Pete golpeó frenéticamente la pata de la mesa hasta derribar el mueble. Cayó la jeringuilla. Pete la cogió como el náufrago una tabla.

Con un último esfuerzo llenó la cánula y atornilló la aguja. La clavó después en su brazo con tal ansia, que casi la rompió antes de que el antídoto penetrara en su sangre. La naturaleza se reveló contra el enorme esfuerzo a que había estado sometida. Pete quedó tendido sobre la alfombra, como muerto, mientras el gran reloj seguía marcando el tiempo. Cuando volvió a abrir los ojos, sintió como si regresase del más allá.

Le zumbaba la cabeza. Se encontraba muy débil. Pero tenía la sensación de que el peligro había pasado. Había visto cuerpos más débiles que el suyo reponerse de más terribles quebrantos. Sabía que tenía la constitución de un toro, y las reservas de energía de un león de la montaña. Sus músculos de acero parecían reaccionar mejor ante las pruebas más duras.

Consiguió poner en pie, agarrándose a la mesa derribada. Después se aproximó, tambaleándose, al espejo. Los dos puntitos azules estaban todavía en su rostro. Tenía una fuerte contusión en un lado de la cabeza. Se inclinaba a creer que le habían derribado en el sendero con una piedra disparada con una honda. Ya le había sucedido eso una vez en el pasadizo de la cárcel.

¿Había sido Garnel o alguno de sus cómplices, quien le disparó aquella piedra? Pete Rice estaba más decidido que nunca a que cesasen los crímenes que aterrorizaban la Quebrada. Aquella noche seria preciso descansar, pero al día siguiente empezaría la caza del hombre con un tesón como el Sudoeste no había conocido.

Llenaría la cárcel con todos los sospechosos que encontrase en su camino.

Dejaría a Clint Billings bajo la protección de un grupo de ciudadanos, y haría que el doctor Dorn estuviese pronto a administrar su remedio a los atacados por el misterioso asesino. En los alrededores de la Quebrada había docenas de escondrijos donde Garnel o Diamond Joe podrían haberse ocultado. Pete Rice y sus comisarios los registrarían uno por uno. Hablaría también el telégrafo que comunicaba con las poblaciones vecinas. Pete oyó galope en la senda. Unos segundos después sonaron unos pasos en el porche, y el rostro del doctor Dorn asomó por la ventana.

-“¡Dios santo!"-, le oyó Pete exclamar. Dorn se lanzó a la puerta y penetró en la habitación. Tenia los ojos dilatados por el asombro.

-Tranquilícese, doctor-le dijo Pete, sonriente-. Debo disculparme por haber entrado en su casa de este modo. Merezco un año de calabozo por escalo en tercer grado, pero tuve que hacerlo: era cuestión de vida o muerte.

-¡Pero esas huellas de su rostro!-exclamó Dorn-. ¡No es ocasión de charlar, Pete! Tengo que darle una inyección...

Se aproximó al armario y vio el vidrio roto.

-Tranquilícese, doctor-repitió Pete, y le contó lo que había sucedido-. Llegué aquí con el tiempo preciso-añadió-. De ahora en adelante, me reiré del peligro si usted me proporciona una aguja hipodérmica y un frasco de ese antídoto.

-¡Ya lo creo que se lo daré!-dijo Dorn, con el espanto reflejado aún en sus ojos-. Este asunto acabará por volverme loco. ¿No vio usted a nadie? ¿No oyó nada?

-En absoluto-contestó Pete-. Pero mientras he estado acostado aquí, esperando recobrar mis fuerzas, me he formado una especie de hipótesis.

-No son simples teorías lo que necesitamos, Pete.

-Es cierto. Llámelo usted, entonces, pista o como quiera. ¿Quiénes han muerto? Bob Dale, Sam Hobart, Avrila, Dunlow. ¿Quiénes han sido atacados? Usted, yo, Clint Billings, y quizá el juez Granje, que yo sepa.

-¿Y bien?-preguntó el doctor Dorn.

-¡Pues que cada uno de nosotros, representamos cierta autoridad en el distrito de Trinchera! Sólo hay dos excepciones. Avrila es una de ellas, y fue muerto para cerrarle la boca.

-¡No es mala idea!-exclamó Dorn, brillándole los ojos-. Veamos. Bob Dale era empleado del Concejo. Mart Dunlow, Regidor. Clint Billings, intendente. Usted es el sheriff, y yo el forense. ¡Pero Sam Hobart! ¿Qué me dice de Sam? No desempeñaba cargo alguno oficial.

-El no, pero si su padre-replicó Pete-. El viejo Man Hobart era comisario sheriff cuando murió.

-¡Hum-m-m!-rezongó el doctor-. ¿Sospecha usted de Diamond Joe Storm, verdad? Diamond Joe odiaba a todo el que representase algo en el distrito de Trinchera. Y el juez Granje...

-El juez Granje ha desaparecido-le interrumpió Pete-. Ahora mismo voy a ver si ha regresado a la prisión. Le prometo a usted, doctor, que dentro de una semana tendré en mi poder al misterioso asesino.

-Si usted no lo consigue, nadie lo conseguirá-dijo Dorn, entusiasmado-. Recuerde que estoy a su disposición a todas las horas del día.

Pistol Pete Rice pasó la noche en la prisión de la Quebrada del Buitre. No acababa de perder la esperanza de que el juez Granje regresase. Envió a Hicks "Miserias" al domicilio del anciano. Al testarudo funcionario podría habérsele antojado pasar allí la noche, para demostrar que no temía a Diamond Joe Storm. Pero "Miserias" regresó con la noticia de que el viejo jurista no había aparecido todavía. Algunos miembros de la "posse" regresaron a la población poco antes del amanecer.

Traían a dos malhechores, pero Yaqui Kid y Johnny "el Culebrita"-si es que eran ellos los que habían dirigido el ataque a la Quebrada-habían sabido borrar sus huellas con astucia india.

Pete Rice no tenía intención de capitanear otra "posse" hasta que regresase la primera. Las investigaciones de dos grupos diferentes podían crear falsas pistas, y ya tenían bastantes complicaciones.

El pequeño Hicks "Miserias" estaba como caballo que tasca el freno. Le desesperaba aquella inacción. Su valor, como siempre, excedía a su discernimiento.

-¡Recoyotes!-estalló al fin-. Deberíamos lanzarnos al campo, patrón. Nadie hasta ahora se ha burlado de nosotros de este modo. Quizá podamos descubrir un rastro que se les haya escapado a los demás. Ya deberíamos estar galopando.

-No me parece conveniente ese paseo-dijo Pete, secamente-. Ya hemos salvado algunas vidas permaneciendo en la población. Los que se calientan de cascos tan fácilmente como tú, deberían poner de vez en cuando la cabeza bajo la bomba del agua. El cazador pierde a veces la pieza por correr demasiado. He visto jóvenes podencos que dejaban atrás al zorro, a fuerza de entusiasmo.

-Tú tienes algún proyecto que no me quieres decir-insistió "Miserias".

Pete no contestó. Tenía la mirada fija en un hombre de unos treinta años que avanzaba apresuradamente hacia la prisión. El desconocido vestía una camisa kaki, calzones, botas altas y un costoso Stetson.

El sheriff le había visto en la población en dos o tres ocasiones. Procedía del Este, y se dedicaba a la exploración con un individuo llamado Hardpan.

Ambos acampaban en Limping Deer Creek, afluente del Bonanza, a unas cuantas millas al Norte de la Quebrada.

-¿Qué querrá ese lechuguino?-preguntó Hicks "Miserias"-. Le he visto en el restaurante. Se peina con la raya al medio-añadió, despectivamente.

-Yo no guardo rencor alguno a los que se peinan de ese modo-dijo Pete-. La única condición que pongo-añadió-, es que no lleven también camisa y enaguas.

El atildado individuo penetró en el despacho. Tenía el aspecto de un hombre que sufre una intensa excitación. Se quitó el sombrero. Sus cabellos, como había afirmado "Miserias", estaban partidos por la mitad, y peinados hacia atrás con algún fijador untuoso.

-¿El sheriff Pete Rice?-pregunta, dirigiéndose a Pete.

-Ese es mi nombre -contestó Rice.

-Mills es el mío-dijo el visitante-. ¡Mi socio, Hardpan Clegg, ha sido asesinado!

Hicks "Miserias" se puso en pie de un salto. Pete Rice miró fijamente al desconocido.

-Cuénteme los hechos-le dijo secamente.

-Le encontré muerto a orillas del canal-explicó Mills-. Yo había salido a la caza del ciervo. Regresé llevando los cuartos traseros de un gamo. Entonces hice el descubrimiento.

Mills hablaba sin apartar la mirada de la mejilla de Pete Rice.

-¡Es extraño!-exclamó-. En la mejilla del muerto había dos puntitos azules como los que usted tiene.

-¡Recoyotes!-estalló "Miserias"-. ¡Ya cayó otro!

Pete Rice se puso en pie, se ajustó su cartuchera y cogió su sombrero Stetson de "diez galones".

-Vamos-dijo a Mills-. Me explicará usted el resto mientras galopamos hacia allí.

Mills se echó hacia atrás.

-¡Yo no!-gritó, con el temor reflejado en sus ojos-. Yo no vuelvo por aquellos lugares hasta que se descubra al asesino. El que mató a Hardpan se propondrá hacer otro tanto conmigo. Éramos socios a medias en la concesión que estábamos explotando.

-¿Qué convenio existía entre usted y Hardpan Clegg?-le preguntó Pete, mirándole con desconfianza-. ¿Tenían ustedes algún contrato por escrito?

-Sí-contestó Mills-. Cada uno tenía derecho a la mitad de los beneficios... y si moría uno de nosotros, el otro podía hacerse cargo de toda la concesión. Nosotros... -Mills se calló y empezó a dar vueltas a su sombrero, nerviosamente-. Nunca pensé que este asunto terminase así. Si ustedes creen que soy culpable...

-Nosotros no creemos nada-le interrumpió Pete, secamente-. Pero puesto que usted no quiere volver a ver a su compañero muerto, se quedará aquí en una celda hasta que se aclare el asunto. ¡"Miserias", lleva a este individuo a su habitación!

Pete no esperó a oír las protestas de Mills y salió apresuradamente del despacho. Iba masticando vigorosamente su goma, señal de febril actividad en su cerebro. La hipótesis expuesta al doctor Dorn había fracasado. Hasta entonces el asesino solo había elegido sus víctimas entre las autoridades del distrito, pero Hardpan Clegg nada tenía que ver con ellas, ya que había sido explorador toda su vida.

¿Por qué el misterioso enemigo de la Quebrada, había descargado ahora su maldad sobre el pobre e inofensivo Hardpan Clegg? ¿Es que arrancaba las vidas sólo por el placer de matar?

CAPÍTULO XIV

PRISIONERO

El sheriff pasaba por delante del almacén de Sam Hollis cuando éste le llamó. El propietario del almacén salió a la calle acompañado de un forastero, un individuo con tipo de hombre de negocios, bien vestido, y sujeto, al parecer, de riqueza y posición.

-Yo nunca he oído hablar del rancho Cameron por esta parte del distrito, ¿lo conoces tú, Pete?-preguntó Sam.

Pete negó con un movimiento de cabeza.

-No, hay unos Cameron en Mesa Ridge, pero no tienen rancho,

-Soy M. R. Kellogg, de Nueva York-se presentó el desconocido-. Me dirijo en busca de mi hermano, Harris Kellogg. Llegué en el tren de la mañana, y el agente de la estación me dirigió a usted. Ahora estaba preguntando a este caballero dónde se encuentra su despacho.

-Muy bien. ¿En qué puedo servirle?-preguntó Pete-. No conozco ningún rancho Cameron, si es eso lo que usted desea averiguar. Si ha desaparecido su hermano, y cree que puede encontrarse en esta parte del país, deje un retrato, su descripción y demás detalles al comisario Hicks, en el edificio de la prisión. Haré publicar un boletín. Discúlpeme ahora, porque tengo mucha prisa.

-Muchas gracias, sheriff-dijo el forastero, inclinándose:- Así lo haré. El caso que me trae aquí es algo extraño. Mi familia y yo tenemos la opinión de que mi hermano ha sido víctima de un engaño. Contestó a un anuncio que se publicó en un periódico de Nueva York acerca de un... "rancho de placer", como creo que les llaman por aquí.

Pete afirmó con un gesto. Conocía muy bien los "ranchos de placer", pero no había ninguno por allí. Eran, en cierto modo, producto de la literatura; lugares donde la gente de la ciudad podía hacer vida primitiva durante las vacaciones de verano. Cobraban altos precios a sus huéspedes, y procuraban darles lo menos posible a cambio de su dinero.

-No conozco ningún rancho de placer en el distrito de Trinchera-contestó-. ¿Cerca de qué población supone usted que se encuentra?

-Pues se supone que cerca de Mesa Ridge-contestó el forastero-. He escrito carta tras carta a ese rancho y a ninguna he recibido contestación. Seguramente hay aquí un misterio, y empiezo a temer que Harris haya sido asesinado para apoderarse de la importante cantidad de dinero que llevaba encima.

-Espero que no sea así, mister Kellogg-contestó Pete gravemente-. Deje usted todos los detalles al comisario Hicks. Haré algunas investigaciones cuando termine con el caso de asesinato que ahora me ocupa. Enséñale dónde está el despacho de "Miserias", Sam.

Espoleó a Sonny, y se alejó al galope en dirección a Limping Deer Creek.

No cesaba de pensar en Mills. ¿Sería posible que hubiese asesinado a Hardpan Clegg? No sería el primer caso de un hombre que mata a su socio para entrar en plena posesión de una empresa determinada.

Y si resultase que Mills era el asesino, habría bastantes probabilidades de que fuese también el misterioso criminal de la Quebrada, ya que había hecho notar que los dos puntitos azules, la marca de muerte del feroz homicida se encontraban igualmente en la mejilla del cadáver.

Pero de ser así, ¿por qué Mills se había dirigido a la Quebrada del Buitre, exponiéndose a ser detenido? ¿Era Mills uno de esos delincuentes que prefieren obrar de este modo con objeto de aparentar una franqueza y honradez que alejen toda sospecha de sus personas?

Pete dudaba de que ninguna de las concesiones de Limping Deer Creek pudiera rendir grandes beneficios. Las arenas auríferas del río habían sido muy explotadas en los años anteriores. Los mineros allí establecidos se pasaban el día cribando y lavando grava, pero la

mayoría sólo conseguía un mísero salario. ¿Se habría descubierto un nuevo veneno en Limping Deer Creek? En ese caso, las cosas se pondrían muy mal para Mills.

Pete tomó un atajo, que partía de la carretera y avanzaba serpenteando por entre un bosquecillo de abetos. Al llegar al final, pudo ya divisar la cabaña.

Se levantaba sobre unos pinos hundidos en el cieno, y estaba a cubierto de los vientos por un espeso bosque de abetos que tenía a su izquierda.

Pete desmontó y se dirigió a la cabaña. No estaba cerrada la puerta. Sobre la rústica mesa de tablones de pino se veía una bolsa de piel de gamo medio llena de polvo y pepitas de oro. Era evidente que el móvil del crimen no había sido el robo... a menos que el criminal hubiese dejado aquella bolsa "de muestra" para despistar a la justicia.

Pete dejó a Sonny en un prado próximo a la choza y se dispuso a recorrer el río, aguas abajo. Como Mills había dicho, el cadáver de Hardpan Clegg yacía acostado contra la compuerta del canal. El viejo explorador tenía la barba hundida en el pecho y parecía como dormido.

Pete vio las dos punzadas sobre la mejilla. Flotaba a su alrededor como un olor a huesos de melocotones, el mismo desagradable olor que Pete llevaba aún sobre su propia persona, y que había notado también en el cadáver de Bob Dale.

Pete contempló como ensimismado el rostro del muerto.

¿Qué clase de instrumentos emplearía el asesino para practicar aquellas incisiones? No se observaban huellas alrededor del cadáver, excepto las de los zapatones usados por los exploradores. ¿Habría utilizado el asesino un cuchillo envenenado sujeto a un palo largo? Valía la pena averiguarlo.

Cualquier detalle era digno de tenerse en cuenta.

Pete recorrió el arroyo en una y otra dirección. No encontró nada sospechoso. Oyó piafar a Sonny. Aquello significaba generalmente que alguien se aproximaba... y que podía haber peligro. Pete se agachó y empuñó sus pistolas. Su penetrante mirada recorrió la región que rodeaba a la cabaña.

No vio a nadie. Sonny piafó de nuevo. Esta vez el aviso del alazán terminó en un relincho. Era seguro, pues, que el caballo había olfateado a alguien.

Pete se lanzó hacia el bosquecillo de abetos con las pistolas en la mano. Era aquel el lugar más a propósito para ocultar a un merodeador. ¡Kazung! Un 45 rugió salvajemente a la izquierda. Una bala cruzó el aire a un pie escaso de la cabeza del sheriff. Este giró rápidamente y disparó en dirección al emboscado. Lo hizo así aun estando convencido de que iba a ser atacado por más de una persona.

Soplaba del Oeste una fuerte brisa. El hombre que le había disparado estaba al Este... más bajo que Sonny y contra el viento. No podía ser él a quien había olfateado el alazán, pues no habría tenido tiempo de trasladarse a aquel punto desde que el caballo lanzó su primer relincho de alarma.

Acababa de ocurrírsele a Pete este pensamiento cuando sonó una detonación al Este. El pistolero no tenía aún a Pete Rice a su alcance, pero Pete se dio cuenta de que estaba peligrosamente situado entre dos fuegos. Corrió a refugiarse tras los árboles. Una pistola detonó frente a él.

Sonó una cuarta detonación por detrás, por la parte de los cedros del otro lado del río. ¡Los bandidos le tenían cercado!

Sólo había un posible refugio. Estaba unas yardas más adelante... y era un arroyo poco profundo. Se arrojó a él mientras otras dos balas silbaban a su alrededor. Dio un verdadero salto mortal y cayó de pie. Las orillas del arroyo estaban cubiertas de cascajo salpicado acá y allá de matorrales. Pete corrió a agazaparse tras uno de ellos. Le ofrecía poca protección, pero siempre era mejor que nada.

Una espantosa descarga cruzó el arroyo. Pete masticó su goma vigorosamente haciendo trabajar a su cerebro para encontrar un medio de salvación. Podía entablar la lucha con los forajidos que se ocultaban al otro lado del arroyo. Era dura tarea para un hombre, y no lo intentaría, sus enemigos estaban bien protegidos. Podían disparar contra él a mansalva desde sus refugios.

Era sólo cuestión de tiempo el que le atinasen... y probablemente lo lograrían muy pronto. Una bala que atravesó la copa de su sombrero cambió su opinión en certidumbre.

Pete se preguntó si podría llegar a la cabaña y hacerse fuerte en su interior.

Se incorporó sobre los codos hasta ver los extremos de los postes de pinos clavados en el arroyo. Una carrera hasta la cabaña sería una aventura desesperada. No podía disparar en cuatro direcciones a la vez. Caería acribillado a balazos antes de recorrer diez yardas. Una bala cruzó sobre su cabeza y le hizo aplastarse contra el suelo de nuevo.

Se le ocurrió una idea... una idea que le desagradaba extraordinariamente, pero que podía ser la única salvación. De un momento a otro le paralizaría una bala el cerebro. Y tenía que llevar a cabo una gran misión... más grande de lo que se imaginaba.

Había nacido para luchar. Hubiera deseado batirse a tiros con aquellos miserables hasta que él o ellos sucumbiesen. Pero los forajidos estaban bien resguardados. Tenían todas las ventajas de su parte. Y, como Dorn había dicho, no era aquella ocasión para bravatas. Se trataba de un caso en el que el fin justificaba los medios.

Las mandíbulas de Pistol Pete trabajaban infatigables sobre el taco de goma.

Le repugnaba la idea de tener que rendirse. Su naturaleza se rebelaba contra tal acción. Su claro raciocinio se lo aconsejaba. Tendría una pequeña probabilidad de salvar la vida en manos de aquellos miserables. Estos le estarían observando como halcones temiendo que intentase alguna treta. Por ese lado no había la menor esperanza.

¿Habría sido Mills, el socio de Hardpan Clegg, quien había planeado aquel ataque? Alguien debía haber dicho a los bandidos que Pete Rice se dirigía hacia aquellos alrededores. De todos modos, si llegaba a sucederle algo a Pete Rice, Hicks "Miserias" tendría a Mills bien seguro en los calabozos de la Quebrada.

Mientras Pete permanecía agazapado, pensando y masticando su goma, salió una nueva granizada de plomo de los hombres apostados al otro lado del arroyo. Una de las balas pasó peligrosamente cerca de él.

-¡Está bien, muchachos!-gritó Pete a sus invisibles atacantes-. ¡Basta ya de malgastar pólvora! ¡Empiezo a estar de acuerdo con vosotros... en que no puedo ganar!

De los cuatro lados se cambiaron unos gritos en español. Los bandidos cesaron el fuego. Estaban discutiendo si debían aceptar o no la proposición del sheriff. Pete Rice comprendía el español tan bien como su propia lengua.

Y dedujo de la charla que le querían coger vivo, probablemente para torturarle. Estaba bien; aquello podría significar una mejor ocasión para huir.

-¡Tira las pistolas!-dijo un vozarrón-. ¡Levanta las manos y sal al descubierto, Pete Rice!

Pete hizo lo que se le ordenaba. Cuatro hombres, con los cuatro rostros de expresión más perversa que jamás había visto, corrieron hacia él desde direcciones diferentes. Todos eran mestizos. Sus ojillos cerdunos reflejaban la torpeza de sus cerebros. Pete forzó la imaginación buscando el medio de burlarlos, pero iban bien armados. Y, además, sabían disparar; la proximidad de las balas que le habían enviado lo probaba sin dejar lugar a duda.

Pete esperaba que se agruparían a su alrededor. Intentaría entonces coger a uno de ellos, utilizándole como una coraza humana, y se abriría paso con su propia pistola. Pero los hombres eran prudentes, aunque pareciesen estúpidos.

El misterioso criminal que los pagaba, debía haberles dado instrucciones concretas y terminantes. Uno de ellos se aproximó a Pete y le apoyó su 45 en los riñones. Un segundo ató

con una gruesa correa los puños levantados del sheriff. Los otros quedaron un poco alejados, encañonándole con sus pistolas.

CAPÍTULO XV
TORTURA

Cuando las manos de Pete Rice estuvieron tan apretadamente atadas que la correa se le hundía en la carne, uno de los malencarados se le aproximó desafiador.

¡Crack! Descargó a Pete un terrible puñetazo entre los ojos. El sheriff retrocedió tambaleándose, pero no dejó traslucir la ira que le quemaba la sangre, y continuó masticando su goma.

-¿Por qué esta caricia, amigo?-preguntó burlón.

-¡Tú fuiste el que envió a mi hermano, Pedro Mascota, a presidio!-rugió el bandido-. Cuando Yaqui Kid dio la orden de que te matásemos no pudo encomendarme trabajo más a mi gusto.

-¿De manera que tú trabajas para Yaqui Kid?-dijo Pete-. Bien, amigo, pues lo que le sucedió a tu hermano le va a ocurrir a tu patrón. Y en cuanto a ti, Mascota, te pudrirás en un calabozo para hacer honor a la familia.

El sheriff fue conducido a la cabaña. Por las palabras de los bandidos se enteró de que se proponían retenerle allí mientras dos de ellos iban a dar aviso a sus jefes. Le intrigó el que no lo llevasen inmediatamente a presencia de Yaqui Kid y Johnny "el Culebrita". Más tarde pudo enterarse de la causa.

Los mestizos se dieron cuenta de que Pete era hombre de rápida acción y claro raciocinio, y temían que cualquier incidencia del camino le proporcionase la ocasión de escapar. En un país tan accidentado le sería fácil aprovechar la menor coyuntura para burlar a sus capturadotes. En la cabaña no se presentaría tal ocasión.

Los jefes no tardarían en presentarse y dispondrían que se hiciese un usquicarne con él. La palabreja habría aterrado a un prisionero vulgar. Era una palabra híbrida -mezcla de español y apache-y significaba literalmente "la tortura de la carne".

Debido quizá al defectuoso ensamblaje, o acaso con el fin de conseguir mejor circulación del aire durante los meses de calor, la tablazón del suelo de la cabaña no se ajustaba perfectamente. Ante la chimenea tenían estas tablas separación suficiente para permitir que una correa pasase a su alrededor.

Pete Rice fue atado de pies y manos a esta tabla, dejándole la correa lo suficientemente floja para que pudiera moverse unas seis pulgadas a uno y otro lado. Pete quedó muy cerca del fuego. Saltaban las chispas quemándole el cuello y el rostro. Corría el peligro de que se le incendiasen las ropas.

Mientras los bandidos estaban en la cocina preparándose algún alimento, Pete examinó la tablazón del suelo. Era gruesa y cada tabla ocupaba todo lo largo de la habitación. Unos robustos travesaños las sujetaban por debajo sólidamente. Toda la fuerza de Pete no habría bastado para aflojarlas.

Pete cesó en sus inútiles esfuerzos y descansó sobre un costado, masticando su goma mientras trataba de discurrir algún medio de escapar. Casi gritó de alegría cuando vio que los bandidos volvían de la cocina, y que uno de ellos, Mascota-traía una gran botella de whisky entre las provisiones.

Pete Rice había tenido a la embriaguez como aliada en más de una ocasión.

Si los mestizos decidían celebrar su captura bebiéndose la botella, había una probabilidad de salvarse. Un plato, un cuchillo, o un vaso, podrían caer de la mesa, al alcance del sheriff.

Cuando la comida estuvo preparada, ya los malhechores empezaban a hacer eses. Cada uno de los mestizos llevaba un frasco de tequila. La mezcla de las dos bebidas les embriagaba más rápidamente que si hubieran ingerido whisky sólo. Su conversación empezaba a estar llena de juramentos y blasfemias, dedicadas en su mayor parte al sheriff.

Era posible que se decidiesen a aplicar el usquicarne a su prisionero antes de que llegasen sus jefes. El vengativo Mascota le miraba ya con extraños resplandores en sus crueles ojos. Pete fingió no darse cuenta.

-Oye, Mascota-le dijo tranquilamente, en español-, ¿no podrías dejarme compartir vuestra comida? Un poco de ese pollo no me vendría mal.

No era el alimento lo que quería el sheriff, sino el plato. Mascota lo adivinó.

Rió cruelmente, levantó en alto un gran pedazo de carne blanca y lo balanceó chasqueando los gruesos labios.

-Comprendo lo que pretendes, Pete Rice. Piensas cortar tus ligaduras con el plato mientras nos emborrachamos. ¡Bah, no somos tan imbéciles!

-Ya veo que sois demasiado listos para mí-confesó Pete.

Empezaba a creer, en efecto, que sus capturadores eran más inteligentes de lo que parecían. Cuando Mascota vació su frasco de tequila lo arrojó fuera de la cabaña. No quería dar a Pete la ocasión de apoderarse de la botella para romperla y cortar sus ligaduras con el vidrio.

Pete Rice fingió quedarse dormido junto al fuego. Pero no perdió palabra de lo que hablaban los forajidos. Mascota discutía con uno de los mestizos. La discusión era sobre quién debía quedarse para guardar a Pete Rice. La voz de Mascota se elevó airada. Parecía tener gran interés en ser uno de los designados para vigilar al prisionero. Prevaleció finalmente su opinión. El hombre que había estado discutiendo con él, salió apresuradamente de la cabaña. Pete le oyó alejarse a caballo.

Pete se formuló dos hipótesis acerca de las causas que habían impulsado a Mascota a permanecer en la cabaña. Una de ellas era que Mascota quería torturar al prisionero. La otra, que tenía algo confidencial que comunicar a Toribio, el bandido que quedó acompañándolo. Más tarde quedó probado que esto último era lo cierto. Apenas desapareció el jinete, Mascota se encaró con Toribio, hombre como él.

-¿Sabes por qué he querido quedarme aquí, Toribio?-preguntó Mascota, desafiador.

-Quizá porque quieres torturar al prisionero-sugirió Toribio.

-Sí... también por eso-convino-. Pero hay algo más. ¡Tengo la vista más fina, Toribio! Antes de entrar aquí vi a través de la ventana una bolsa de oro sobre la mesa. Tú entraste el primero. ¡La bolsa desapareció después! Supongo que nos repartiremos el contenido.

Toribio era más flemático que Mascota y pareció tomar a broma el descubrimiento de su latrocinio.

-¡Ya lo creo que tienes la vista fina, amigo!-rió-. Sólo por eso mereces una parte del oro.

-Merezco la mitad-insistió Mascota-. ¿Es que te niegas?

Toribio se reprimió admirablemente, quizás asustado por el aire retador de Mascota.

-Lleguemos a un acuerdo, amigo-contestó suavemente-. Jugaremos seis manos a las cartas. Si ganas tres, tendrás la mitad del oro. Si ganas menos, sólo te entregaré una parte más pequeña. ¿Te parece bien, Mascota?

-¡Proyectas alguna jugarreta!-le acusó Mascota.

-¡Nada de jugarretas!-protestó Toribio con energía-. Vamos a jugar esas seis manos. Nos ayudará, además, a pasar el tiempo agradablemente.

Mascota accedió. Acercó una silla a la mesa, y se sentó de espaldas a Pete.

Toribio sacó un grasiento paquete de naipes y se sentó enfrente.

-Ahora, amigo Mascota, te aconsejo que no te encalabrines. Ya conoces el viejo proverbio mejicano: "Cabezas calientes, cuerpos fríos": Si reñimos, podemos caer en la tentación de asarnos a tiros. Pero el superviviente tendría, que dar cuenta a Yaqui Kid. Creo conveniente que nos despojemos de nuestras pistoleras mientras jugamos.

Toribio se desabrochó lentamente su cinturón. Mascota, aunque de mala gana, hizo lo mismo. Cada hombre colgó la cartuchera del respaldo de su silla.

-Ahora ya no podrá surgir cuestión que no podamos arreglar con palabras-dijo Toribio, volviéndose a acomodar en su asiento.

Mascota parecía complacido del aparente temor que le demostraba su contrincante. Arrimó su silla a la mesa, volvió la cabeza hacia Pete, y dijo, señalando a la pistola que se balanceaba al extremo del cinturón:

-¡Tan cerca y, sin embargo, tan lejos! Reparte las cartas, Toribio-añadió, dirigiéndose a su camarada.

Los bandidos jugaron... y bebieron. Mascota ganó las dos primeras manos y parecía muy contento. Pero perdió la tercera... y le desapareció el buen humor. Empezó a insultar a Toribio, y a arrojar los naipes sobre la mesa con innecesaria energía. Pero, con gran disgusto de Pete Rice, no reveló el menor síntoma de embriaguez.

Toribio ganó la cuarta mano. Mascota le acusó inmediatamente de servir las cartas por el fondo del paquete. Pete empezó a creer que los dos hombres se acuchillarían de un momento a otro. Se irguió sobre sus codos.

¡Si pudiera alcanzar el cinturón de Mascota colgado del respaldo de la silla!

Pero aquello era lo mismo que desear alcanzar la luna. Tenia las manos atadas. No obstante, ensayó alargar el cuello y coger la pistolera con los dientes.

Imposible. Casi rozó con los labios la culata del 45... pero nada más. Trató de estirar un poco sus ligaduras. Resistieron como si fueran de acero. Las voces de Toribio y Mascota eran cada vez más airadas y estridentes.

Ametrallaba el aire su sibilante español. La suavidad de Toribio había ido desapareciendo con las repetidas libaciones. Mascota se inclinó sobre la mesa y descargó su puño sobre el rostro de su rival. Parecía haberse olvidado de Pete por el momento. El sheriff comprobó una vez más, que el odio contra el nuevo enemigo es siempre más fuerte que el que se sintió contra el antiguo... al menos por un pequeño lapso de tiempo.

Hubo un instante en que los bandidos parecieron ir a atacarse con pistolas o cuchillos. Esto habría sido una solución, pensó Pete Rice. Si Mascota ganaba la batalla y era lo más probable-tendría que huir de la ira de su jefe Yaqui Kid. ¡Pero lo malo era que pegaría un tiro a Pete Rice artes de emprender la fuga!

Pete volvió a alzarse sobre sus codos. Debía intentar algo mientras proseguía la disputa. ¡Comprobó que podía tocar con la lengua el negro cañón del Colt de Mascota! Mientras el bandido continuaba maldiciendo y jurando, el sheriff empleó su lengua como una baqueta, e introdujo la mitad del taco de goma que estaba masticando en el cañón.

Si Mascota vencía en la lucha, y disparaba contra Pete Rice antes de huir, sufriría las consecuencias. Pete había visto una vez morir a un hombre fulminado por la propia bala, que intentó disparar a través del cañón obstruido de su revólver.

Pete yacía de espaldas sobre el suelo. Chasqueó uno de los leños que ardían en la chimenea. Unas cuartas chispas cayeron sobre su rostro. El dolor de la quemadura le hizo lanzar un grito medio ahogado.

El astuto Toribio soltó la carcajada.

-¡Ah, amigo Mascota!-dijo suntuosamente-. ¿Por qué continuar discutiendo

cuando tenemos al enemigo común tan cerca? ¡Eres un buen amigo mío y tendrás la mitad del oro!

La promesa del mestizo apaciguó a Mascota, y estrechó, a través de la mesa, la mano del hombre que habría deseado matar unos momentos antes. Toribio sacó la bolsa del oro del sitio donde la había escondido; tras una pila de sacos en el rincón más apartado de la habitación. Entretanto, Pete fingía dormir, pero no perdió detalle del reparto, entre los dos camaradas, del oro robado.

Tenia la esperanza de que se amodorrasen, pero continuaban tan alertas como siempre. Bostezaron varias veces. Pete pudo colegir por sus palabras que, en caso de que alguno quedase dormido, el otro montaría la guardia del prisionero.

¿Estaría Yaqui Kid camino de la cabaña? La idea de que pudiera aparecer en cualquier momento distaba mucho de agradarle; se contaban muchas historias de la crueldad de Yaqui Kid.

Transcurrían los minutos. Pete tuvo una ligera esperanza al oír que sus guardianes se disponían a jugar una mano final para decidir quién de ellos habría de permanecer despierto. Evidentemente, la bebida empezaba a surtir su efecto. Jugaban y hablaban como amodorrados.

Mascota ganó la mano y, por la expresión del rostro del astuto Toribio, Pete comprendió que éste, que es el que había repartido las cartas, había permitido deliberadamente que el otro triunfase. Toribio, probablemente, temía que le tocara dormir con Mascota despierto en la cabaña.

Mascota se puso en pie y sacudió una patada al sheriff. Después se colgó del brazo el cinturón con la pistolera.

-¡Tan cerca y, sin embargo, tan lejos!-le tentó otra vez-. Siento retirar la pistola, Pete Rice, pero siempre tengo pesadillas cuando no duerme conmigo.

Miró de reojo a Pete y a Toribio, y se tendió en uno de los camastros colocados al otro lado de la habitación.

Toribio se sentó y fumó un cigarrillo; luego probó las ligaduras de Pede Rice. Evidentemente quedó satisfecho. Tiró su cigarrillo al fuego, lió otro, y salió al exterior. Por el sonido de sus pasos al alejarse, Pete comprendió que Toribio se dirigía a la loma que se elevaba junto a la casa. Desde allí podría abarcar perfectamente el sendero. Por lo visto, Yaqui Kid era esperado de un momento a otro.

El fuego de la chimenea casi se había extinguido, pero había todavía un buen montón de ascuas. Los ojos de Pete resplandecieron al contemplarlas.

Mascota roncaba ruidosamente sobre el camastro. Pete tosió con violencia para probar el oído del bandido. Mascota se despertó instantáneamente, y se incorporó. Comprobada la causa del ruido, volvió a tumbarse de nuevo. Un momento después se reanudaban los ronquidos. Pete decidió que era preciso obrar con rapidez y cautela. Mascota tenía el sueño muy ligero.

Pete se apoyó en un codo y alargó el cuerpo hacia la chimenea. Estirando sus ligaduras pudo llegar con la cabeza, al fogón. Sus ojos contemplaron con codicia el ascua más próxima. Por salvar su vida seria capaz de cogerla con los labios. Una quemadura en la boca no seria nada, comparado con lo que le esperaba si llegaba a presentarse Yaqui Kid.

Pero el sheriff tenia otro plan en la imaginación. Enrolló con la lengua el resto de su taco de goma hasta formar un cilindro de unas dos pulgadas de largo. Le sujetó entre los labios y tocó con él una arista del carbón.

Instantáneamente el calor empezó a hacer burbujear la goma. El adhesivo chicle se pegó a la resplandeciente ascua. Pete giró sobre sí mismo arrastrando tras si el carbón encendido, unido todavía a la goma. El carbón vino a caer por un resquicio de la tablazón al

suelo. Pero la goma le ayudó de nuevo. Quedó pegada a la madera, mientras la brasa, suspendida sobre el vacío, reavivaba su brillo con la corriente de aire.

Pete pudo volverle a coger con los labios y, utilizando la goma como mango, aplicó el ascua a sus ligaduras. Al quemarse el cuero se llenó la estancia de un penetrante olor. La mirada del sheriff corrió a posarse en el camastro donde Mascota dormía. El bandido no tenía, por lo visto, el olfato tan fino como el oído; continuaba roncando con regularidad.

El corazón del sheriff latió violentamente. Sus ligaduras estaban ya próximas a saltar. Pero la suerte, que hasta entonces le había favorecido, pareció volverse contra él. Se oyeron unos pasos allá afuera. Cada vez eran más perceptibles. ¡Toribio volvía a la cabaña! ¡Y Toribio estaba armado con una temible 45!

CAPÍTULO XVI
EL VERDUGO PIERDE LA PARTIDA

Pete reunió todas sus fuerzas e hizo saltar la correa que el ascua había ya casi comido. Sus diestros dedos desataron febriles las ligaduras que le sujetaban los pies, y éstos quedaron libres antes de que los pasos sonaran junto a la puerta.

Estaba desarmado, pero podía saltar sobre Toribio cuando el confiado bandido penetrase en la habitación. Pete se puso en pie. Al hacerlo, una tabla floja crujió ruidosamente. Mascota se incorporó en el acto, como si le hubieran arrojado un jarro de agua fría, y echó mano a la pistola, vomitando horribles juramentos. El arma apuntó su negro cañón. Los ojos de Mascota brillaban de un modo extraño. Parecía dispuesto a no esperar la llegada de Yaqui Kid.

Pete oyó gritar a Toribio allá afuera. Tenia cortada la salida por aquel sitio.

Se lanzó hacia la cocina.

-¡No dispares!-gritó a Mascota-. Obstruí el cañón y estallaría en tus manos.

Penetró en la cocina. La puerta se cerró con estruendo en el momento en que Mascota disparaba. ¡Bu-uum! La terrible explosión fue seguida de un grito que le heló la sangre. Cayeron rotos algunos vidrios de la ventana.

El sheriff volvió a abrir la puerta. Se estremeció al ver a Mascota. El bandido yacía muerto, horriblemente mutilado. Los gases de la pólvora buscaron alguna salida y la encontraron por la culata. Un pedazo de acero retorcido había perforado la frente del miserable.

Pete vio a Toribio retroceder por el pasillo al mismo tiempo que disparaba.

La bala rozó el hombro de Pete Rice y fue a clavarse en uno de los vasares de la cocina. Pete se alegró de que Toribio-como sospechara desde un principio-llevase dentro un cobarde. Toribio disparó otra vez. Pero seguía retrocediendo. La vista del cadáver de Mascota debía aterrarle. Creía también que Pete Rice había conseguido apoderarse de un arma.

El sheriff atravesó la habitación y recogió del suelo el destrozado 45. Sabia que era inútil como arma, pero serviría para asustar. Asomó el cañón por uno de los lados de la puerta. Toribio disparó otra vez. La bala arrancó una astilla del marco.

-¡Estás al descubierto, Toribio!-le gritó Pete Rice-. ¡Te tengo encañonado! ¡Ríndete o te abraso!

Era cierto. Toribio estaba encañonado... pero con una pistola inutilizada. El miedo de Toribio se convirtió en pánico. Hizo frente a un segundo y clavó otra bala en la madera de la puerta. Después volvió las espaldas y corrió hacia su caballo, atado detrás de la cabaña. En el camino cambió de propósito... y corrió al caballo de Pete que estaba más cerca.

Pete ahogó un grito de rabia al ver que el mestizo saltaba a lomos del magnífico alazán. Perder a Sonny era para él tan trágico como perder a un hermano. Sonny era más que un caballo. Era un compañero. Había salvado la vida de Pete Rice en incontables ocasiones. Pete Rice se dispuso a arriesgarlo todo por rescatar a Sonny. Sé lanzó al exterior blandiendo la inútil pistola.

-¡Vuelve!-gritó-. ¡No podrás escapar!

Pero Toribio se decidió a intentarlo. Sonny relinchó al sentir el cruel rasguño de las espuelas, y arrancó después en frenético galope. Pete silbó a su querido animal. Las orejas de Sonny se enderezaron. Reculó, pero los colmillos de acero de las espuelas le obligaron a avanzar dando botes.

Toribio tuvo ocasión de recargar su pistola. El arma empezó a escupir plomo otra vez. Pete corrió a refugiarse tras la cabaña. Los caballos de los bandidos pastaban por allí. El mejor de los dos valía poco más que un palo de escoba.

Era una criatura pellejuda, con la cabeza de martillo, y flancos lacerados por los recientes espolazos. La muerte seria misericordiosa llevándose al pobre jamelgo. Sonny se vería en el mismo estado si el bandido conseguía llevárselo.

Pete saltó a la silla. Sus espuelas pusieron al caballejo en movimiento.

Toribio se había perdido ya de vista, pero podría seguir las huellas dejadas por Sonny. Atravesó al galope un ala del bosque de abetos y volvió a ver al fugitivo. Toribio coronaba una eminencia del terreno, hacia el Oeste. Giró sobre la silla. ¡Bang! El jamelgo de Pete lanzó un lastimero relincho.

Se le doblaron las patas, cayó hacia adelante. Pete salió despedido de la silla.

Dio una voltereta en el aire y cayó de pie. El caballo yacía sobre un costado.

Estaba inmóvil... muerto. La bala de Toribio debió atravesarle el cerebro.

Toribio volvió a cargar su revólver y envió otra granizada de plomo contra el sheriff. Una bala le arañó una mejilla. Se refugió tras un peñasco. Los proyectiles rebotaban en él, arrancando fragmentos. Pete continuaba empuñando su inútil pistola fingiendo estar dispuesto a enviar a Toribio un balazo decisivo.

Toribio perdió la serenidad. Pudo haber sospechado que algo anómalo le sucedía a Pistol Pete Rice, pero sólo parecía preocuparle el no correr nuevos riesgos. Hizo un disparo final en dirección a Pete Rice, y concentró todas sus energías en asegurarse la huída. Enfundó su pistola y azotó los flancos de Sonny con el rebenque. Pete continuó inerme detrás del peñasco. Sonny, se lanzó al galope por el estrecho sendero que bordeaba un macizo de rocas. Los costados de aquel macizo descendían hasta el lecho del Limping Deer Crack, casi seco en aquel punto y en aquella estación del año.

El rebenque de Toribio se levantó de nuevo para abatirse sobre la cabeza del fogoso alazán. Pete lanzó un grito de satisfacción, y salió de su refugio, dispuesto a desafiar la pistola de Toribio. El bandido iba a tener bastante con procurar mantenerse sobre la silla.

Sólo una vez había visto Pete a un mal aconsejado cuatrero fustigar la cabeza del alazán. ¡Y Sonny demostró tener ideas propias sobre aquel asunto!

Mientras Pete corría por el borde del risco, vio a Sonny detenerse, rígidas las patas. Instantáneamente el alazán empezó a recular sobre los cuartos traseros, relinchando de indignación. Se le había sublevado la sangre ante el trato de que estaba siendo objeto. Toribio se apresuró a saltar de la silla, tan bruscamente, que la pistola se le cayó del cinto.

El bandido era de movimientos ágiles y logró ponerse en pie con el tiempo preciso para no ser aplastado por el caballo ultrajado. Sonny se transformó en un potro rabioso. Le vibraban las fosas nasales, se le inyectó en sangre el blanco de los ojos, echó hacia atrás las orejas como un puma enfurecido, y se flageló los flancos con la cola. Se disponía a golpear con sus cascos delanteros-la forma más peligrosa de ataque en un caballo-cuando Pete le gritó:

-¡Sonny!

Se enderezaron las orejas del alazán al oír la llamada de su amo. Giró en redondo, piafó jubilosamente y se aproximó a Pete, corcoveando. Por una sola vez Pete no acarició el aterciopelado morro de su alazán. Toribio se deslizaba a gatas hacia el borde del risco para rescatar su pistola. Pete se echó a correr. ¡Tenía que evitar que Toribio se apoderase del arma!

Llegó al sitio un instante después que el bandido. Este se arrojó sobre la pistola, pero Pete la alejó de un puntapié en el preciso momento en que los dedos de su enemigo iban a agarrarla. Pete cayó luego sobre el malhechor como sobre una pelota de fútbol. Los dos rodaron por el suelo, casi hasta el borde del abismo.

Apareció un cuchillo en las manos del bandido. Pete se agarró a sus pies esquivando el primer golpe. Toribio luchó a la desesperada. Pete estuvo a punto de caer, pero logró reponerse en un instante y descargó a Toribio un terrible puñetazo cuando trataba de incorporarse.

El cuchillo de Toribio relampagueó otra vez, y su punta rasgó la americana de Pete.

El sheriff se arrojó sobre el bandido tratando de sujetarle el brazo que blandía el cuchillo. Toribio clavó sus lobunos dientes en la mano de Pete.

Este lanzó un grito de dolor, y dobló hacia atrás el brazo del mestizo con tal fuerza, que crujieron los huesos. Pero Toribio saltó como una tarántula y de nuevo relampagueó su cuchillo bajo el sol. El puño de Pete salió disparado.

Puso en aquel golpe todas sus energías. El mazazo dio de lleno en el rostro surcado de costurones del mestizo. Toribio se tambaleó hacia atrás, perdiendo pie. Se agitaron sus brazos en el aire, como queriendo asirse al vacío y se despeñó perdido el equilibrio.

La altura no era muy grande, pero Toribio vino a caer sobre la base del cráneo, y quedó en posición grotesca. Pete descendió con toda clase de precauciones por la resbaladiza falda del risco, y se aproximó al caído.

-Ese cuello estaba destinado a romperse con la cuerda del verdugo-murmuró para sí-. Nada se ha perdido.

CAPÍTULO XVII
REAPARECE GARNEL "EL JOROBADO"

Se aproximaban unos jinetes por la parte del Nordeste. Eran evidentemente restos de la "posse" que salió en persecución de los atacantes de la Quebrada.

Pete espoleó a Sonny y salió a su encuentro. Reconoció en uno de ellos a Shaggy Tyner, un herrero del poblado.

-¿Habéis tenido suerte, Shaggy?-le preguntó, aproximándose.

-Según lo que llames suerte-contestó el herrero, malhumorado-. Joe Bliss encontró a Garnel junto a la "Roca del Indio", Garnel le disparó un tiro y consiguió escapar. Ya hemos enviado recado a la ciudad. A estas horas todo el mundo se habrá lanzado en persecución del asesino. ¡Antes de que llegue la noche "el jorobado", habrá caído en nuestro poder muerto o vivo!-el enfurecido herrero acarició la desgastada culata de su pistola-. Si me le echo a la cara-declaró-, le volaré la cabeza sin más consideraciones. Merece una estatua el hombre que termine con esa fiera.

-¿Cómo sabes que Garnel es el culpable?-preguntó Pete-. ¿No es más probable que lo sea Diamond Joe Storn? Ten cuidado con lo que haces, Shaggy. Sostengo lo que os dije antes. El hombre que mate al jorobado será juzgado como asesino. ¡Habéis organizado la "pose" para defender la ley... y no para atropellarla!

Tyner se alejó sombrío. Pete se dio cuenta de que la actitud del herrero era la de toda la Quebrada. La ciudad necesitaba una justicia rápida. Cada uno de sus habitantes se había instituido en juez, jurado y ejecutor.

Pete creía también que Garnel "el Jorobado" era el culpable. Su extraña conducta le condenaba. Pero Pete poseía el sentido de la justicia. Todo hombre tenía derecho a defenderse. La opinión del pueblo es casi siempre equivocada. La misión del sheriff era apoderarse de Garnel, darle después la protección de la ley y, si se le encontraba culpable, aplicarle el castigo que esa, misma ley determinase.

Media milla más allá se encontró con un grupo de vaqueros alborotadores que gritaban como comanches mientras disparaban sus 45 al aire. Uno de ellos se echó al coleto un largo trago de whisky, y después alargó burlonamente la botella al sheriff. Todos estaban ebrios. Eran un buen ejemplo del espíritu del populacho... cruel, irrazonable, más brutal a veces que el hombre al que persigue.

-Tengo que haceros una advertencia-dijo Pete paseando la mirada por el grupo-. El que mate a Garnel será acusado de asesinato, aunque a mí me cueste el cargo.

El que le había ofrecido el whisky, se revolvió airado.

-No estoy dispuesto a hacer un nudo en mi pistola, aunque me lo mande usted, sheriff. Obramos dentro de la ley, ya que cualquier jurado de este país colgaría a Garnel, y eso es lo que vamos a hacer nosotros.

-No te excites tanto-le aconsejó Pete-. No hay jurado alguno que dé un veredicto basándose en habladurías.

-¿Pero es que no sabemos todos que Garnel es culpable?-preguntó desafiador otro del grupo.

-¡Escucha!-replicó Pete-. No nos corresponde a nosotros el saberlo. Esa es misión del jurado. Si encontráis a Garnel, llevadle a la cárcel. ¡Y no discutamos más! ¡Ya quedáis advertidos!

El distrito hormigueaba de hombres que iban a incorporarse a la "posse". Al remontar la loma que dominaba el Río Bonanza, se encontró con un grupo más ordenado. Entre ellos estaban Teeny Butler, Curly Fenton y Sam Hollis.

-Hemos perdido la dirección de los hombres que recorren esta montaña-le informó Teeny-. Seria más fácil contener a una manada de búfalos con una cerbatana. ¿Qué hacemos?

-Pues, utilizar vuestras cabezas, y tratar de capturar a Garnel antes que esos lobos sanguinarios-contestó Pete.

Pete Rice y sus comisarios habían salvado en cierta ocasión a Curly Fenton de ser linchado por una multitud enloquecida. A él se dirigió Pete como hombre de confianza.

-Ve al pueblo y dile a "Miserias" que entregue las llaves al carcelero, y nos busque. Le esperaremos por los alrededores de la "Roca del Indio". ¡Pero que no se entere nadie de lo que nos proponemos hacer!

Curly Fenton espoleó a su caballo y se alejó al galope. Pete paseó la mirada por el grupo de hombres que le rodeaban.

-Lo mejor que podemos hacer-dijo-, desperdigarnos. Tratad de coger a Garnel vivo, pero si os hace frente... no admitáis más discusión que el plomo. ¡Dejadle seco! Hay una gran diferencia entre los hombres respetuosos de la ley que disparan sobre un criminal, y la jauría sedienta de sangre que sólo busca un día de fiesta.

Miró hacia atrás y contempló despectivamente el grupo de borrachos que seguían disparando al aire, tratando de formarse una reputación como pistoleros.

-Esos imbéciles nos van a estorbar más que si se hubiesen quedado en casa-rezongó-. ¡Qué verdad es que un loco hace ciento!

El grupo se diseminó. El sol se hundía ya por el Oeste, y Pete tuvo la esperanza de que, cuando llegase la noche, la mayor parte de los alborotadores regresaría a la población para

beber, comentar los incidentes de la jornada y bravuconear sobre lo que estaban dispuestos a hacer al día siguiente.

Pete y Teeny bordearon un bosque de álamos y se dirigieron hacia la "Roca del Indio". Al llegar a la linde se separaron. Pete vadeó el Bonanza por un sitio poco profundo. Se proponía explorar ambas orillas del río en un espacio de algunas millas.

Una vez en el lado opuesto, Pete soltó las riendas a Sonny. El magnífico alazán adoptó un paso largo. Parecían desiertos aquellos parajes. Al parecer, ninguno de los alborotadores había tenido el buen sentido de dirigirse a la "Roca del Indio". Quizás hubiesen iniciado la marcha hacia allí, pero después, todo se les volvería hablar y beber, disparar y bravuconear, esperando que Garnel corriese a precipitarse en sus brazos.

La "Roca del Indio" debía su nombre a la historia de una tribu apache que había quedado simbólicamente escrita en la peña hacia muchos años. Estaba en los limites de una región muy accidentada, que ofrecía multitud de escondrijos para un fugitivo.

Al llegar al enorme peñasco cubierto de musgo, el sheriff se deslizó de la silla y examinó el terreno. Había dos clases de huellas recientes. Unas terminaban a unas cien yardas de la roca, y eran, indudablemente, las dejadas por Joe Bliss, que había llegado hasta allí persiguiendo a Garnel y se vio obligado a retroceder por los disparos del jorobado. Las otras habían sido hechas por los cascos del caballo fugitivo.

Pete rió para si. No sería difícil seguirlas. Lo peor era que la noche ya se echaba encima, pero se dio cuenta de que uno de los clavos de la herradura derecha de los cuartos traseros del caballo de Garnel se había aflojado, retorciéndose luego su cabeza sobre la herradura. El detalle era inconfundible y evitaría a Pete el seguir una pista falsa, aunque los mozalbetes de la Quebrada hubiesen espantado la caza galopando sin rumbo por aquellos alrededores.

Pete siguió a Sonny hacia el sendero que atravesaba el sudoeste de la accidentada región. Puso el alazán en rápido galope. Por la forma de las huellas qué tenia ante sí dedujo que la cabalgadura del fugitivo había caminado al trote. "El Jorobado" no debía, pues, llevarle mucha delantera, y había además, muchas probabilidades de que se hubiera refugiado en alguna parte.

Era una región salvaje. Desgarraban las zarzas las ropas de Pete. Los estribos de Sonny rozaban los chaparrales a cada paso. Tan pronto, caballo y jinete, se hundían en profundas quebradas como escalaban altas colinas cubiertas de pinos, en cuyo suelo pizarroso resbalaban los cascos de Sonny.

Llevaba recorridas algunas millas cuando oyó anos disparos distantes.

¿Significaba aquello que Garnel había tropezado con el grupo de bravucones? ¿O quería decir, simplemente, que los alborotadores seguían disparando al aire, demostrando una vez más que el whisky y el poco juicio sólo son capaces de hacer cometer tonterías?

El sol había desaparecido tras los distantes riscos del Oeste, y empezaba a descender sobre la tierra la aterciopelada oscuridad de la noche de Arizona, cuando el alazán relinchó repentinamente. Una ráfaga de viento le había traído el olor a hombre. Una vez más venía Sonny en ayuda del sheriff.

Pete se puso instantáneamente en guardia y espoleó al caballo hacia el resguardo de un espeso matorral.

¡Jui-iii! Una bala pasó por encima de su cabeza. Pete empuñó la pistola. Su penetrante mirada exploró la cresta de la loma cercana.

Algo se movía allí. Le pareció adivinar la borrosa forma de un caballo y su jinete. La oscuridad le impidió reconocer el hombre claramente. No obstante, estaba seguro de que era Garnel quien había disparado, pues las huellas del fugitivo ascendían por la loma cubierta de árboles.

Pete Rice no hizo fuego. Quería coger vivo a Garnel. Y también quería evitar que el fugitivo conociese sus movimientos por los fogonazos. Guió a Sonny por entre los matorrales. Avanzaban penosamente. Las ropas de Pete estaban hechas tiras. Los flancos del alazán sangraban por los arañazos causados por las aguzadas espinas de la vegetación. Pero aquello era mejor que caminar al descubierto, ofreciendo un blanco excelente.

Aunque procuraba guiar a Sonny por los sitios más despejados, el caballo producía un ruido considerable. Garnel podía orientarse por la dirección de aquel ruido. Una vez calculó tan expertamente la posición de su enemigo, que la bala zumbó como un moscardón junto a la oreja de Pete. Otra bala rozó a Sonny en una pata delantera. El plomo arrancó un colgajo de piel y se hundió en tierra. El valiente animal piafó de dolor, pero siguió avanzando.

Pete se deslizó de la silla. Temblaba de rabia. Sus ojos eran dos pedernales.

¡Le habían herido a Sonny! Aquello dolía a Pete Rice más que si hubiera sentido perforadas sus propias carnes. Reconoció al caballo y descubrió que sólo había recibido una herida superficial. Palmoteó las ancas del alazán, haciéndole alejarse del peligro, y él corrió a refugiarse tras unas peñas, unos cuantos pies más adelante. Agazapado allí, Pete lanzó una conminación al fugitivo.

-¡Todo es inútil, Garnel!-le gritó-. La Quebrada entera es un hormiguero de perseguidores. Yo he tratado de contenerlos, pero esta noche ni un ejército podría lograrlo. ¡Ríndete a mí y te irá mejor que cayendo en sus manos!

Se detuvo y escuchó. No llegó a sus oídos más que el murmullo de la brisa.

-¡Ríndete, Garnel!-volvió a gritar-. ¡Yo te prometo que serás juzgado con toda clase de garantías!

De lo alto de la loma llegó una voz, mezcla de ira y desesperación.

-¿De manera que es usted, Pete Rice? No estoy lo suficientemente loco para rendirme. Y menos para volver a la Quebrada. Todos han salido a cazarme con la esperanza de estirarme el pescuezo. Quizá me entregue a usted algún día, sheriff; pero no ahora...

Pete Rice rechinó los dientes. ¿Prácticamente, no estaba confesando Garnel su culpabilidad? Sin embargo, era código fundamental de los ejecutores de la ley que ninguna vida debe ser puesta en la balanza sin pruebas evidentes.

Tenía que coger vivo a aquel hombre. ¿Cómo conseguirlo? De día no habría sido difícil arrancarle la pistola de un balazo, pero en la oscuridad corría el riesgo de matar a Garnel o de ser muerto por él. En cualquiera de los dos casos el misterio de la Quebrada del Buitre quedaría sin descubrir.

-¡Te lo digo por última vez, Garnel!-volvió a gritar-. ¡Entrégate... o me lanzo contra ti! ¡No hablemos más!

La respuesta fue la carrera de unos pies allá, en lo alto. Garnel trataba de huir. Pete se mordió los labios. Era preciso obrar con decisión. Saltó sobre el peñasco y disparó su 45. Conocía la dirección en que estaba su blanco, pero nada más.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! La pistola de Garnel contestó con una rociada de plomo. Una bala rebotó en la roca y golpeó el cañón de la pistola que pendía del costado derecho de Pete. Otra tronchó las ramas de un árbol próximo. Pete ya no podía ver a Garnel. Estaba demasiado oscuro. Garnel no le podía ver a él tampoco. La lucha se desarrollaba, pues, en igualdad de condiciones. La puntería no servía de nada. Sólo la suerte podía influir en el resultado. Y la suerte no parecía estar con Pete Rice en aquella ocasión.

El azar había querido que tropezase con Garnel "el Jorobado", al caer la noche. A la luz del día, Garnel no habría sido enemigo. Pero un sheriff tiene siempre que adaptarse a las circunstancias, por desfavorables que sean. Los criminales empiezan generalmente llevándole ventaja a la ley. Son las liebres.

La ley es el podenco y siempre termina por alcanzar a los criminales.

Pete empezó a trepar por la loma. Era inútil seguir conminando a Garnel para que se rindiese. Las voces sólo servían para dar al fugitivo una buena idea de dónde se encontraba el sheriff.

¡Bang! ¡Bang! Surgieron dos llamaradas de las pistolas de Pete Rice. Las detonaciones retumbaron ensordecedoras en la quietud de la meseta.

Se oyó un grito angustioso, que hizo a Pete apresurar el paso. ¿Habría atinado a Garnel? ¿Le habría matado? ¿Sería el grito una treta del fugitivo?

¿Daría una bala, en cualquier momento, un mentís a aquella sedal de dolor?

Pete se apresuró a salir de los matorrales y lanzó una rápida mirada por entre los árboles. No había rastro de Garnel "el Jorobado". No se veía cuerpo alguno tendido en tierra. Pete corrió a refugiarse tras el ancho tronco de un pino. Esperaba una nueva agresión. Garnel era astuto y traicionero. Nada volvió a romper el silencio de la noche.

La penetrante mirada de Pete trató de perforar las tinieblas que le rodeaban.

La luz de la luna, filtrándose a través de las ramas, hizo brillo un pequeño objeto unos pies más allá. Pete se dirigió hacia aquel sitio. El objeto era un Colt del 45, y estaba todavía caliente por los continuos disparos.

Un reguero de manchas oscuras arrancaba del arma, dirigiéndose al Oeste.

Era evidente que Garnel huía herido. El sheriff siguió las huellas de sangre.

A medida que escaseaban los árboles iba haciéndose más brillante la iluminación de la luna sobre el suelo. El rastro descendía hasta el río. Pete le siguió hasta que oyó un ruido de agua. Se trataba de un afluente del Bonanza, que trazaba en aquel sitio una profunda V cortando el sendero. Allí terminaban las manchas de sangre. Estaba claro que Garnel había caído en la corriente.

La luna cabrilleaba sobre la rizada superficie de las aguas iluminando los escarpados ribazos de la cortadura. No se veían rocas salientes que hubieran podido detener al fugitivo en su caída. En aquel momento Garnel se encontraría ya lejos, río abajo. Pete pensó en echarse a nado, pero todo indicaba que no podría encontrar al fugitivo. Un poco más abajo, el río seguía un curso muy accidentado y las escarpadas orillas ocultaban la luna, ofreciendo multitud de sitios donde refugiarse.

A Pete se le ocurrió otro plan.

¿Dónde habría estado oculto Garnel antes de ser descubierto en las proximidades de la Roca del Indio? Seguramente habría tenido que refugiarse en alguna parte; era imposible que hubiese estado vagabundeando todo el tiempo. ¿Le habría acogido alguna banda de criminales? ¿Habría estado dedicado al asesinato y al pillaje en alguna otra parte del país?

No sería difícil seguir la pista que condujese al refugio de donde había salido Garnel. Las huellas dejadas por el retorcido clavo de la herradura facilitarían la tarea, aun de noche.

Pete Rice contempló pensativo la corriente. ¿Habría matado a Garnel?

¿Sería entonces "el Jorobado”, un cadáver arrastrado por las aguas, o girando en los remolinos? ¿O estaría curándose su herida al amparo de alguna roca, mientras planeaba su venganza contra el sheriff de la Quebrada, urdiendo nuevos asesinatos más horribles y misteriosos todavía?

CAPÍTULO XVIII
ATAQUE

Era cerca de la medianoche. Un lobo aullaba a la luna, que rodaba suavemente por un cielo salpicado de nubes. Unos coyotes azuzaron la senda ladrando lastimeramente a tres

jinetes que avanzaban al trote. Muy hacia el Sur las luces de la Quebrada parpadeaban invitadoras. La distancia fue reduciéndolas poco a poco a puntitos luminosos.

Pete Rice que encabezaba el trío, caminaba muy inclinado sobre la silla. Iba estudiando el terreno cuidadosamente. Lo venía haciendo así desde que abandonó la Roca del Indio, donde había ido a buscarle Teeny Butler y, poco después, el comisario-barbero Hicks "Miserias".

Las huellas, tan claras para Pete Rice como pudieran haberlo sido para un león de la montaña, habrían pasado inadvertidas para cualquiera. Pero Pete Rice sabía interpretar el lenguaje de las sendas desde que tenía catorce años.

Es un don natural que poseen algunos hombres, y que otros jamás adquieren. Los apaches lo aprenden prácticamente en su niñez. Ciertos exploradores famosos en la historia de las luchas indias, nunca consiguieron asimilar tal habilidad.

Mientras cabalgaba inclinado sobre cl cuello de Sonny, Pete iba preguntándose qué es lo que habría impulsado a Garnel a dirigirse a un sitio tan próximo a la Quebrada, como era la Roca del Indio. ¿Habría esperado allí la vuelta de sus secuaces, enviados a secuestrar al doctor Dorn? Dorn, según las noticias traídas por Hicks "Miserias", había desaparecido de la Quebrada.

Todo indicaba que había sido secuestrado lo mismo que el Juez Granje.

Pete detuvo su caballo en espera de que se le aproximase Hicks "Miserias".

-Estoy pensando que quizá el doctor haya sido llamado para algún caso importante-sugirió-. Según mis noticias, estaba tratando a Jim el del rancho de Parker.

-Jim Parker se encuentra perfectamente ahora-contestó "Miserias"-. Encontré a la señora Parker en el pueblo y me dijo que el doctor ya le había dado de alta. Todo indica que Dorn tuvo que salir apresuradamente. Su despacho está como si hubiera pasado por él un ciclón de Texas.

El sheriff hizo un gesto sombrío. No había más remedio que suponer que se trataba de otro secuestro. El trío siguió cabalgando en silencio, perdido Rice en un laberinto de pensamientos contrapuestos. ¿Por qué el misterioso azote de la Quebrada había asesinado a algunos de sus enemigos-Dale, Hobart, Dunlow-y preferido, en cambio, secuestrar a otros como Dorn y Granje?

Pete movió la cabeza con gesto de desaliento. Era inútil pensar. Todas sus hipótesis iban cayendo una a una al soplo de algún acontecimiento imprevisto.

¿Qué explicación tenía la muerte de Hardpan Clegg, por ejemplo? El sheriff y el doctor Dorn habían creído que el asesino tendría algún rencor contra las autoridades del distrito. Y resultaba que el veterano explorador había caído también víctima del alcaloide del torimo. Clegg era un minero, un buscador de oro, un hombre que había preferido la vida del desierto a los honores de los cargos públicos...

Atravesaban, entonces una región muy accidentada. A veces se perdía el rastro. Pero bastaba con detenerse y buscar el camino más resguardado. El método no falló. Recorrieron una media milla de terreno pizarroso y volvieron a encontrar las huellas con sólo buscar el sendero que ofrecía menos peligro al jinete. No era probable que Garnel se hubiese preocupado de su caballo. Habría tirado siempre por aquellos sitios donde se encontrase menos expuesto a recibir un balazo.

El terreno iba haciéndose más accidentado a medida que el trío avanzaba.

Atravesaron grandes manchas de pinos y abetos. Al volver a salir a campo descubierto la aguzada mirada de Pete Rica descubrió nuevas huellas que dirigían hacia el Oeste. Eran las de dos jinetes.

El trío de la Quebrada caminaba más cautelosamente. Tenían el presentimiento de que aquellos dos jinetes se habían dirigido a la guarida de Garnel "el Jorobado". Recorrieron una milla sin incidentes. De pronto, Teeny Butler refrenó su corpulento caballo. Acababa de

descubrir a la luz de la luna una pequeña mancha blanca. Saltó de la silla con la agilidad de un joven y recogió una pequeña hoja de papel.

-¡Venid aquí!-gritó a sus compañeros-. ¡O esto significa algo o yo nunca he estado en Texas! ¡Pete, échale un vistazo a esto!

Pete examinó el pedazo de papel y se lo pasó a Hicks "Miserias".

-¡Recoyotes!-exclamó el barbero-. ¡Es una hoja de recetas del doctor! ¿Y por qué está mojada? No ha llovido.

-No, no ha llovido-dijo Pete, sombrío-. ¡Es sangre!

Las huellas de los jinetes se separaban de las de Garnel a menos de una milla más adelante. Pero eran estas huellas de los jinetes las que Pete Rice se proponía seguir. Estaba casi seguro de que Dorn había sido secuestrado... y todavía más seguro de que se encontraba herido.

Al fin aparecía la pista. Evidentemente Dorn había dejado caer la receta en el sendero con el fin de orientar al sheriff de la Quebrada. Pete se aventuró a predecir que encontrarían otras hojas a medida que avanzasen. Y se cumplió su predicción.

Encontraron otra receta en el cruce con un sendero que conducía a una cabaña de leñadores. Y otras más adelante. El trío de la Quebrada llevaba las manos apoyadas en las pistolas. Cuando estuvieron a cincuenta yardas de la cabaña, Pete Rice hizo seña a sus hombres para que se detuviesen. No había luz en la choza. Pete desmontó y avanzó cautelosamente.

Iba preparado para empuñar sus armas en un momento cualquiera. No hubo necesidad de ello, sin embargo. La choza estaba vacía, y olía a animales salvajes. Debía hacer dos años que nadie habitaba, en ella. Pete volvió junto a sus comisarios, y saltó a la silla de Sonny. Media milla más allá terminó el bosque y salieron a un claro.

A la derecha había una loma cubierta do matorrales y rocas. Pete Rice no podía desechar de su imaginación la idea de una emboscada, y levantó la vista en el momento en que un jinete asomaba en lo alto. La luna destacó su silueta un instante. La alta copa de su sombrero fue lo último que desapareció al hacer recular a su caballo para ocultarse tras las rocas. Se oyó un grito salvaje. Rompió una detonación el silencio de la noche; instantáneamente, Peto Rice y sus comisarios tuvieron las pistolas en las manos.

Pete se dio en seguida cuenta de que tendrían que hacer frente a más de un hombre. Un bandido solitario no habría gritado. Y el grito no había sido de alarma, sino de aviso.

Sonaron aullidos de lobos y gritería de comanches. La loma se cubrió de pronto de sombreros puntiagudos, y empezaron a escupir fuego las pistolas.

Era aterrador el estruendo de las detonaciones. Los fogonazos perforaban las tinieblas como si el aire de la noche se hubiese llenado de moscas luminosas.

Llovía plomo alrededor del trío de la Quebrada. El pequeño Hicks "Miserias" empezó a disparar rápidamente en dirección a la loma.

-¡Recoyotes!-gritaba-. ¡Al fin tenemos con qué divertirnos! ¡Vamos por ellos, patrón!

Siempre era el mismo Hicks "Miserias". Tenía cien cualidades buenas y una mala. La mala era su falta de reflexión. Teeny Butler, mejor tirador y tan valeroso como su compañero, se abstuvo, en cambio, de disparar, esperando las órdenes de su jefe.

Pete Rice comprendió en seguida que las circunstancias les eran completamente desfavorables. El y sus comisarios eran luchadores veteranos, pero contra veinte pistoleros, por muy poco hábiles que fuesen, no había probabilidades de triunfar. Lo único que cabía hacer era emplear alguna estratagema para desalojar de sus posiciones a los emboscados. El sheriff creía conocer el medio. Hizo girar a Sonny, y empezó a hacer fuego sobre los bandidos, que ya corrían loma abajo.

-¡Refugiaos en la cabaña!-gritó a sus hombres-. Yo me llevaré a esos tunantes.

-Pero escucha, patrón...-empezó a objetar Teeny, encendida ya la sangre por una bala que le había pasado rozando.

-¡Nada tengo que escuchar!-replicó Pete-. ¡Daos prisa! Tan pronto como podáis, alejaos de aquí. Yo me reuniré con vosotros en la senda, más tarde.

Aunque hablaba así, Pete creía lo más probable que no volviera a verlos jamás. Pero tenia que salvar sus vidas, aun a costa de la suya. Iba a jugárselo todo a la velocidad y resistencia de Sonny. Los emboscados reconocerían a su caballo y, por apoderarse del jinete, abandonarían la caza de los comisarios.

Silbaba el plomo a su alrededor mientras huía hacia la arboleda. Una bala chamuscó el hombro de Pete. Un poco más abajo y le habría tocado el hueso.

El sheriff se limitó a apretar los dientes.

"Miserias" lanzó un grito. Pete miró a su comisario. Corría la sangre por el picaresco rostro del barberillo. Era una herida sin importancia; significaría sólo una pequeña cicatriz, y "Miserias" estaba orgulloso de sus costurones.

No obstante, el barbero temblaba de rabia.

-¡No pierdas la cabeza!-le gritó Pete.

-¡No la perderé!-rugió "Miserias"-. ¡La conservaré el tiempo suficiente para hacer morder el polvo al coyote que me ha arañado!

Llegaron al resguardo de los pinos. Pete tiró de las riendas de su alazán. Sus comisarios, vueltos sobre las sillas, disparaban sin cesar contra los bandidos que se aproximaban. Cayeron dos de éstos, pero Pete comprendió que la situación iba empeorando a cada momento.

-¡Refugiaos en la cabaña!-gritó-. ¡No doy órdenes por gusto de hablar!

Aun así, los comisarios se dirigieron de mala gana hacia la choza. Pete desmontó y puso a Sonny tras un grupo de anchos pinos. Después recargó sus 45 y corrió a escuchar en un árbol cerca de la linde del claro.

¡Baa-ram! ¡Bang! ¡Bang! Abrió fuego sobre los bandidos con ímpetu tan salvaje y certero, que éstos se vieron obligados a refrenar sus cabalgaduras.

Media docena de hombres, por lo menos, habían llegado ya al claro. El resto descendía por la loma. Las pistolas del sheriff derribaron a tres de los que venían delante. No era ocasión de tirar a herir solamente. Había que sembrar el terror en sus filas.

-¡Seguid avanzando-les gritó-, y prepararé el más soberbio banquete que los buitres de esta región hayan conocido!

Se oyó una orden en español. Los bandidos retrocedieron. Pero Pete, acostumbrado a esta clase de luchas, comprendió que semejante manada de lobos no podía huir ante un hombre solo. Trataban simplemente de maniobrar para desplegarse. Después le rodearían sin exponerse a tanto.

Teeny y "Miserias" se habían refugiado ya en la cabaña. Allí podrían resistir mucho tiempo. Cada comisario llevaba un doble cinturón repleto de cartuchos. Si los tres representantes de la ley se hubiesen refugiado allí, los malhechores habrían atacado la plaza. Mas ya no era probable que lo intentasen, atraídos por la posibilidad de apoderarse, muerto o vivo, del sheriff de la Quebrada.

Pete corrió a su caballo, y saltó a la silla sin utilizar los estribos. Sonny se lanzó al galope inmediatamente, serpenteando por entre los pinos. El sheriff hizo fuego sobre los bandidos, que ya empezaban a desplegarse tratando de rodearle. El tiroteo había cesado unos momentos mientras los malhechores se retiraban, pero se reanudó con nueva furia, y cayó una verdadera granizada de plomo en contestación a los disparos del sheriff. Una bala le ladeó el sombrero sobre la frente

-¡Venid a capturarme!-les desafió Pete.

-¡Venid... a... capturarme!-repitió subrayando sus palabras con sendos disparos. El bandido más próximo se desplomó de la silla. Su caballo huyó enloquecido, golpeándole los flancos los estribos.

Un proyectil dio en el pomo de la silla de Pete, rozándole después el costado, de rebote. Unas yardas más adelante otra bala descantilló el borrén del arzón. Pete vio que tres bandidos trataban de cortarle el camino por el Oeste. Iba a encontrarse entre dos fuegos. Se oyeron gritos de triunfo. Le creían encerrado.

La pistola de Pete vomitó por tres veces plomo y llamas. Casi simultáneamente quedaron tres sillas vacías. Pete tiró por un sendero que arrancaba de la izquierda.

Los bandidos le seguían cada vez más próximos. Un poco más lejos surgían nuevos jinetes de sombreros puntiagudos. Pete hizo callar a sus pistolas por el momento. Su caballo podía dejar atrás a cualquiera otro del país, pero tenía que dedicar toda su atención a sacar a Sonny del espeso bosque. Una vez en campo abierto, el alazán demostraría lo que era capaz de hacer.

El sheriff rió para sus adentros. Aquella noche estaba desempeñando un papel desacostumbrado. Generalmente se dedicaba a perseguir a los malhechores por el distrito de Trinchera. Entonces la situación había cambiado. El perseguidor se había convertido en perseguido.

CAPÍTULO XIX
HACIA EL RANCHO CAMERON

El bosque fue haciéndose menos espeso, y Sonny aceleró su paso. El alazán sería ya un blanco demasiado rápido para las pistolas de los bandidos. Sólo una bala perdida, un disparo de suerte, podría alcanzar a Pete o a su montura.

Se volvió sobre la silla y lanzó un par de balas hacia sus perseguidores.

Según su cuenta, ya había dejado fuera de combate a seis bandidos, por lo menos; pero aquello no había hecho variar apreciablemente las circunstancias a su favor. Seguía existiendo un pequeño ejército de asesinos que trataba de acorralarle.

Gradualmente fue saliendo del alcance de sus tiros. Acortó un poco el paso de Sonny. No quería perderse tan pronto de vista. Su persona era un magnifico cebo que les impulsaría a seguirle mientras conservasen la esperanza de capturarle, y quizá renunciasen a la caza si se alejaba demasiado.

En aquel momento, Teeny Butler y Hicks "Miserias" ya estarían lejos de la cabaña, dando la vuelta por la senda para salir a su encuentro. Pete empezó a pensar en el modo de volver a cambiar los papeles, de transformarse de perseguido en perseguidor.

Un procedimiento seria, quizá, el atraerles hacia un desfiladero. Allí él y sus comisarios, apostados en la entrada, podrían irlos cazando uno a uno. Pero desistió de la idea. Siempre le había repugnado matar de aquel modo.

Siempre había dado a sus enemigos la ocasión de defender sus vidas cara a cara. Sonny llegó al pie de una loma y empezó a escalarla animosamente.

Caballo y jinete se encontraron en la cumbre antes de que los bandidos llegasen a la base. Pete tuvo entonces ocasión de apreciar su número.

-¡Mi caballito valiente!-dijo palmoteando entusiasmado el cuello de Sonny-. No tienes una condecoración porque careces de chaqueta para prenderla. ¡Pero el Cielo te concedió una estrella!.- Pete acarició la blanca mancha de la frente del alazán. Miró hacia atrás. Los bandidos estaban un poco más cerca.

-¡Vuelve a enseñarles tus cascos, mi viejo!-apremió al caballo-. Daremos a esos ensombrerados algo que cazar.

Galopó sin volver la cabeza. Esperaba ver aparecer de un momento a otro a Teeny Butler y "Miserias". Sus comisarios conocían bien aquella región.

Después que los malhechores abandonaran los alrededores de la cabaña, habrían podido escapar rodeando la loma.

Sonny avanzaba a todo galope y no tardó en salir a un claro. Pete tiró de pronto de las riendas, obligando a su caballo a detenerse bruscamente.

Acababa de oír tres detonaciones lejanas. Acostumbrado a las armas, no le fue difícil calcular la distancia. Los tres disparos habían sido hechos en la espesura del bosque... detrás de la cabaña, o muy cerca.

Pete habría apostado su último dólar a que conocía la causa de aquellos disparos. Probablemente Hicks "Miserias" se había puesto a discutir con el calmoso Teeny de que debían intervenir en la lucha. Y posiblemente un par de bandidos rezagados acertaron a pasar en aquel momento ante la cabaña...

Pete miró hacia atrás. Oyó unos gritos en español, y acto seguido los bandidos dejaron de perseguirle y volvieron grupas. Su jefe acababa de ordenarles que retrocediesen hacia la cabaña.

Parecieron ir a saltar los músculos de las angulares mandíbulas de Pete mientras éste presenciaba la maniobra de los bandidos alejándose. Les vio desaparecer loma abajo, pálido de rabia y desesperación. Desmontó y avanzó diagonalmente en la oscuridad, ocultándose tras los árboles que iba encontrando en su camino.

Llegó así a una docena de pasos del sendero que los malhechores tenían que atravesar. Se agazapó entre las malezas. Necesitaba enterarse de lo que sucedía. Si Teeny y "Miserias" no habían caído prisioneros, podría volver a escalar la loma, saltar sobre Sonny y continuar su camino.

Un jinete se adelantó por la senda lanzando gritos de triunfo en español:

-¡Cogimos a los dos comisarios! Están en la cabaña. Daos prisa. El jefe quiere que no se nos escapen. Dice que si no los dejamos salir, el sheriff Pete Rice volverá a rescatarles. Necesita prender vivo a Pete Rice, a toda costa.

Pete apretó los dientes y continuó oculto entre las malezas. Los jinetes espolearon a sus cabalgaduras y cruzaron al galope a una docena de pasos.

-El barbero salió de la cabaña y disparó sobre Johnny "el Culebrita"-iba diciendo el bandido a sus compañeros-. Johnny ignoraba que se ocultase nadie allí. ¡Ahora tenemos ganada la partida!

Pete pudo figurarse ya lo que habían hecho sus comisarios.

Probablemente se habían lanzado fuera, de la cabaña y habían hecho fuego sobre algunos bandidos rezagados con objeto de impedir que persiguieran a su patrón.

Pete no les guardaba rencor. Sus comisarios le habían salvado la vida más de una vez, y él había hecho otro tanto por ellos. Si habían disparado sobre los bandidos, fue porque creyeron ayudar así al sheriff. Pero la realidad era que lo habían echado todo a perder...

Los jinetes desaparecieron en la senda. Unos instantes después Pete oyó las secas detonaciones de sus 45. Sus comisarios debían estar luchando como leones. No había más remedio que volver a la cabaña y ayudarles.

Corrió por el sendero procurando mantenerse a cubierto todo lo posible.

Llegaba hasta él el fragor del tiroteo mezclado con gritos y maldiciones.

Pete sabía que, sucediera lo que sucediera, Teeny Butler y Hicks "Miserias" se portarían como bravos. Nunca parecían gozar de la vida tan intensamente como cuando se encontraban próximos a la muerte. No conocían el significado del peligro. A ninguno de

ellos-y particularmente a Hicks "Miserias"-le pasaba por la imaginación la posibilidad de resultar muerto en una lucha a tiros.

Pete Rice llegó al lindero del bosque que rodeaba la cabaña. Sus pistolas no le iban a ser de mucha utilidad. Le dio en el olfato un humo que no era de pólvora precisamente.

Surgió de la oscuridad una gran llamarada. Lo que tanto había temido se estaba desarrollado ante sus ojos. La pequeña choza empezaba a arder. Los bandidos que le habían pegado fuego saltaban y gritaban a su alrededor y, de vez en cuando, un rifle oculto en la espesura lanzaba unas cuantas balas a través de la puerta, ya casi arrancada de sus goznes. Desde el interior le contestaban los 45 de los comisarios, acompañados de gritos de desafío.

Desde el sitio que ocupaba, Pete oyó un silbido y vio que los bandidos que rodeaban la cabaña miraban hacia la senda. Un hombre les hacía señas de que se alejasen de la choza y no se expusieran a riesgos innecesarios. Los bandidos obedecieron sus órdenes prontamente.

Pete no pudo oír su voz, pero sí ver sus gestos imperiosos mientras apostaba a sus hombres en ciertos sitios de la senda. Después debió dar orden de reanudar el fuego contra la cabaña, pues las bocas de los poderosos rifles volvieron a lanzar sus llamaradas. La destrozada puerta parecía irse reduciendo a astillas bajo los disparos. Acabó por colgar de un gozne, y después este gozne desapareció.

-¡Salid de la choza con las manos en alto!-gritó el que parecía jefe de los malhechores.

Era un hombre bajo y delgado, pero tenia la apostura de un jefe natural. Por los retratos que figuraban en el archivo de la Quebrada del Buitre, Pete le reconoció como Johnny "el Culebrita", el bandido mestizo de indio.

Pete alzó su pistola y la apuntó hacia el jefe. De pronto bajó el arma. No quería matar a un hombre de aquel modo, aunque fuese un bandido. Por otra parte, de nada habría servido a Teeny y "Miserias".

Los dos comisarios lanzaban entonces una verdadera lluvia de plomo desde el zaguán de la cabaña incendiada. Se acercaba el momento en que tendrían que abandonar su refugio. Pero no sería con las manos en alto, como Johnny "el Culebrita" había ordenado. Seria con las manos empuñando sus 45, sin dejar de hacer fuego. Después, los rifles no tardarían en dar cuenta de sus vidas.

Había sólo una cosa que hacer. Y Pete Rice la hizo. Su inteligencia y su valor habían burlado a los bandidos una vez; sólo la imprudencia de sus comisarios había contrarrestado la ventaja de sus actos. Pete enfundó su pistola y se lanzó a la senda con las manos en alto.

-¡Salid de ahí, muchachos!-gritó a sus comisarios-. ¡Es Pete Rice el que os lo ordena!

Uno de los bandidos levantó su carabina y encañonó al sheriff. Johnny "el Culebrita" saltó con la agilidad de un gato y arrancó el arma de las manos de su subordinado. Después, Johnny avanzó hacia Pete.

-Bien venido, sheriff-le dijo en buen Inglés-. Ha sido usted más listo que nosotros, pero sus comisarios no lo fueron tanto. Ahora ya les tenemos a todos.

Dicho esto, arrancó las pistolas del cinturón de Pete. "Miserias y Teeny, al ver lo que sucedía, salieron precipitadamente de la cabaña. Fueron desarmados rápidamente. Hicks "Miserias" se sentía lleno de remordimientos.

Parecía pensar más en las censuras de Pete Rice que en su propia vida.

-¡Recoyotes; Si llego a saber lo que iba a suceder, jamás habría hecho aquellos disparos! Pero vimos correr tras de ti a tantos come-fríjoles que creí mi deber echarte una mano. Teeny no tiene la culpa. Ha sido sólo mía.

-Bien, ya sé que lo hiciste con la mejor intención, "Miserias"-le contestó Peto-. ¿Qué va usted a hacer con nosotros?-preguntó volviéndose a Johnny "el Culebrita"-. Supongo que querrá un poco más de broma antes de que le pongan la cuerda al cuello, cosa que sucederá tarde o temprano, no le quepa duda.

Johnny se echó a reír.

-Quizá ese sea mi final-dijo tranquilamente;-pero por el momento les voy a llevan a un rancho muy elegante. Allí verá usted cosas de mucho interés.

Le brillaban los negros ojos, y su labio superior, replegado hacia atrás, dejaba ver la blancura de sus dientes.

-¿Un rancho muy elegante?-repitió Pete, recordando lo que le había dicho el forastero-. ¿Se trata del rancho Cameron?

Johnny "el Culebrita" se mostró sorprendido, pero volvió a sonreír.

-Así es-contestó-. ¿Cómo lo sabe?

CAPÍTULO XX
EL VERDUGO

La sombría cabalgata avanzó lentamente por el rocoso desfiladero. Iban cayendo las sombras. La oscuridad de otra noche se extendía por el cielo. En el centro del grupo formado por los bandidos cabalgaban Pete Rice y sus comisarios. Iban con las ropas destrozadas y empapadas de sangre. La dura caminata de todo el día bajo el sol del desierto, y la amenaza de un terrible final no habían deprimido sus espíritus.

Pete Rice se daba cuenta del peligro que corrían él y sus hombres. La crueldad del renegado jefe indio prometía complicadas torturas.

Yaqui Kid se había unido a la cabalgata poco después del ataque a la cabaña incendiada. Era un hombre delgado, de unos veintitrés años. Llevaba sus lacios cabellos negros algo largos y atados con una cinta roja. Era, al parecer, el lugarteniente de Johnny "el Culebrita", que vestía y hablaba como un hombre blanco, pero cuyos actos mostraban a cada paso la crueldad y astucia indias.

A pesar de todo, Pete Rice no había perdido la esperanza por completo.

Había sonsacado a Yaqui Kid enterándose de que alguien-indudablemente el asesino misterioso-se ocultaba tras las depredaciones de los dos renegados indios.

-Yo no puedo decir nada-había contestado Yaqui Kid a la pregunta de Pete-. Si usted se entera de algo, será por boca del mismo gran jefe. Pero quizá no quiera mostrarse.- Y añadió, como arrepentido de haber dicho demasiado:-Es posible que yo mismo sea ese gran jefe.

-Lo único grande que tienes tú es el tamaño de tu cabeza-le replicó Pete-. No eres lo suficientemente listo para engañar a nadie, Kid. No te reconozco más mérito que el de saber matar a la gente honrada por la espalda.

Yaqui Kid se revolvió furioso y descargó al sheriff un puñetazo en la mandíbula. Se oyó detrás un rugido de rabia, avanzó un caballo, y el pequeño Hicks "Miserias" rodeó con sus brazos el cuello de Kid y le arrancó de la silla.

-¡Arrástrate por la hierba, culebrón!-gritó el barbero-. ¡Yo te enseñaré a golpear a la gente cuando tiene las manos atadas! ¡Te voy a patear la cara hasta que parezcas un chino!

Acto seguido se dispuso a ejecutar su amenaza. Debido a su aspecto inofensivo era el único de los tres prisioneros de la Quebrada al que no habían atado las manos. Sus menudos puños descargaron una lluvia de golpes sobre el cuerpo y la cara de Yaqui. Ambos habían conseguido ponerse de rodillas, y el bandido trataba de sacar la pistola. Tan grande era la furia de "Miserias", que no se percató de su propio peligro.

La cabalgata se detuvo bruscamente. Los bandidos saltaron de sus sillas, rodeando a los contendientes. "Miserias" se dio cuenta de que la huida era imposible, pero por el momento, no parecía interesarle otra cosa que aporrear a su enemigo.

Pete Rice vio que Kid estaba a punto de conseguir sacar el arma, y se dejó caer al suelo deslizándose por las ancas de su cabalgadura. Tenia las manos fuertemente atadas. No había

modo de romper las ligaduras de cuero, pero levantó la maza que formaban sus dos puños unidos y la dejó caer en espantoso golpe sobre la mandíbula del indio.

El puñetazo levantó al bandido un pie sobre el suelo, y antes de que sus secuaces pudieran acudir en su ayuda, Yaqui cayó hecho una pelota y quedó pacíficamente inconsciente de aquella tremolina.

Una docena de puños se abatieron a la vez sobre la cabeza de Pete Rice. Los enfurecidos bandidos trataban de dejarle fuera de combate, pero el sheriff supo salirse a tiempo del circulo de manazas contraídas. Johnny "el Culebrita" hizo en aquel momento avanzar a su caballo y gritó una orden.

-¡Dejad a ese loco!-dijo en su buen inglés-. Yo me ocuparé de él cuando lleguemos al rancho-. Y añadió señalando a "Miserias":-Atad también a esa sabandija.

Se adelantaron tres bandidos y levantaron a Yaqui Kid del suelo. Otros tres se arrojaron sobre "Miserias". Dos de ellos le sujetaron, mientras el tercero le ataba las manos con fuertes correas de cuero. Teeny Butler se había deslizado también de su caballo y se disponía a seguir el ejemplo de Pete Rice descargando golpes a diestro y siniestro.

-¡Detente, Teeny!-le gritó Pete-. No nos serviría de nada.

Uno de los defectos que encontraba Pete Rice a sus comisarios es que nunca tenían en cuenta las desventajas.

-Eres un impulsivo, "Miserias"-reprochó Pete suavemente al barbero-. Se necesita estar loco para armar esta jarana. Ya no encontraremos ocasión de poder escapar. Debiste dejar que Kid me golpease. Hay ocasiones en que los golpes son convenientes.

-Comprendí que hice mal cuando ya no había remedio-murmuró "Miserias" contrito-. Pero no pude resistir que ese cochino mestizo te tocase la cara. Llevaba una hora esperando la ocasión de arrancar una pistola a uno de estos peludos. Habría sido un buen medio para lograr escapar.

Pete sonrió, y silbó suavemente. Después de todo, lo sucedido había sido lo mejor. De haber realizado su plan el impetuoso comisario, ya estaría muerto.

Costó muchos tragos de tequila y además un buen cubo de agua arrojado sobre Yaqui Kid, para que el bandido recobrase el conocimiento. Como decía la gente de la Quebrada "cuando Pete Rice clavaba un clavo, no había quien lo arrancase de la madera".

Yaqui Kid se portó muy cortésmente después de su descalabro. Hasta llegó a sonreír al sheriff.

-Es usted muy hábil, señor-le dijo con voz melosa-. Ha demostrado usted que es más rápido con las manos atadas, que yo con las manos libres.

Pete Rice conocía a aquella gente. Un hombre blanco se habría dejado arrebatar por la ira. Un indio nunca se conducía así. Yaqui Kid esperaría su venganza... y se la tomaría lentamente, con refinada crueldad.

Una vez vueltos a los caballos, y atado Hicks "Miserias" aun más sólidamente que sus compañeros, la cabalgata reanudó su marcha por la senda. Salieron del desfiladero, cruzaron arroyos y torrentes, descendieron a un profundo valle, y escalaron una montaña. Tras atravesar una región cubierta de matorrales salieron a un estrecho sendero que ascendía serpenteado por la resbaladiza falda de unos riscos.

Sobre la cumbre se extendía una especie de parapeto de rocas por el que asomaba el largo cañón de un rifle. La luz de la luna, reflejándose sobre el acero, llamó la atención del sheriff aun antes de que Johnny "el Culebrita" gritase su consigna al centinela.

Se aproximaban al final del viaje. Pete sonrió tristemente. Las esperanzas de salvación eran tan escasas, que podían darse por perdidos él y sus comisarios.

El camino ascendía por uno de los lados del risco y se interrumpía finalmente ante una gran puerta de roble, que se abrió de par en par a un grito de Johnny. Los jinetes penetraron en

un patio, y los tres prisioneros se encontraron en lo que podía considerarse como una pequeña aldea.

Pero los únicos habitantes parecían ser hombres de torva mirada, cuyos rostros mostraban las marcas de muchas pendencias y las huellas de una vida de vicios y depravaciones.

Estaban en el rancho Cameron. Evidentemente, había sido construido por algún español en los lejanos días en que los descubridores se adentraban todavía por regiones inexploradas. Posiblemente su construcción era anterior a la fundación de la Quebrada. Había muchos edificios. La mayor parte eran de adobe y granito, al estilo español, con corredores, patios y corrales interiores. Una de las mansiones se componía de tres pisos. Alguno de los árboles que la rodeaban no contaría menos de cien años.

El suelo alrededor de la casa estaba pavimentado con bloques de granito.

Todo parecía proyectado con vistas a la duración y sin escatimar gastos.

Posiblemente aquello era obra de una legión de peones, poco más que esclavos. Construir tal vivienda en la época actual, no habría costado menos de un millón de dólares.

-Bien, ya estamos aquí-dijo Hicks "Miserias" a los bandidos-. ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Matarnos como a perros?

Johnny "el Culebrita" sonrió burlonamente.

-Nada de eso, amigo mío. A los perros se les mata con mucha facilidad. Un tiro... ¡bang!... y el perro queda muerto. No se merecen ustedes tan vulgar tratamiento.

Volvió a reír. Sus dientes largos y blancos semejaban los de un lobo. De pronto, como si se le hubiera ocurrido otra cosa, ordenó a uno de los guardianes que desatase las ligaduras que sujetaban a los prisioneros.

-Ahora ya puede usted luchar con las manos libres-desafió a Pete Rice, aunque la escolta continuaba apuntando al trío con sus revólveres, obligándoles a caminar delante.

El trío fue conducido a un edificio de adobes, de enrejadas ventanas y sólida puerta precedida de una reja de hierro. El edificio tenia solamente una habitación y estaba completamente al desnudo. Allí quedaron los tres representantes de la ley sumidos en las tinieblas. Chirrió el cerrojo de la puerta. Una rápida inspección, todo lo completa que permitía la oscuridad del lugar, demostró a Pete Rice que no había escape posible.

Pete quedó inmóvil en medio de las sombras. Nunca se había sentido tan desamparado en su vida.

-¡Prisión!-murmuró-. ¡Sin escape! ¡Y veinte probabilidades contra una de que nos torturarán por la mañana!

Más tarde, cuando se elevó la luna y penetraron sus rayos por entre los barrotes de la ventana, Pete Rice se convenció otra vez de que no había manera de escapar de aquella especie de prisión medieval. "Miserias" levantó la mirada hacia los dos gruesos barrotes de la ventana empotrados en el muro.

-¡Recoyotes!-exclamó-. Los españoles sabían construir bien sus cárceles. Si Dios no lo impide, patrón, mañana estaremos tan muertos como un ternero en un festín ¡pero al menos, no podemos decir que no hemos vivido una vida interesante!

-¡Cállate ya!-protestó Teeny Butler-. ¿No es este lugar bastante triste sin necesidad de que tú nos encojas el alma? En peores apuros que éste nos hemos encontrado. Pete discurrirá la manera de salir de él.

Pete Rice sonrió un poco forzadamente. El ser patrón tenia sus desventajas.

Y el serlo de dos comisarios como Teeny Butler e Hicks "Miserias" era exactamente como tener a su cargo dos criaturas. Todo lo esperaban de él, y ya le exigían hasta milagros.

-Me parece que en esta ocasión no os serviré de nada, muchachos. Los tres hemos mirado cara a cara a la muerte multitud de veces, y la continuaremos desafiando mientras

alentemos. Aprovecharemos cualquier ocasión de escapar, pero es cuestión de oportunidad. No hay que precipitarse. ¿Por qué no echamos un sueñecito?

Otros hombres habrían tomado la sugestión como una petulancia, pero no Teeny Butler y Hicks "Miserias".

-No es mala idea -convino Teeny-. Si voy a morir, no quiero morir cansado.

Se acurrucó en un rincón. La naturaleza de Teeny no conocía el insomnio.

Dos minutos después sus ronquidos atronaban el calabozo. "Miserias" se acostó junto a Teeny. El barberillo no tenía el sueño tan fácil como su compañero de comisariato. Tenía, en cambio, unas ganas terribles de charlar.

-Hace tiempo que no tenemos ocasión de hablar de este asunto, Pete-comenzó diciendo-. Yo no he cesado de pensar en él mientras esos coyotes nos traían aquí. El misterioso asesino de la Quebrada tiene seguramente un agravio del tamaño de un elefante contra el distrito de Trinchera. Todos los muertos o secuestrados eran autoridades, o estaban relacionados con alguna autoridad. ¿Se te ha ocurrido esto, Pete?

-Sí, por cierto-contestó el sheriff-. Era una bonita teoría... hasta que Hardpan Clegg fue encontrado muerto con los puntitos azules en la mejilla. Es desconsolador tener una hipótesis y que ésta estalle como...

El sheriff chasqueó los dedos. Acababa de ocurrírsele una idea.

-¿Por qué chasqueas los dedos, patrón? -preguntó "Miserias".

-OH, sólo por entretenerme-contestó Pete. Y añadió como hablando para sí:-¡Estaría bueno! ¡Estaría bueno!

-¿Has encontrado algún modo de escapar?-preguntó "Miserias" con la fe de un chiquillo.

-Sería más fácil descubrir una mina de oro en la calle principal de la Quebrada-contestó Pete, sombrío.

El sheriff se tendió sobre el suelo de tierra de su calabozo. Dicen que un solo guijarro puede dar origen a una montaña. Un solo pensamiento acababa de inundar de luz el cerebro de Pete Rice.

Pete Rice era conocido principalmente por su rápida puntería, por la contundencia de sus puños, y por su destreza en el manejo del lazo. Pero su cerebro era tan rápido como su mano y sus ojos. En cuanto se tendió sobre el suelo de la prisión y concentró un momento el pensamiento, le pareció ver con toda claridad la identidad del misterioso asesino de la Quebrada.

Desde hacia mucho tiempo lo venía sospechando. Era su costumbre no acusar a nadie sin pruebas, pero sí desconfiar de todos... menos de sus dos comisarios. Se reservaba, además, su opinión, aun tratándose de amigos tan íntimos como Teeny y Hicks "Miserias". Eran hombres de lucha y, como tales, no tenían rival en el distrito de Trinchera; pero la misma indignación que les producía la injusticia, les hacía a veces perder la cabeza.

Generalmente, cuando surge en el cerebro de un hombre una idea luminosa, este hombre se muestra jubiloso. Pete Rice, en cambio, parecía más melancólico que nunca tendido en el suelo de su calabozo, apilando pensamiento tras pensamiento.

¿De qué le servía ya su descubrimiento? ¿Cuál era la utilidad de conocer la identidad del misterioso asesino de la Quebrada cuando pasadas unas horas, él y sus hombres serían conducidos ante aquél monstruo para recibir la muerte y probablemente la tortura?

Oyó arrastrar de pies por el patio. Siguieron unas voces... voces alborozadas, en español, que salían de las gargantas de Johnny "el Culebrita" y de tres o cuatro de sus secuaces. Pete escuchó atentamente buscando un determinado tono de voz. No le descubrió. El monstruo no formaba parte del grupo.

Posiblemente enviaba a sus esbirros para hacer comparecer a los prisioneros ante su presencia. Aquella podía ser la única ocasión para él y sus comisarios de intentar recobrar la

libertad. Los bandidos les sobrepasarían en número, y vendrían fuertemente armados. Pero quizá no se atrevieran a disparar. El jefe no querría muertos a sus prisioneros. Desearía verles morir más lenta, más dolorosamente.

El sheriff se puso en pie y pellizcó suavemente a Teeny Butler. También aplicó un ligero puntapié a los riñones de "Miserias". Ambos comisarios se despertaron interrogándole con la mirada.

-¡Estad preparados, muchachos!-musitó Pete-. Vienen por nosotros. Vamos a atacarlos por sorpresa. Fingid que dormís y seguid roncando. Pero cuando yo me lance, ¡duro con ellos! ¡Patadas, puñetazos... todo! ¡No tenemos muchas probabilidades de ganar... pero es la única que se nos presenta!

No hubo tiempo para que los comisarios contestasen. Los malhechores estaban ya junto a la verja, y Pete oyó una nueva voz que hablaba-o más bien farfullaba en inglés. Era la del juez Granje.

Había una nota extraña en ella. La voz del juez Granje era profunda, sonora, vigorosa. Y había en ella un dejo suplicante y doliente, como de una criatura.

-¡Vaya si tendrá usted confites!-oyó Pete que decía Johnny "el Culebrita"-. ¡Hermosos confites! ¡Ricos y dulces!

-¡Hermosos confites!-repetía el juez Granje-. ¡Confites de menta!

La rabia hizo latir violentamente las sienes de Pete Rice, que estaba agazapado en la oscuridad. Era evidente que Granje había sido torturado.

Aquel privilegiado cerebro había sucumbido al dolor. Granje lloriqueaba como un idiota. Johnny "el Culebrita" y sus secuaces se estaban divirtiendo a costa del anciano jurista. Pete observó a través de la reja, sin cambiar de posición. Había seis hombres, Johnny rodeaba con sus brazos al juez Granje, que aparecía harapiento, esquelético y envejecido, a la luz de la linterna que sostenía uno de los forajidos.

Tres bandidos de puntiagudos sombreros, armados hasta los dientes, hacían centinela unos pasos más allá.

-Abre la puerta y encierra a este viejo chocho-oyó Pete que ordenaba Johnny al individuo de la linterna-. Ten cuidado. Las ratas que hay ahí son bastante peligrosas.

Pete cerró los ojos al sentir que un rayo de luz de la linterna penetraba por los barrotes de la reja y le iluminaba el rostro. Los ronquidos de Teeny Butler eran más ruidosos que nunca. Rechinaron unas llaves. Se descorrieron unos cerrojos. Los músculos de acero de Pete se encontraban prontos a entrar en acción.

-Métele de un empujón-volvió a ordenar Johnny "el Culebrita".

Giró la puerta de hierro, golpeó a Pete dolorosamente en el hombro, pero éste consiguió introducir por el hueco su botaza y la disparó con todas sus fuerzas. La linterna voló de las manos del bandido, y fue a hacerse pedazos sobre las losas del patio. Uno de sus compañeros disparó rápidamente por dos veces... Tan rápidamente que no atinó a Pete Rice y las balas fueron a estrellarse en los barrotes de la puerta.

Pete rodeaba ya con sus musculosos brazos el cuerpo de Johnny "el Culebrita" y le utilizaba como escudo. A pesar de sus trescientas libras, Teeny Butler saltó como una pantera por la puerta entreabierta. La maza de su puño se estrelló sobre el rostro de uno de los guardianes. El bandido cayó desvanecido.

El nervioso Hicks "Miserias" se había lanzado, a su vez, sobre un mestizo que pesaría posiblemente setenta libras más que él. Su voluntad era arrolladora, pero setenta libras son siempre setenta libras. El resultado fue que el bandido se lo sacudió como una pulga, le hizo retroceder de un empellón, y le descargó un puñetazo en plena mandíbula.

Pete había ya casi conseguido sacar el 45 de la pistolera de Johnny "el Culebrita" cuando toda una constelación de estrellas empezó a parpadear y evolucionar ante sus ojos. Le habían golpeado la cabeza con la culata de un revólver. Soltó su presa y se tambaleó.

Otro golpe le cogió en la sien, y el sheriff se desplomó sobre la destrozada linterna. El aguzado borde de un vidrio le arañó las manos. Sintió que iba a sumirse en la inconsciencia, pero trató de conservar los sentidos. Oyó un golpe sordo a su lado, y se dio cuenta, vagamente, de que Teeny Butler acababa de ser derribado, víctima de una lucha demasiado desigual. Oyó también la melosa voz de Johnny "el Culebrita", que parecía venir de muy lejos.

-Si llegaseis a matar a esos hombres, más os valdría haber muerto. ¡Tres contra cinco! ¿No os da vergüenza? ¡Pues sí que está uno bien defendido con vosotros¡. ¡Atad otra vez a esas ratas y metedlas en el calabozo!

Pete Rice sintió que unas manos rudas trataban de volverle boca abajo.

Braceó en el suelo como un chiquillo travieso, pero una patada en el costado le hizo cejar en su inútil resistencia. Perdió el conocimiento durante unos segundos y cuando lo recobró tenía las manos atadas. Unos cuantos mestizos le arrastraban hacía la prisión.

Tres hombres más se presentaron en escena. Dos de ellos llevaban linternas.

Todos iban fuertemente armados. El bandido que Teeny Butler había derribado de un golpe a la mandíbula estaba sentado sobre las losas del patio, frotándose la parte dolorida y mirando a su alrededor con ojos extraviados.

Pete luchó por desprenderse de las ligaduras que se le hundían en la carne.

-¿Volvemos a las andadas?-le gritó Johnny "el Culebrita"-. ¿Querías morir rápidamente, eh? Tu muerte va a ser un poco más lenta de lo que te figuras. Mira al que va a ser tu ejecutor.

El bandido señaló en dirección al juez Granje. El jurista estaba acurrucado en un rincón del calabozo, pasándose sin cesar la mano por sus escasos cabellos blancos. Posiblemente la vista de Pete Rice y sus comisarios había hecho brillar una chispa de cordura entre las cenizas de su inteligencia. Tenia fija la mirada en los prisioneros, como si tratase de recordar dónde había visto aquellos rostros. De pronto, el juez rompió a reír con risa histérica.

-Yo te sentencié a un año en la prisión del Estado de Florenze-dijo señalando a Teeny Butler.

Johnny "el Culebrita" soltó la carcajada ante los lastimosos desvaríos del desequilibrado anciano.

-El juez Granje fue un "as" sentenciando a la gente-dijo burlón:- Ahora le vamos a cambiar el oficio. De aquí en adelante será verdugo... ¡vuestro verdugo!

CAPÍTULO XXI
EL HERMANO DE LA MUERTE

Al principio, las palabras del bandido no se infiltraron en el brumoso cerebro de Pete Rice. Después se dio cuenta de que el infernal asesino se proponía añadir algunos toques de refinada crueldad al acto de su ejecución. El juez Granje, personificación de la honradez, del honor y de la respetabilidad, iba a ser el verdugo de los tres seres que habían contribuido con él, al mantenimiento de la ley en el distrito de Trinchera.

Johnny "el Culebrita" se sentó y empezó a fumar. Vio que Teeny se movía, y comprendió que había recobrado el conocimiento.

-Mira a ver si esa ratita ha vuelto también en sí-dijo a uno de sus secuaces.

El bandido se aproximó a "Miserias" y le despertó por el sencillo procedimiento de descargar un pisotón sobre su pequeña mano. El barbero se puso en pie instantáneamente.

-¡Cochino mestizo, hijo de un cerdo!-rugió-. ¡Suéltame las manos y verás cómo te arrancamos "la miseria" del cuerpo!

Johnny "el Culebrita" volvió a reír hasta casi desquijararse.

-Reunidlos a todos-ordenó a sus guardianes-. Les sacaremos afuera para enseñarles el “Hermano de la Muerte".

Los tres camaradas fueron obligados a sostenerse sobre sus vacilantes pies.

Uno de los mestizos les rodeó con un gran lazo y apretó bien el nudo. Los otros forajidos apoyaron sus 45 en las espaldas de los prisioneros.

-¡Adelante, ovejitas!-dijo Johnny insultante-. Vamos a presentaros al "Hermano de la. Muerte".

Pete se imaginó que el "Hermano de la Muerte" era una especie de máquina de tortura. Nunca la había visto, pero había oído hablar a antiguos amigos mejicanos de aquel "Hermano de la Muerte" que los antiguos rancheros empleaban para torturar y, a veces, para matar a los peones rebeldes.

Atravesaron el enlosado patio, dieron la vuelta a un destrozado carromato, y se encontraron ante lo que era evidentemente el' "Hermano dé la Muerte".

Una parte de la máquina era un molino de ruedas ordinario. Detrás del molino había una cámara semejante a una caja, rodeada de hierros de aguzadas puntas dirigidas hacia el interior.

-Mira a ver cómo funciona, Manuel-ordenó Johnny a uno de sus ayudantes.

El mestizo, un joven alto y delgado, saltó por encima del enrejado. Sus largas piernas se movieron con rapidez. El molino empezó a girar bajo sus pies. Funcionaba por el principio de la cadena sin fin, y, al mismo tiempo ponía en marcha un tambor al que estaban unidos unos engranajes. Estos engranajes se acoplaban en ángulo recto con otros situados en la cámara posterior. Las paredes cruzadas de puntas de aquella caja empezaron a aproximarse, muy lentamente.

El joven mestizo imprimió al mecanismo mayor velocidad. Las paredes de la caja continuaron aproximándose... más y más. Pete no necesitó otras explicaciones. Cuando aquellas paredes, movidas por los engranajes, llegasen a cierto punto, las aguzadas puntas se clavarían en las carnes del prisionero o prisioneros encerrados en la cámara. Pasarían así unos minutos de atroz tortura antes de que las paredes estuviesen lo suficientemente próximas para acabar con la vida de los condenados.

-¿Qué te parece?-preguntó Johnny encarándose con Pete.

-Es un bonito juguete-contestó Rice indiferente.

-Bueno, pues podrás entretenerte con él en cuanto amanezca-replicó "el Culebrita"-. Volvedlos a la prisión, muchachos. Atadles los pies antes de dejarlos solos. Permitid que descanse el viejo, pero atadle también. Está loco, pero nunca se sabe lo que puede suceder. Nuestro ilustre amigo y el juez Granje, hará funcionar el molino-añadió dirigiéndose a Pete a guisa de resumen.

Los guardianes no tuvieron la menor consideración con los prisioneros aquella vez. Pete fue liberado del lazo, y atado de pies. Siguió luego Teeny, y Hicks "Miserias" a continuación. Los tres fueron arrastrados hasta el calabozo, y arrojados al suelo como sacos.

El juez Granje fue atado también. No hizo resistencia alguna; probablemente ni siquiera se había enterado de lo que sucedía. Seguía gimoteando y pidiendo confites como una criatura.

Pete permaneció inmóvil en el suelo mientras los guardianes corrían los cerrojos y lanzaban un insulto final a los presos a través de la mirilla.

Después, el sheriff escuchó atentamente el sonido de sus pasos alejándose.

Continuó largo tiempo tendido de espaldas, conducta algo extraña en un hombre condenado a morir al amanecer. Al parecer, estaba ocupado en una especie de gimnasia. Elevó las piernas, las bajó, las volvió a levantar, las bajó otra vez... Pete prolongó estos extraños movimientos durante unos minutos.

Mostró de pronto su rostro un gesto de satisfacción al sentirse recompensado por un ligero tintineo en la dura tierra del suelo. Volvió a tenderse de espaldas y maniobró a su alrededor. Sus manos, fuertemente atadas por detrás, tropezaron al fin con un pequeño objeto afilado. Lo atenazó entre los dedos, y empezó a arrastrarse hacia Hicks "Miserias".

-¡"Miserias"!-musitó-. ¿Te sientes bien? ¿Puedes oírme?

-Oigo perfectamente, patrón-contestó el barbero comisario.

Pete cuchicheó rápidamente unas palabras en su oído.

El sheriff tuvo sus razones para obrar como un chiquillo rebelde cuando, allá en el patio, uno de los bandidos trató de volverle boca abajo. Al caer sobre los restos de la linterna y tropezar su mano con uno de los vidrios, se le ocurrió instantáneamente una idea. El revolcarse por el suelo como un chiquillo travieso sólo tuvo un objeto: ocultar uno de aquellos fragmentos de vidrio en el borde de su bota derecha. La extraña gimnasia a que se había entregado después, había hecho caer a tierra el precioso contrabando.

-Y ahora, "Miserias":-terminó-, siéntate con tu espalda apoyada en la mía.

"Miserias" lo hizo así. Lo hizo como la cosa más natural. Había visto a Pete Rice salir de tantas situaciones apuradas, que siempre esperaba algo por el estilo.

Pete agarró bien el pedazo de vidrio y, sentándose con la espalda apoyada en la de "Miserias", empezó a serrar las ligaduras de las muñecas del barbero.

Fue una labor lenta y penosa, dificultada aún más por la forzada posición. No podía ver sus progresos, pero sabía que cada roce del pedazo de vidrio les acercaba a la libertad. Finalmente dejó caer el precioso fragmento en el suelo, se echó de bruces y lo cogió con la boca. Lo dio vueltas entre las mandíbulas hasta que sus poderosos dientes hicieron presa en el lado más favorable, y utilizó de este modo durante un buen rato el improvisado cuchillo.

-¡Esto marcha bien, patrón!-le animó "Miserias"-. Otro poco... otro poco... ¡ya están!

El diminuto comisario puso todas las energías de su cuerpo en el tirón, y la roída correa saltó al fin. Fue sólo cuestión de pocos momentos el que Hicks "Miserias": desatase las ligaduras que sujetaban sus tobillos y libertase a Pete Rice y Teeny Butler.

-¡Eres el hombre más grande, patrón!-felicitó Teeny a su jefe, reprimiendo el entusiasmo que le impulsaba a alzar la voz-. ¿Y ahora qué hacemos?

Esto mismo era lo que Pete Rice se estaba preguntando. Estaba próxima la aurora. Los bandidos no tardarían en aparecer para llevar a los prisioneros ante el misterioso asesino. El sheriff se aproximó cautelosamente a la pared, bajo la ventana enrejada.

-Ayúdame a encaramarme ahí, Teeny-dijo a su comisario.

Teeny cogió a su patrón por los tobillos y lo levantó de modo que pudiera ver el enlosado patio iluminado por la luna. La mirada de Pete se sintió atraída por la destrozada carreta ante la que habían pasado, camino del "Hermano de la Muerte". Era una vieja carreta de bueyes, una reliquia de los lejanos tiempos en que el rico español que había hecho levantar aquellos edificios reinaba sobre sus ranchos.

Una idea iba tomando cuerpo en el cerebro del sheriff. Sabía por larga y penosa experiencia, que un sheriff en apuros tenía que actuar como un director de escena a quien había conocido en el "Palace Theater" de la Quebrada. Durante uno de sus raros períodos de ocio, Pete había tenido ocasión de presenciar los ensayos de una compañía teatral a las órdenes de aquel director. Cada mueble de la escena era tenido en consideración.

Si un actor tenía que dirigirse a una puerta, se sabía de antemano los pasos que tenía que dar para llegar a cierto sitio. Nada se dejaba al azar. Y todos los cuidadosos detalles tenían por único fin, el representar una comedia que entretuviese a la concurrencia.

Quizá Pete Rice y sus comisarios se viesen obligados también a montar un escenario en el cual sus vidas responderían del olvido de cualquier detalle.

Por eso Peto Rice dedicaba tan especial atención a la carreta de bueyes. El patio podía convertirse en escenario de una horrenda lucha, y la carreta en un elemento de su tramoya que desempeñase una parte importante en el drama.

Su penetrante mirada recorrió todo el patio, casi tan grande como la plaza de una ciudad, y se detuvo en la magnífica mansión y en las pecanas y robles que la rodeaban. El patio estaba flanqueado en tres de sus lados por edificios de adobe de un solo piso. Había cuatro entradas a él. En el lado sur se levantaban dos pabellones, que Pete creyó destinados a alojar los centinelas que vigilaban el paso a aquel extraño rancho.

Por mucho que les favoreciese la suerte a él y sus compañeros, Pete comprendió que nunca conseguirían llegar a aquel paso, a menos que rindiesen al ejército de bandidos que defendía el fuerte de la montaña. Pete indicó a Teeny que le bajase. Teeny lo hizo así. En cuanto se encontró en el suelo se encaró con sus comisarios.

-Me satisface-les dijo-, que seáis unos petimetres. Los petimetres gastan tirantes de fantasías.

-¿Qué tienen que ver los tirantes con lo que nos pasa, patrón?-protestó Teeny.

-¡Nada!-replicó Pete-. ¡Pero los cinturones, sí! Quitáoslos inmediatamente.

CAPÍTULO XXII
¡LA OCASIÓN!

Faltaba todavía una hora para el alba cuando se oyó arrastrar de pies sobre las losas del patio. Eran los secuaces del misterioso asesino que iban en busca de los tres hombres para llevarlos al suplicio.

Pete Rice calculó su proximidad por el sonido de las pisadas. Teeny Butler y Hicks "Miserias" se aproximaron a su jefe.

-Recordad, muchachos-les advirtió Pete-, que esta es nuestra única probabilidad de salvación. Quizá no logremos nuestros propósitos, pero, al menos, escaparemos de la tortura. Vienen cinco o seis-añadió, tras escuchar otra vez-. Supongo que traerán los revólveres en la mano. Sólo tenemos una ventaja: que no sospechen que estamos desatados.

Los rayos de las linternas culebreaban sobre las losas del patio cada vez más cerca de la prisión. Pete Rice se acurrucó junto a la pared, con las manos atrás y las piernas dobladas, como si todavía estuviera atado.

Teeny Butler se aplastó contra el muro, junto a la puerta. No podía ser visto desde el exterior. Hicks "Miserias" completó el cuadro tendiéndose en el suelo para atraer la atención de los bandidos. Los cinco forajidos llegaron al calabozo. Uno de ellos levantó su linterna a la altura de la mirilla de la puerta y miró al interior. "Miserias" no le dio ocasión para que localizase a sus dos compañeros.

-¿Qué os proponéis hacer ahora, rebaño de carneros sarnosos?-rugió el pequeño comisario-. Cinco de vosotros no sois suficientes para manejarnos. ¿Os figuráis que somos bocado fácil porque nos tengáis atados de pies y manos?

Su desafío y las amenazas desvanecieron las sospechas del bandido que sostenía la linterna.

-Hablas muy fuerte, camarada-le dijo en español-, pero pronto chillarás más fuerte todavía.

La luz de la linterna se enfocó sobre Pete Rice. Tenia los brazos apoyados contra la pared, y las piernas en tensión, prontas a dar el salto, pero su postura parecía completamente natural. El bandido rió despectivamente. La llave rechinó en la cerradura. La puerta giró sobre

sus goznes. Antes de entrar, el malhechor, cuyo rostro parecía más cruel a la luz de la linterna, se volvió a dos de sus camaradas.

-Entrad detrás de mí-les dijo en español-. Tened las pistolas preparadas. Si intentan algo, disparad... pero sólo a herir. El gran patrón ha dicho que los quiere ver morir lentamente.

El hombre que acababa de hablar entró en el calabozo. Hicks "Miserias" hizo llover sobre el bandido todos los insultos y amenazas de su abundante repertorio. Al bandido pareció regocijarle aquello.

-Mucho hablar es para un cuerpecillo tan pequeño... -empezó a decir.

¡Crack! ¡Bang!

Algo culebreó junto a la puerta. Vomitó una llamarada el revólver del bandido. El arma había sido directamente apuntada a Hicks "Miserias", que rodó hacia la derecha, mientras el 45 volaba hacia la izquierda arrancado de la zarpa del malhechor.

Fue el largo cinturón de Teeny Butler el que había salvado la vida del pequeño comisario. El corpulento defensor de la ley lo había utilizado como un látigo, después de desgarrarle en dos tiras empleando sus fuerzas de toro.

El extremo de aquel látigo improvisado se había enroscado en el cañón del Colt. El bandido, instantáneamente consciente del peligro, había disparado el arma, pero el rápido tirón de Teeny desvió la puntería. La bala fue a clavarse en el muro opuesto.

¡Juisss! Algo surgió disparado de la mano de Pete Rice, mientras éste daba un salto hacia adelante. Era también un cinturón. Pero ese cinturón estaba unido a una cuerda tejida con tiras desgarradas de la camisa de Pete.

La correa pasaba por la hebilla formando un lazo, y al otro extremo iba unida la cuerda. Pete Rice era considerado en todo el distrito de Trinchera como el mejor lanzador de lazo. Su habilidad no le falló entonces. El cinturón cayó sobre la cabeza del segundo bandido. Pete dio un rápido tirón. El cinturón, actuando como lazo, se apretó alrededor del cuello del forajido.

El hombre lanzó un grito ahogado. Su 45 empezó a escupir llamaradas. La primera bala se clavó en el suelo. La segunda, dirigida más deliberadamente, pudo atravesar a Pete de no haber éste hecho tambalear al pistolero con un nuevo tirón. Acto seguido, un derechazo del sheriff envió al mestizo al suelo.

Un instante después Pete tenía su revólver en la mano.

Hicks "Miserias" se había apresurado a coger el arma arrancada de las manos del primer bandido por el látigo de Teeny. Un tercer malhechor penetró en el calabozo. "Miserias" le descerrajó un tiro. Y aun disparó dos veces más para estar más seguro. Dos agujeros perforaron la frente del desgraciado. Estaban tan juntos, que una moneda de níquel habría bastado para ocultarlos, el malhechor cayó de bruces, muerto.

-¡Ya tengo el mío!-gritó Teeny Butler, arrojándose sobre el cadáver para arrancarle el 45. En el mismo instante sonó una detonación en la reja. Una bala le rozó la oreja izquierda. Los tres compañeros se aplastaron contra la pared más próxima a la entrada. Una mano asomó por entre los barrotes apuntándoles un revólver.

¡Crack!

El látigo de Teeny Butler entró de nuevo en funciones. El arma se desprendió de la mano. El bandido a que pertenecía huyó lanzando gritos de terror. Pistol Pete Rice se lanzó hacia la reja entreabierta. El bandido restante se batía en retirada. El miedo, más bien que el valor, le hizo rozar el gatillo de su revólver. Rasgó la oscuridad una llamarada. El nervioso disparo erró su blanco. Y antes de que el pistolero pudiera disparar otra vez, Pete le apuntó cuidadosamente e hizo fuego. El bandido dejó caer el arma. Su mano izquierda se dirigió a su puño derecho perforado.

Hizo una mueca de dolor y se arrojó a tierra. Salían ya, en torrente, por la puerta de la mansión docenas de forajidos.

-¡Duro con ellos, muchachos!-gritó Pete a sus comisarios-. ¡Quitad las cartucheras a los caídos! ¡Necesitamos despachar a estos coyotes muchos billetes para Boot Hill!.

Se agazapó junto a la puerta y contuvo a los atacantes mientras sus comisarios se abrochaban a las cinturas las cartucheras de los vencidos.

Después, Pete hizo lo mismo con la del que tenía más cerca. Al hacerlo, se le ocurrió una idea. Cogió el sombrero del mestizo, le despojó de su "serape"-banda ancha y de llamativos colores y se lo puso sobre los hombros.

-¡Disfrazaos con las prendas que podáis!-dijo a sus comisarios-. Tenemos que llegar a aquella casa. El asesino nos estará esperando allí.

Extrajo nuevos cartuchos de su cinturón y los introdujo en su 45. Lanzó una rápida mirada sobre el juez Granje, que continuaba gimoteando en su rincón.

Allí se encontraría seguro. Si el trío triunfaba, volvería a buscar al viejo jurista. Pero entonces había que obrar con rapidez. Unos cuantos segundos podían significar la vida o la muerte. Pete retrocedió de espaldas hacia la puerta. Sus hombres hicieron lo mismo. Dispararon una granizada de tiros inofensivos contra el muro del fondo de la prisión. Después giraron sobre sí mismos y atravesaron el patio corriendo. Los sombreros de puntiaguda copa y los vistosos "serapes" les disfrazaban suficientemente en la oscuridad.

El sheriff unió sus gritos a los de los bandidos, ya reorganizados, que corrían en avalancha hacia la prisión.

-¡Les hemos dejado arreglados, amigos! !Ya no nos molestarán más!

Su acento español era perfecto. Largos años de residencia en la frontera le habían familiarizado con aquel lenguaje. Siguió corriendo hacia la carreta abandonada, seguido de sus hombres. Sabia que el descubrimiento de su estratagema era sólo cuestión de segundos.

Los bandidos, en efecto, no tardaron en desengañarse y empezaron a lanzar plomo sobre el sheriff y sus comisarios. Una bala atravesó el "serape" que pendía del hombro de Rice en el momento de ir a guarecerse detrás de la carretera. Atrincherados allí, los tres representantes de la ley podían hacer gran matanza en sus enemigos, en caso de que no se rindiesen.

-¡Arrojad al suelo las armas!-les gritó Pete-. ¡Podemos cazaros como conejos, y no queremos exterminaros!

Pero era evidente que los bandidos querían exterminarlos a ellos. El tiroteo adquirió a los pocos momentos salvaje intensidad. Algunos de los forajidos habían llegado ya al muro de adobes. Se aproximaban corriendo de edificio en edificio, protegidos por las sombras. Pete se dio cuenta de que su intención era rodear la carreta para acribillarlos a balazos. Se trataba, pues, de elegir entre sus vidas o las de los bandidos.

-¡Muy bien, puesto que lo quieren, duro con ellos!-gritó el sheriff a sus comisarios.

No quería matar. Nunca lo hacía, si podía evitarlo. Pero aquellos malvados eran carne de horca. De ser capturados, morirían en la cuerda. Ya les había advertido. ¿Preferían luchar? ¡Pues, adelante!

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El tronar de sus armas produjo instantáneos resultados. Un mestizo que había conseguido llegar hasta un sitio desde donde podía lanzar sobre el trío el fuego mortífero de sus revólveres cayó fulminado. Pete le alojó una bala en la frente.

Las armas de los comisarios no cesaban un momento de lanzar plomo en otras direcciones. De la parte de sus enemigos les llegaba también una lluvia de proyectiles, que tamborileaban en las guarniciones metálicas de la vieja carreta. Los tres camaradas recargaron sus revólveres por turno. Podrían resistir así algún tiempo. La carreta era una protección excelente; he aquí por qué Pete Rice la había elegido para atrincherarse. Sin embargo, al sheriff le preocupaba la posibilidad de hacer una salida hacia la mansión. Si el misterioso jefe veía que sus hombres llevaban la peor parte, procuraría escapar.

¡Ba-ram!

Una bala pasó silbando junto a la cabeza de Pete... por detrás. Un forajido se había agazapado junto a un pilar de adobes. El individuo había penetrado en una de las casas y había salido al patio por la parte trasera. Su posición significaba un serio peligro para el trío de la Quebrada.

Pete le apuntó cuidadosamente y disparó. Fue bastante. El hombre, desesperado, se dobló por la cintura y quedó inmóvil.

-¡Vamos, muchachos!-gritó a sus compañeros.

Saltó fuera de la carreta. Había habido unos segundos de tregua en el tiroteo, pero comenzaba ya otra vez. Tres hombres les disparaban desde las ventanas.

Pete avanzó corriendo en zig-zag para hacer su blanco más difícil. Sus comisarios le siguieron, sin cesar de disparar.

-¡No malgastéis el plomo!-les gritó Pete volviendo la cabeza.

Pasó por entre dos bandidos caídos. Zumbaban las balas a su alrededor. Una le rozó el brazo. Fue la que le pasó más próxima, pues iba poniendo en práctica su viejo ardid de calcular el viento y la trayectoria. Los señoriítos del Este se ríen al oír hablar de esta estratagema. Les parece imposible a los familiarizados con las prácticas de la balística. Pero Pete Rice debió muchas veces su vida al conocimiento de tal ciencia. Una bala camina a razón de unos doscientos pies por segundo. Un hombre, ágil y en buen estado, recorre unos veinticinco en el mismo tiempo. Lo demás es cuestión de matemáticas.

Uno de los bandidos, a quien Teeny Butler le había atravesado las piernas, consiguió incorporarse apoyándose en un codo. Apuntó su 45 directamente a Pete. El sheriff lo había pasado ya y estaba de espaldas.

-¡Crack!

Restalló el improvisado látigo de Teeny. Su punta arrancó el arma de la mano del bandido herido. Los tres camaradas siguieron corriendo a través del inmenso patio. Pete volvió la cabeza y vio que los tres mestizos, ocultos tras los adobes, habían salido de su refugio. Disparó dos veces y derribó a uno.

Los comisarios hicieron fuego también. Los bandidos retrocedieron para resguardarse otra vez.

Los malhechores, que se habían refugiado entre los árboles que rodeaban la casa, empezaron a disparar sobre el trío de la Quebrada. Los atacantes se habían situado muy a la derecha. El sheriff y sus comisarios contestaron cumplidamente y viraron hacia la izquierda. Los asesinos retrocedieron chasqueados.

Un hombre surgió, de pronto, por la puerta de la mansión y trató de llegar al pabellón de adobes situado a la izquierda del patio. No podía vérsele bien el rostro, pero era inconfundible su peculiar manera de correr.

¡Garnel "el Jorobado" era el que acababa de salir de la casa!

-¡Que me maten si no es Garnel!-gritó Teeny Butler.

-¡Déjamelo a mí!-contestó alborotado Hicks "Miserias", apuntando su revólver al hombre que huía.

Pete se volvió y desvió de un golpe el arma del barbero antes de que disparase. Casi simultáneamente sonó la detonación, pero la bala fue a perderse hacia el sol naciente.

-¡No dispares!-gritó Pete-. ¡Garnel no es el asesino!

Los comisarios le miraron mudos de sorpresa, pero no había tiempo para explicaciones y continuaron corriendo detrás de Pete hacia la parte posterior de la casa. Pete penetró por la puerta trasera antes de que los bandidos pudieran acudir a impedírselo con su plomo. "Miserias" y Teeny entraron pisándole los talones.

La puerta daba a una especie de despensa de la cocina; otra comunicaba con la cocina misma. Un hombre esperaba allí a los no invitados huéspedes.

¡Bang! ¡Bang! Vomitaron llamas dos revólveres. Las balas habrían terminado su trayectoria en el pecho de Pete Rice si éste no hubiese visto a su agresor una fracción de segundo antes de que apretase el gatillo. El sheriff cerró la puerta de golpe y se dejó caer al suelo. Sus comisarios se apresuraron a imitarle. Las balas perforaron los gruesos paneles por encima de las cabezas del sheriff y sus comisarios.

Pete se incorporó y movió el tirador. Después volvió a arrojarse rápidamente al suelo. El bandido acribilló la puerta a balazos a la altura del pomo. Pete contó los disparos, y oyó por fin el clic de los percusores sobre las cápsulas vacías. Aquello era lo que esperaba. Se puso en pie de un salto, abrió la puerta de un empujón y se lanzó al interior de la casa.

El bandido dejó escapar un rugido de rabia. Les arrojó sus 45, pero Pete había previsto aquella acción y le fue fácil esquivar el golpe. La explosión de rabia del bandido se cambió en terror. El mestizo echó a correr. Pete le alcanzó y le derribó de una zancadilla. El bandido aullaba como un perro azotado. De pronto, se puso en pie de un salto esgrimiendo un cuchillo.

El puño izquierdo de Pete se curvó en un pequeño arco. El golpe iba cargado de dinamita que estalló sobre la punta de su barbilla... y esto fue todo. La mandíbula del miserable quedó fracturada. Desde aquel momento tendría bastante con cuidarse de sí mismo.

-¡Adelante!-apremió Pete a sus hombres-. Tened mucho cuidado. El monstruo que buscamos está en la casa. Estoy completamente seguro. Pero es hombre astuto y me atrevo a apostar que no se dejará atrapar tan fácilmente.

Entraron en la habitación inmediata con toda clase de precauciones. Era un salón de banquetes, aunque no había sido utilizado para tal fin desde hacía muchos años. No había nadie allí que se opusiera a su paso. Ni tampoco encontraron alma viviente en el primer piso. Todo estaba en silencio.

¿Por qué?

Pete Rice se sentía intrigado. El lugar era una madriguera de bandidos. Estos sabían que les tres defensores de la ley habían entrado en la casa. ¿Por qué no les perseguían? Pete creyó que encontraría la respuesta en algún lugar de la misteriosa mansión. Posiblemente a los bandidos les estaba prohibido entrar en el edificio por el siniestro asesino que la habitaba.

Recorrieron cautelosamente todas las habitaciones del primer piso. Se detuvieron a escuchar. No se oía ruido alguno que indicase la presencia de un hombre.

El segundo piso era una colmena de habitaciones. Los tres camaradas emplearon largo tiempo en explorarlas todas. El destrozado moblaje estaba cubierto de una espesa capa de polvo. Aquello estaba considerado como un rancho de lujo, de placer... pero seguramente el más tolerante de los petimetres se habría ofendido con la inmundicia amontonada allí.

-Subamos al otro piso, muchachos-dijo Pete en voz baja.

Treparon por las escaleras hasta el piso superior.

-Quizá yo esté equivocado, pero lo dudo-dijo Pete-. ¿Por qué, si no, tienen miedo esos bandidos de entrar en una casa vacía? A los veteranos del crimen no es fácil que les asuste la idea de una mansión encantada. Apuesto a que no tardaremos en conocer a nuestro amigo el misterioso fantasma.

Se oyó golpear una puerta en el piso superior. Pete se lanzó escaleras arriba, sin intentar apagar los pasos. Había llegado el momento decisivo. Estaba dispuesto a quemar toda la pólvora.

El piso superior estaba a oscuras; sólo se escapaba una línea de luz por debajo de una puerta, al final del pasillo. Pete avanzó más cautelosamente, haciendo seña a sus comisarios de que se quedasen detrás.

-¡Salga inmediatamente quienquiera que esté ahí!-gritó.

Se aproximó a la puerta y agitó el tirador. Era preciso correr el riesgo de recibir un balazo. La puerta estaba cerrada. Pete reflexionó un momento.

Después se encogió de hombros. Se había jugado el todo por el todo muchas veces, y siempre había ganado. Iba a jugárselo una vez más. Retrocedió unos pasos. ¡Crach! Se arrojó contra la puerta con toda la energía de su musculoso cuerpo. Los tableros saltaron en astillas, se combó el marco, pero la cerradura siguió resistiendo.

-¡Necesitamos un buey para derribarla exclamó Teeny.

No se oía el menor ruido dentro. El silencio era más amenazador que un desafío. Teeny saltó hacia adelante. "Miserias" le secundó con sus ciento veinte libras de peso. Los comisarios no querían dejar correr a su patrón un riesgo como aquél sin ayudarle hasta el límite.

Chocaron a un tiempo los tres cuerpos. Crujió la madera. La cerradura cedió.

La puerta quedó abierta de par en par. La terrible embestida hizo caer a los tres camaradas al suelo.

CAPÍTULO XXIII
EL ASESINO

Pistol Pete Rice se puso en pie instantáneamente. Empuñaba ya su revólver, pero se encontró encañonado.

Estaban en una habitación acorazada. Había varias ventanas a la izquierda, y cada una tenía una plancha de hierro que podía deslizarse a lo largo del marco. Sobre las ventanas, unas torrecillas dominaban todos los ángulos de la mansión. Evidentemente aquella fortaleza había sido construida por el misterioso criminal en previsión de que algún día se viese atacado.

Sobre la pared del fondo había muchos bastidores, y en cada uno un rifle de gran potencia, arma temible, capaz de volar la cabeza de un hombre de un solo disparo.

Frente a aquellos bastidores se levantaba una cámara de acero, que el sheriff supuso contendría armas más pequeñas y, posiblemente, municiones.

Coronaba la cámara una plancha de metal, por una de cuyas ranuras asomaba el largo cañón de un rifle automático. Próximo a la ranura había un agujero no mayor que una moneda de níquel. No había duda de que el hombre oculto en la cámara acorazada estaría observando a los tres hombres a través del orificio.

-No quiero matarle a usted... todavía-dijo una voz suave desde el interior de la cámara-. Arroje sus armas, sheriff Rice, y ordene a sus comisarios que hagan lo propio. Yo esperaba que esto llegaría a suceder. Casi lo estaba deseando. Por eso dejé levantada la plancha de hierro de la puerta... ¡para que pudieran ustedes derribarla fácilmente!

Los comisarios se miraron uno a otro asombrados.

-¡Eso no es posible!-dijo Teeny en un tono de voz que revelaba su completa incredulidad.

-Lo encontrarán ustedes completamente posible si no arrojan las armas-replicó la voz, ya un poco alterada-. No intenten ninguna estratagema. Estoy bien pertrechado, y puedo acribillarles sin el menor peligro para mi persona.

Pete Rice dejó caer su 45 al suelo e hizo seña a sus hombres para que le imitasen. Estos lo hicieron así de mala gana.

-Ahora empújelas hacia mí-dijo la persona que se ocultaba en la cámara.

De nuevo obedeció el sheriff.

-Y ahora, caballeros-continuó la voz-, vacíen todos sus bolsillos. Vuélvanlos del revés. Creísteis que era vuestro amigo, pero yo siempre os he despreciado por ser autoridades y ejecutores de la ley. Sin embargo, admiro vuestras proezas. Y como os tengo donde os quería

tener, no quiero correr el riesgo de que se vuelvan las tornas. ¡Hagan lo que les digo! ¡Vacíen sus bolsillos!

Pete tuvo que hacer un gran esfuerzo para borrar una sonrisa triunfal de su rostro. Volvió del revés sus bolsillos, fingiendo la mejor buena voluntad. Sus enfurruñados comisarios obedecieron también la orden de la voz misteriosa, con gesto de escolar que se vacía los abultados bolsillos para sufrir la reprimenda del maestro.

Cuando la operación hubo terminado, el trío de la Quebrada levantó sus manos como se les había ordenado hacer. "Miserias" rechinaba los dientes y pateaba como un toro que escarba la tierra.

El hombre misterioso salió de la cámara acorazada empuñando en cada mano un revólver automático de ocho tiros.

¡Era el doctor Dorn!

Mostraba su rostro una vanidosa sonrisa de triunfo, y su boca una mueca de cruel jovialidad.

-Ya lo veis, caballeros-dijo-. ¡Era el viejo doctor el que hacía llover tantas desdichas sobre la Quebrada del Buitre! Soy un hombre muy vanidoso, mis queridos amigos. Mis métodos son muy complicados, ¿no es cierto? Geniales, los llamaría y sus resultados están a la vista. Jamás olvidé un detalle. Por ejemplo, habrán ustedes advertido que existe una plancha de hierro que puede

deslizarse sobre la puerta. No la utilicé. ¿Por qué?

Dorn rió entre dientes.

-Porque quería que tan estimados defensores de la ley pudieran echarla abajo, como así sucedió. Fue para mí muy divertido el veros entrar dando traspiés y contemplar vuestra sorpresa ante el rifle que os encañonaba..

Dorn volvió a reír; había una nota demoníaca en su risa.

-Y posiblemente os intrigará por qué mis hombres no han entrado en la casa.

El criminal señaló hacia uno de los rifles automáticos alineados en la pared.

-Saben muy bien que volaré la cabeza del primero que pise mis umbrales, excepción hecha, claro está, de los que forman mi guardia. Para esos mastuerzos soy el amo. No es difícil tener en un puño a una banda de estúpidos desalmados.

El vanidoso doctor dirigió una penetrante mirada a Pistol Pete Rice.

-¡Sheriff!, Me parece que usted ya empezaba a sospechar de mí, ¿no es cierto?

Pete había guardado silencio en espera de que Dorn se emborrachase a sí mismo con su vana jactancia. Entonces quizá pudiera cogerle desprevenido.

En aquel momento no había, más remedio que contestar a la pregunta del maniático homicida.

-A decir verdad, Dorn-dijo lentamente-, era usted demasiado enemigo para mí. Tuve vagas sospechas, pero no me convencí. Los impresos de las recetas me dieron la clave.

-Pues con ellas atraje a usted a mis garras-dijo Dorn.

-Manchó usted de sangre las que dejó en la senda-le recordó Pete-. Y olvidó usted una cosa. Usted siempre llevaba esos impresos en el bolsillo del pecho de la americana, encima del corazón. En seguida me extrañó el detalle. De haber sido herido, no habría estado usted en condiciones de dejarnos el rastro. En todo lo demás, ha estado usted muy hábil, lo confieso. Llegó usted hasta el extremo de herirse a sí mismo después de matar a Mart Dunlow. ¿No es cierto que fue usted?

-Sí. No pude menos de salvar a Clint Billings cuando usted me lo trajo. Tenía que causar una impresión... alejar de mí toda posible sospecha.

-Pero cuando se trató de salvar a dos hombres en una sola noche...-empezó Pete a decir.

-Sí, aquello era demasiado para mi sentido de la proporción, después de haber trazado tan cuidadosamente mis planes... Incluso el ataque al poblado por Yaqui Kid y Johnny "el Culebrita". Por eso maté a Dunlow de un tiro y me causé a mí mismo una herida: me deshice de un enemigo, y despisté al mismo tiempo.

Un extraño hubiera creído que Pete y el asesino estaban sosteniendo una charla agradable. El doctor Dorn, en efecto, parecía disfrutar mucho. Se sentía orgulloso de su obra.

-Soy un hombre riquísimo, caballeros-prosiguió el doctor-. Pero no hice mi fortuna en la Quebrada del Buitre. Empleé en ella parte de mi dinero en obras caritativas para crearme una reputación. Diez años duró la farsa. Lo hice bien, ¿no es cierto?

Hicks "Miserias" no pudo resistir más.

-¡Miserable coyote, reptil, asesino!-estalló-. Si yo pudiera...

Pete Rice calmó la ira de su encolerizado comisario con una sola mirada.

Quería que el maniático homicida siguiese charlando. Tenía, sus razones.

-Mi dinero procede de este rancho-prosiguió diciendo Dorn, sin ofenderse por los insultos del comisario-. Del rancho de placer Cameron. Atraje aquí a ricas personalidades del Este con profusión de anuncios pomposos. Después los asesiné para apoderarme del dinero que traían. He estado haciendo esto durante más de diez años. Mi talento me proporcionó siempre los medios de eludir toda investigación.

"Mi nombre es Cameron, amigos míos... Reed Cameron. Mi padre acostumbraba a operar en el territorio conocido ahora como el distrito de Trinchera...

El doctor recalcó estas últimas palabras. Había cierta amargura en su tono.

-Pero estas operaciones cesaron ha largo tiempo. ¡Y cuando cesaron, amigos míos, Reed Cameron, hijo, vivió solamente esperando el día en que poder tomar sangrienta venganza del país que ejecutó a su padre!

Dorn explicó que su padre había sido un "fuera de la ley"-de los más valientes, afirmó con orgullo-y que, al fin, había sido preso y ahorcado en el distrito de Trinchera.

El joven Dorn era entonces un mozalbete de quince años, aprovechado aprendiz de las malas artes de su progenitor, y presenció su ejecución sin poder evitarla.

-Esto fue hace treinta años-terminó Dorn-, y he esperado todo ese tiempo, para trazar mis planes y realizar mi venganza. ¡Distrito de Trinchera! ¡Bah! ¡Le odio! ¡Odio a sus autoridades! Bob Dale marchó primero. Después Sam Hobart. Su padre era sheriff en la época de la ejecución del mío. Luego Dunlow. ¡Todos autoridades del distrito de Trinchera! A Billings le tocará su turno más tarde... cuando haya terminado con usted y sus comisarios, Rice. Y, en cuanto al juez Granje... ¡ya le ha visto!

Dorn iba exaltándose con sus explicaciones. Estaba orgulloso de su habilidad como criminal. Todos sus planes no habían tenido otro objeto que sembrar el terror. Personalmente, no tenía nada contra Garnel "el Jorobado", explicó, pero había dispuesto las cosas de manera que todas las sospechas de los asesinatos cayesen sobre él.

Más tarde se desharía del jorobado, se jactó el doctor. Garnel había sido secuestrado, cazándole a lazo desde el tejado de la casa de adobes, la noche en que Hicks "Miserias" fue golpeado mientras conducía a Garnel a la prisión. Pete Rice sonrió para sus adentros. Ya hacía tiempo que había sospechado aquel hecho.

-¡Garnel escapó de mi rancho, y volvió de nuevo!-siguió explicando el doctor-. Creo saber la causa. Creyó que, si capturaba al asesino, se convertiría en el héroe de la Quebrada. Yo hice que mis hombres le sometiesen a la tortura, como acababan de hacerlo, con el juez Granje. El juez enloqueció, pero Garnel fue menos sensible. Fingió que estaba loco, y escapó de la casa.

Dorn explicó también cómo había organizado la fuga de Diamond Joe Storm de la prisión, sobornando a unos carceleros que le dejaron escapar oculto en el tanque de la basura. Con completa naturalidad, el doctor confesó al sheriff que se había visto obligado a matar a

Storm porque le había amenazado con denunciarle si no le entregaba una suma de dinero mayor de la convenida.

Las amenazas que había lanzado el condenado en el acto del juicio, de acabar con todas las autoridades del distrito de Trinchera, habían sido la causa de que Dorn decidiera utilizar al malhechor. Avrila había sido sacrificado por Dorn meramente para evitar que el mestizo pudiera revelar hechos que le comprometían.

-Queda una muerte que no ha mencionado usted todavía-recordó Pete al maniático-. La de Hardpan Clegg.

El doctor se echó a reír.

-¡Sí! ¡Sí! Ahora recuerdo su teoría de que el culpable tenía evidentemente algún rencor contra el distrito de Trinchera. ¡Ah! ¡Se estaba usted acercando demasiado a la verdad, Pete Rice! Para que fracasase su hipótesis maté a Clegg... un individuo que no tenía relación oficial alguna con el distrito de Trinchera. Una muerte más no significaba nada para mí.

Pete parecía estar pensando en algo más que en las hazañas del doctor.

-Sin embargo, ese fue el asesinato que acabó de convencerme de que usted era el culpable-dijo lentamente-. Me pareció muy extraño aquel crimen... después de exponerle a usted mis sospechas.

Brillaron los ojos del doctor. Pete le observaba atentamente.

-Enseñé a un cuervo a decir "¡pronto morirás!"-siguió explicando Dorn-. Me llevó largo tiempo adiestrarle en un par de trucos que quería que ejecutase. Le enseñé a posarse en el marco de una ventana, a gritar "¡pronto morirás!" Y a volar acto seguido. Él fue también el que causó las heridas a Bob Dale, a Hardpan Clegg y a usted mismo. Llevaba el pico cubierto con el veneno de la hierba torimo.

-El perfume tuvo algo que ver en ello, ¿verdad?-preguntó Pete. Estaba tenso su cuerpo. Brillaba la luz de una decisión en sus ojos grises.

Dorn afirmó orgullosamente:

-Acostumbré al cuervo a asociar el alimento con aquel olor. Sólo comía cosas mezcladas con el perfume. Siempre que me proponía utilizar al pájaro le tenia a dieta unos días y, naturalmente, el cuervo volaba siempre hacia donde sentía ese olor. Los cuervos, como los buitres y otras aves devoradoras de carroña, tienen el sentido del olfato extraordinariamente desarrollado.

En los ojos del asesino apareció un brillo siniestro.

-Bien, ya he satisfecho mi vanidad diciéndole a usted cómo desarrollé mis planes-dijo, empuñando con más firmeza sus revólveres-. Ustedes han sufrido una verdadera odisea. Necesitan descanso. ¡Voy a dárselo... para siempre!

-¡Espere un minuto!-le gritó Pete.

Bajó su brazo derecho al nivel del hombro y arrojó algo al rostro de Dorn, con el ademán del chiquillo que lanza una bola. La acción paralizó un momento al doctor. Algo se le había clavado en la mejilla y le colgaba de la carne.

-¡Nos ha dado usted mucho que pensar, doctor!-rió Pete-. Pero ahora yo le correspondo con algo que también le va a ocupar la imaginación. Me proporcionó usted la ocasión que esperaba cuando ordenó que me vaciase los bolsillos. Como usted verá, doctor, llevaba en él la pequeña flecha que mató a

Avrila el bandido. ¡Y esa flecha que mató a Avrila, cuelga de su mejilla!

Todo su aplomo abandonó al doctor en un instante. Palideció su rostro. Dejó caer uno de sus revólveres y se palpó la mejilla. La flecha pinchó uno de sus dedos. Lanzó un grito de terror. Le temblaban las mandíbulas. Todo su cuerpo pareció súbitamente estremecido por un escalofrío.

Aquel hombre, capaz de inferirse a sí mismo una herida, y de sufrir el dolor para despistar a un representante de la ley, tenía un miedo que le dominaba. ¡El miedo al mortífero torimo!

-¡Tiene usted que salvarme!-suplicó. Olvidó sus bravatas para mostrar su verdadero carácter-. ¡Por favor! ¡Mi medicina! ¡Mi medicina! Está en la planta baja. Me siento demasiado débil para ir a buscarla. ¡Pete, piedad! Estoy muriendo...

De pronto, los ojos parecieron querer salírsele de las órbitas.

-¡No!-gritó frenético, colocándose ante los tres camaradas-. ¡No les mates, "Culebrita"! ¡Sólo Pete Rice sabe cómo aplicarme la inyección!

Pete se volvió instantáneamente. Johnny "el Culebrita"-calzado con mocasines-, se había deslizado en la estancia sin que ninguno de los tres camaradas le oyese. Hasta Pete Rice, cuyo fino oído habría percibido el furtivo pisar de unos pies indios, no se había enterado.

Johnny "el Culebrita" bajó su revólver. Estaba en presencia del amo, el todopoderoso doctor Dorn, y eran sus órdenes. En un principio creyó que asesinando a aquellos hombres por la espalda recibiría una espléndida recompensa del doctor. Entonces, obedeciéndole, esperaba también ganarla.

Bajó pues, el arma, indeciso. Aquello fue su perdición.

¡Bam! El puño derecho del sheriff chocó contra la mandíbula del apache. El indio se desplomó sin conocimiento. "Miserias" y Teeny no estuvieron ociosos, entretanto. Teeny había hecho saltar el otro revólver de la mano del despavorido doctor. "Miserias" se apresuró a recogerlo y lo apoyaba ya en el costado del infernal asesino. Dorn clamaba aún por la hipodérmica mientras Teeny le ataba las manos a la espalda.

-Me parece que no corre gran prisa, doctor-le dijo Pete-. ¡No creo que un arañazo de un instrumento esterilizado pueda causar la muerte de ningún hombre!

-Quiere usted decir que... -balbuceó Dorn.

-Quiero decir que no tiene usted nada que temer... en lo que a la herida de la mejilla se refiere. La flecha era inofensiva... tan inofensiva como usted en este momento. Y en cuanto a sus secuaces, creo que con el arsenal que hay aquí tampoco deben preocuparnos mucho. Ya quedan pocos, por otra parte; y con la ausencia de Johnny "el Culebrita", el asunto se facilitará bastante.

Así fue. Yaqui Kid había desaparecido tan pronto como empezó el tiroteo.

Los pocos bandidos que quedaron en el rancho se rindieron cuando se vieron encañonados por las armas del arsenal del doctor... armas que temían tanto más, cuanto que nunca se les había permitido manejarlas. Unas horas más tarde Pistol Pete Rice y sus dos comisarios caminaban al frente de otra cabalgata... pero salida esta vez del rancho Cameron.

El doctor Dorn, monstruoso homicida, iba fuertemente atado a su caballo, así como el resto de los bandidos. El juez Granje viajaba atendido por "Miserias". El pequeño barbero no tenía igual para aquella tarea, pero Pete Rice opinaba que un mes de asiduos cuidados por un doctor, sería aun más beneficioso para volver la razón al viejo hombre de leyes.

A retaguardia del pequeño grupo cabalgaba Garnel "el Jorobado". Oculto entre los edificios de adobes, el hombrecillo había visto a Pete Rice salir conduciendo al doctor Dorn. Al comprobar que estaba preso el verdadero asesino, Garnel se apresuró a salir para unirse al grupo.

Pete se alegraba entonces de no haberse dejado llevar demasiado de sus sospechas contra el pobre hombre. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, el sheriff de la Quebrada tenia que confesar que todo acusaba a Garnel. Contribuyó a empeorar su situación aquella huida ante la "posse" enviada en su busca. ¿Qué otra cosa iba a hacer el desgraciado, sabiendo que la opinión popular estaba en su contra?

Ya todo había acabado. Pistol Pete y sus comisarios regresaban a la Quebrada. Habían corrido grandes peligros, pero al fin habían triunfado... ¡Y con ellos, la ley! ¿Cuál sería su próxima aventura? El arriesgar la vida era meramente para ellos una parte de su trabajo diario. ¡Eran los defensores de la Quebrada! ¡El trío que jamás fracasó!

¡Los defensores de la ley habían vencido!

FIN